

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

1º DE NOVIEMBRE DE 1898

Nº 165

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4

UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



EL HADA DE LAS LAGUNAS

ANHELOS

Quisiera ser la gota de rocío
Que llora el alba ausente de la noche,
Para posarme con amor, bien mfo,
De la flor de tus labios en el broche.

Quisiera ser luciente mariposa,
Alada flor de tu jardín ameno,
En torno tuyo revolotar ansiosa
Y quemarme en las llamas de tu seno.

Quisiera ser la hierba aljofarada
Que el soplo blando de la brisa mueve,
Sentirme por tus pasos agitada,
Besar tu planta de apretada nieve.

Quisiera ser el lienzo perfumado,
Confidente de cuitas y de enojos,

Para enjugar el llanto enamorado
Que empaña la pureza de tus ojos.

Quisiera ser la cruz siempre pendiente
Sobre tu ebúrneo seno palpitante,
Para sentir lo que tu pecho siente
Y contar sus latidos anhelante.

Ser quisiera abanico de diamante
Donde sepultes los matices rojos
Que tiñen el marfil de tu semblante
Cuando el amor asoma por tus ojos.

Quisiera ser el ángel de la noche
Que trae blando, arrobador beñefo,
Por descender de mi estrellado coche
Para guardar, mi bien, tu dulce sueño.

R. J. GALVARRO.
(Boliviano.)

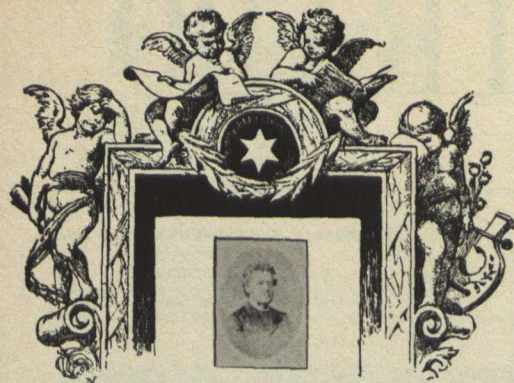
LA FIESTA RUSTICA

En bulliciosa zambra la fatiga
A olvido dan sencillos labradores;
Con Brindis y con música y clamores
A la fortuna burlan, su enemiga.

Y se oye airada voz:—"Callad! Hostiga
La infernal algazara á los señores!....."
Mas gritan con furor los bailadores:
—"Fuera el esclavo vil!..... La danza siga."

Al imperioso reto el delirante
Calor de aquel festín vigor adquiere;
Pero una voz se escucha suplicante:
—"Señores, por piedad!... Mi madre muere."
Y apenas fue la súplica escuchada
Volvió la noche á su quietud callada.

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.



A MI PADRE

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Hoy al radiar el cándido lucero
Tras la nocturna calma,
Revive el drama de tu adiós postrero
Por misteriosa evocación del alma.

Y de improviso, cual hermoso templo
Que el huracán ha hundido,
O como emblema de orfandad, contemplo
En hondo duelo tu solar querido.

Sombras doquiera la pupila abarca,
Llanto el recinto brota,
Y el ara del hogar, muerto el patriarca,
Yace por tierra, desplazada y rota

Otra vez, otra vez te ven mis ojos
Envuelto en el sudario,
Y oigo á la tribu sollozar de hinojos
En torno de tu lecho funerario.

Y al ofrecerse viva y palpitante
La aterradora escena,
El Dolor con sus fuerzas de gigante
Mi corazón oprime y encadena.

¡Ay! cuando el alma en su febril congoja
Por el consuelo clama,
De las tristes memorias se despoja
Como el rosal de su espinosa rama.

Mas si el hondo quebranto, hora tras hora,
A renovar se entrega,
Trueca el recuerdo en carga abrumadora
Que hasta la frente del titán doblega.

Triste mi sér, en el sepulcro al verte,
Ni paz ni aliento alcanza,
Que en el campo surcado por la muerte
No exhala sus aromas la esperanza.

Si bálsamo á sus íntimos pesares
El alma dar pretende,
Es la mirra quemada en los altares,
Que más se extingue cuanto más asciende.

Sólo quien boga audaz por mar incierta,
Demanda, en noche aciaga,
Refugio á la ilusión, isla desierta
Para el que en sirtes de dolor naufraga.

Extasiada en la mágica ventura
Que el dulce hogar encierra,
Soñaba siempre la filial ternura
Dilatar tu mansión sobre la tierra.

Mas pronto vio, tras su delirio amante,
La prole entristecida,
Cómo el tiempo eclipsaba en su semblante
Los claros lineamientos de la vida.

Yo en tu cercano fin pensaba á solas
Con amargura lenta,
Cual bajel que llevado por las olas
Va entrando en la región de la tormenta.

Y al cumplirse en tu sér la ley arcana,
Ver pude, por mi mismo,
Cuál tiene á veces la aflicción humana
El vértigo y espanto del abismo.

Mas si mi pecho en el pesar se hunde,
Siento, adorada sombra,
Que su valor tu espíritu me infunde
Cuando mi labio te bendice y nombra.

Convierte el alma en inefable anhelo
Sus hondas inquietudes,
Y goza entonces bienhechor consuelo
La alteza al memorar de tus virtudes.

Seres hay que jamás del mundo esquivan
Los improbables afanes;
Aves que el vuelo poderoso avivan
Al reflejo tenaz de los volcanes.

Y tú, cual ellos, en la pugna heroica
Á que el dolor nos lleva,
Mostrar supiste la firmeza estoica
Que el temple augusto de las almas prueba.

La luz buscaste que del Bien emana,
Y en el combate rudo,
Hizo tu fe de la Verdad cristiana
Blasón, empresa, símbolo y escudo.

En homenaje al Genio y á la Gloria
Vibró tu claro acento,
Y de los hechos de inmortal memoria
Heraldo fue tu altivo pensamiento.

Con noble orgullo, su piedad severa
Guardó tu mente honrada,
Cual guarda el paladino la venera
En el marcial palenque conquistada.

Y así pudiste, al trasponer sereno
La eternidad temida,
Culto dejarnos, de enseñanzas lleno,
En el sublime ejemplo de tu vida.

MANUEL FOMBONA PALACIO.

27 de octubre de 1898.

UNA POESIA DE DON RAFAEL MERCHAN



TENGO la firme convicción de que don Rafael Merchán es uno de los mejores críticos de América. Me fundo para abrigar esta creencia en la envidiable riqueza de su ilustración, en su vastísimo talento, en la sencilla elegancia de su estilo, en la innegable pureza con que escribe, en el derroche de enseñanzas que de continuo resalta en sus importantísimos estudios, y en el verdadero gusto literario que posee, resultante por la una parte de su contracción á los libros que contribuyen á acendrarlo, y por la otra, de sus facultades artísticas, riquísimo venero de manifestaciones excelentes.

Para mí el señor Merchán vale más en tal sentido que don Miguel Antonio Caro, por ejemplo. Yo creo que la bondad del crítico, en cuanto al fondo de sus estudios se re-

fiere, depende en mucha parte de la mayor ó menor intensidad con que en su alma aliena el sentimiento estético, que sin duda es la esencia, el *quid divinum*, el espíritu del arte. Mientras más vigorosa se halle en él la facultad artística, mayor será también su competencia para apreciar los elementos bellos que entran en la composición de toda obra literaria. Demos por convenido que el señor Caro posea mayor caudal de ilustración, lo cual, hablando sin rebozo, es discutible; pero el señor Merchán, sin duda alguna, abriga un espíritu más alto, más sutil, más susceptible, si así puede decirse en castellano, de comprender la hermosura y de crearla. Tanto es así, que, todos los versos del eminente sabio colombiano, ni por el sentimiento, ni por la fantasía, ni mucho menos por la forma, valen lo que tan sólo tres ó cuatro de las verdaderas poesías, que son pocas, del señor Merchán. En tratándose de versos, aquél podrá vencer á éste en cantidad, pero de ninguna manera en calidad, que es como decir en hermosura.

De todo lo cual no se desprende que yo le tenga inquina al señor Caro, cuando soy el primero en admirarle por su gran sabiduría. Lo que le tengo es ley como humanista, como maestro del idioma, como prosista pulcro y elegante; y en cuanto á opiniones literarias de un orden elevado, me atengo más á su dictamen que al de muchos españoles de esos que creen que con sólo la agria burla y la sátira maligna se allanan todos los caminos y se resuelven todas las cuestiones, por arduísimas que sean. Reconozco en su privilegiada organización intelectual las tres grandes cualidades que deben campar por sus respetos en el crítico: la ilustración, que sirve á corregir lo malo y á mejorar lo que es mediano; el espíritu analítico, que distingue lo bello de lo bueno; el sentimiento de lo hermoso, que sabe encontrar la poesía en el fondo de las creaciones del ingenio. Sólo que esta última es inferior en el señor Caro á las otras cualidades, y no guarda con ellas equilibrio como en el señor Merchán. Una observación me bastará para expresar redondamente lo que desde un principio me propuse: no creo que haya nadie que no lea con deleite las verdaderas poesías de don Rafael Merchán, aquellas que ya he dicho que son pocas, aquellas en que ha puesto exquisito sentimiento, dulcísimo esplendor de fantasía, originalidad en las ideas, y primor en el estilo, en la hechura de los versos, en la composición de las estrofas; aquellas poesías en que, fuera de encontrarse todo este armoniosísimo conjunto, se siente crepitar el fuego de la divina inspiración. En cambio, son muy pocos los que leen con afición sincera, y eso cuando los mueve algún propósito laudable, como el estudio, verbi-gracia, del movimiento literario de Colombia, las obras poéticas de don Miguel Antonio Caro. Que les falta animación, espontaneidad graciosa, novedad en la expresión y legítima delicadeza artística, no hay para qué decirlo; que causan y fatigan, debido esto á la monotonía de los acentos en los versos, tan desprovistos de aquella variedad riquísima que el verdadero artista sabe comunicarles para producir con sus combinaciones el inefable lenguaje de la poesía, tampoco; que son frías como el autoritarismo clasicismo y almidonadas como una gorguera har-to rizada del siglo dieciséis, mucho menos. Les falta, en suma, lo que, según el propio don Rafael Merchán, á las *Poesías de Rafael Tamayo*: les falta el *eructavit cor meum verbum bonum*, "el sentimiento vivo de la naturaleza y la pasión."

Para llegar á tal convencimiento basta leer la traducción de las *Obras de Virgilio*, hecha por el señor Caro; traducción que el más exigente encontrará todo lo fiel y exacta que desee, pero que tiene el grave inconveniente de ser sobremana pálida en la expresión



DAVID, DE MIGUEL ANGEL — EN LA PLAZA DE ESTE NOMBRE. — Florencia

con que pretende reproducir la belleza y energía de la forma que existe en el original. Yo de mí sé decir que muchas veces la he cogido entre mis manos para ver si en ella logro hallar lo que tanto ponderan sus críticos y juzgadores, y á poco he puesto á un lado el libro con verdadero desencanto. A ella se le puede aplicar, sin ninguna clase de reservas, lo que el propio señor Caro escribió con mucho tino respecto de la prosaica y férrea traducción de la *Iliada*, hecha por don José Gómez Hermosilla: que allí "se reproduce todo lo que hay en el original y algo más, excepto la magia de la dición y de la versificación, parte esencial de la poesía." Si las obras de Virgilio fueran eso, eso nomás, así tan frío, tan rígido, tan pobre, á fe que el poeta de Mantua muy lejos estaría de haber sido y ser aún la admiración del mundo y el sabrosísimo regalo de las diosas del Olimpo. De aquí que yo me asombre de que un joven de talento como lo es Mayorga Rivas, haya expresado lo que sigue: "si Caro no hubiera escrito tanto como ha escrito sobre diversas materias, tales como crítica literaria, filosofía, religión, política, ciencias sociales y costumbres, su sola traducción de Virgilio le bastaría para la inmortalidad de su nombre."

En vano Merchán mismo, echando mano de un millón de sutilezas, hijas del gran talento que posee, ha tratado de sacar legítima belleza de los versos que el señor Caro ha publicado, porque el empeño, no obstante los nobilísimos arranques de tan generosa voluntad, ha venido á resultar inútil. El hecho mismo de tanto rebuscar maneras con qué probar que el señor Caro es poeta, valiéndose al efecto de circunloquios que ha-

cen sonreír y consideraciones hábiles, pero impotentes á la postre para el caso por carecer de fuerza convincente, basta para probarle á uno lo contrario, aun sin necesidad de leer las poesías del celebrado escritor que, según lenguas de su propia tierra, por muchos es tenido como el Pontífice Máximo de la literatura hispano-americana. Lo cual, dicho sea de una manera incidental, nada de extraño me parece, ya que don Juan Valera le llamó en una ocasión "el hombre más eminente de Colombia," y el mismo Mayorga Rivas, en otra, "príncipe de la actual literatura de la América Española."

El romance de Caro que Merchán ha sacado á relucir para apoyar su afirmación de que el ilustre colombiano es poeta, y de los buenos, es una obrilla pobre, recargada de artificio é incolora, donde todo parece que se ha leído en otros autores muchas veces, y donde, por lo mismo, no se columbra fondo alguno de originalidad. Esto depende de que Caro es impotente para crear, y por fuerza tiene que conformarse con la suerte de los que en el campo de la poesía no están destinados sino á ser planetas, sino á reflejar la luz intensa de los soles, sino á repetir las ideas, las imágenes, la poesía de los que son genios verdaderos. Aquello tan sin olor de frescura, y tan semejante á flor disecada entre las páginas de un libro, que dice así:

Me parece que la veo:
la de la breve cintura,
la del mirar que enamora,
la del acento que arrulla,

se acerca mucho yá á la decrepitud. No hay en América poeta que no lo haya maoseado.

Por no hablar sino de Venezuela, solicítense las obras de Pardo, de Guardia, de Eloy Escobar, de José Antonio Calcaño, de Felipe Tejera, y en ellas se encontrará el tan socorridísimo recurso. Pues no obstante todo esto, y mucho más que falta por decir, pero que no cabe en estas páginas destinadas á otro objeto, Menéndez Pelayo nos ha sorprendido el otro día con que Caro bien puede contarse entre los primeros líricos castellanos; y Bolet Peraza le definió así: "el notable lírico, enamorado del arte y de la sencillez, que es su más preciado atractivo," cuando precisamente la nota característica de sus versos es el amaneramiento; y Mayorga Rivas se descaminó hasta escribir que, "ya sea que se le considere como filósofo, como orador, como polemista, ya como filólogo, como literato, como poeta, de todas suertes lo pasma á uno y lo maravilla, y quiera ó nó, se vuelve devoto suyo, sobre todos sus autores favoritos le pone, y la más ardiente admiración le tributa." Ahora bien, si esto es verdad..... ¿qué dejamos entonces para Gutiérrez Nájera, Peza, Juan Zorrilla—San Martín, José Antonio Calcaño, Díaz Mirón, Pérez Bonalde, Gutiérrez—Coll, Rubén Darío, Julián del Casal, y los demás briosos poetas que forman ese ejército galano que está bañando en luz de viva gloria á nuestra América?

Y aquí abro un paréntesis.

Conste que yo acepto sin vacilaciones de ningún linaje la franca admiración que Mayorga Rivas pueda sentir por Caro como filólogo y como literato, y que me adhiero á ella de buen grado. Como poeta (¿podrá aplicársele á Caro el honrosísimo dictado?), y mucho más en los términos tan subidos de

color con que la expresa, la rechazo desde luego, porque Mayorga Rivas, de puertas adentro, que es como decir *in pectore*, no es capaz de poner á Caro nunca sobre Rubén Darío, por ejemplo, que es uno de sus autores favoritos. Como orador (entendiendo por orador lo que entenderse debe), Caro no ha descollado en ningún tiempo como Rojas Garrido y como Arrieta; y, para no referirme sino á América, no creo que Mayorga Rivas tenga el valor de ponerle sobre Andueza Palacio, *verbi-gracia*. Como filósofo, Caro es conservador, católico, ultramontano, en suma; y como Mayorga Rivas resulta ser todo lo contrario, es decir, liberal avanzado de firme y en redondo, excuso hacer el comentario que, por ya sabido, mejor es que se quede en el silencio. En todo lo cual insisto y martilleo, porque, según el propio señor Mayorga Rivas, "yá es tiempo de dar á la crítica en nuestros países un tinte de verdad más en armonía con las leyes que la regulan en la esfera del arte y en sus relaciones con el buen gusto. Echemos á volar los aplausos, y que suenen como marcha triunfal, cuando sea de justicia; pero no nos ciegue el afecto, ni nos pongan tímida la pluma amistosas consideraciones, cuando hayamos de escribir como críticos." Sin embargo, Mayorga Rivas, al hablar del señor Caro, no se acordó de sus preceptos. ¿Le tuvo miedo, por ventura, á algún capirota de *La Nación* de Bogotá, diario en cuyas columnas pontifica don Miguel Antonio, como don Rafael Núñez en *El Porvenir* de Cartajena?

Por lo demás, léanse atentamente los estudios del señor Merchán, pero á renglón seguido de los muy buenos y eruditos con que el señor Caro ha servido harto sinceramente al movimiento literario hispano-americano; establézcase luego la comparación entre las obras de los dos ingenios; háblese con imparcialidad severa, que es como le cuadra á la justicia, y dígame si en los estudios de Merchán no se revela un talento más brillante, un espíritu más amplio, una manera de expresarse más desembarazada é insinuante, un temperamento de artista más resuelto y vigoroso que el del otro sapientísimo escritor, y antes que todo y sobre todo, más libertad, más vuelo, más empuje, sin necesidad de incurrir en la predicación de lo vulgar, de enseñar lo pernicioso, ni de sancionar en ningún caso ni por ningún motivo sino aquello que es poderoso á contribuir á la dignificación más espléndida del arte. De mí sé decir yo que me quedo con Merchán, y me contento para preferirle con el solo estudio suyo en que considera al señor Caro como crítico, y en donde refuta victoriosamente varias opiniones del ilustre colombiano, entre otras, la de la falta de profundidad de Saint-Beuve, también en cuanto crítico, y la que se refiere al origen y estructura del *madrigal*.

Y aquí dejo al señor Caro con semejante opinión mía, la cual puede rayar hasta en vitando atrevimiento para los hombres que le admiran por incondicional manera, pero que yo quería emitirla yá porque se me podría de vieja en los rincones del cerebro, para decirle algo al señor Merchán en los párrafos que siguen. Por supuesto que lo haré con la humildad, *acatamiento* y *compostura* con que pudiera atreverse el cocuyo con el sol, ó, para hablar en claro, el discípulo ignorante con el maestro sapientísimo. No me propongo corregirle, porque bien sé que no tengo fuerzas para tanto, sino hacerle observar la inconsecuencia en que ha caído en una de sus más bellas poesías. Por lo mismo que él es un crítico excelente, partidario de la forma limpia, intransigente con los poetas que de ella no se cuidan, y perseguidor implacable de los defectos y las máculas, sorprende que incurra en lo que ha censurado tantas veces con perfectísimo

derecho, y con la severidad del que quiere corregir lo malo. No pretendo tampoco averiguar la causa de los defectos que me propongo señalar: que sea por cansancio, ó por pereza, ó porque al mejor y más listo cazador se le escapa la liebre de improviso, no me importa. Lo que yo quiero es decir: aquí hay, en mi humildísima opinión, un lunar que de que no había necesidad, que no hacía falta para nada, y que es una lástima que negree, porque chocha.

A mi hijo Augusto, deliciosa poesía del señor Merchán, tan celebrada por los críticos, tan reproducida por los periódicos americanos y españoles, tan delicada, en suma, es digna del elogio. Al sentimiento hondo que respira, á la inspiración que en ella alienta, á la melancolía que corre por sus versos como raudal de tibia luz crepuscular, á la originalidad de algunas de sus imágenes, que rutilan como brillantes de pulquerrimas facetas, que semejan mariposas de relucientes alas, que huelen como aromas de tempranísimos capullos, junta el raro primor con que fue hecha. Verdaderamente, en parte, es una joya, y con ella tendría el señor Merchán para que su nombre perdurase en los fastos literarios de esta nuestra querida tierra americana, blanco más de una vez de las envenenadas sátiras de don Leopoldo Alas, de la mal encubierta antipatía de don Juan Valera, y hasta de la injusta y sorda inquina de doña Emilia Pardo Bazán; escritores estos que debieran observar una conducta más respetuosa, discreta y comedida con el país que tanto les aplaude, que compra sus libros de continuo y los lee con entusiasmo, y ser más consecuentes con la tan cacareada unión ibero-americana por que abogan, irrisoria en sus escritos por lo mismo.

Repito que es bellísima la poesía en cuya análisis voy á ocuparme de seguida, y ahora agregó que tiene toques admirables, de un efecto que sirve á conmover profundamente al corazón. Peza, el celebrado autor de los *Cantos del Hogar*, no ha dicho nada á sus hermosos pequeñuelos en que se revele más ternura de la que alienta en estos versos casi siempre melodiosos. Quisiera transcribirlos todos desde luego, para que viese en ellos el lector los toques desairados y los verdaderamente bellos; pero me abstengo del deseo por ser otro el propósito que en el presente artículo me anima. Citaré, con todo, aquello en que la inspiración del poeta arde y esplende con ímpetu sonoro. La introducción es hermosa, digna del resto de la composición, que casi se sostiene llena de palpitante interés hasta lo último.

Vén, caliéntame el alma con tus besos
y alúmbrame mi crepúsculo sombrío;
quiero oprimir tus labios,
caramillo de gárgulas canciones
do se expande en sonoras vibraciones,
cual no lo escuché nunca, el nombre mío;
y tu serena frente, donde espío
el curso de tu fácil pensamiento,
inquieta como el céfiro errabundo
y puro cual su aliento.....

Me fijo ahora en el décimo período, en donde el cariñoso padre encarece al hijo amado el inefable culto de adoración y amor que debe rendir siempre, en el camino de la vida, á la que es su madre. Véase con qué intensidad hierven aquí los más grandes arranques del corazón humano: el reconocimiento, la bondad, el respeto más profundo, y sobre todo eso, el amor puro, sublime, cuasi sagrado del poeta por la que ha sido para él ala que abriga, rescoldo que calienta y sonrisa que enamora, condensado todo en primoroso estuche de fragantes versos que al mismo tiempo son música limpia y seductora.

Rínde á tu madre gratitud ardiente
y haz de tu pecho sacrosanta urna
que guarde eternamente
el culto de su imagen y su nombre;

dátele tu corazón como yo el mío;
ella besa tus lágrimas de infante
y secará tus lágrimas de hombre;
ella será en tu invierno sol brillante,
como es tu cielo azul de primavera;
y si en traidor abismo
tu soñado ideal se desmorona;
si el porvenir te burla; si yo mismo,
si mi mano yá helada te abandona,
ella será en tu angustia,
como lo es para mí, solaz, consuelo,
resurrección de la esperanza mustia
y generosa bendición del cielo.

Más adelante el poeta se duele de la ausencia de la patria, y francamente creo que no es posible hacerlo de una manera más original y tiernamente melancólica. La nostalgia está expresada allí de un modo que pudiéramos decir *reflejo*, porque el proscrito se queja de la frialdad del aire que respira, de la triste palidez del sol que alumbraba ahora su camino, de aquel panorama eternamente mustio y solitario que contempla en torno suyo, y en cuyos horizontes no divisa ni el humo del hogar donde nació, ni el huerto donde corrió tras las pintadas mariposas cuando niño, ni nada que regocije al corazón con esa fuerza poderosa que lo alegra en el regazo del solar nativo, siempre tibio y oloroso.

Antes que tú vinieras, hijo mío,
al calor de irisada primavera,
á contornar con verde enredadera
el tronco desgastado, seco y frío
de mi existencia inmóvil,
la savia de mi vida se agotaba
bajo esta escarcha rígida y perenne,
bajo este pobre sol que nunca supo
ni nacer ni morir entre esplendores,
y bajo este horizonte sepultado
en osario de cerros,
en cuyo fondo yace la llanura
gélida y solitaria,
sin bosques, y sin huertos, y sin ríos
de corrientes cantoras y anchos cauces;
donde no zumba laboriosa abeja,
y donde el viento sin cesar se queja
en la túbere copa de los sauces.

Tan bellos como los párrafos copiados son casi todos los demás, y á fe que en ellos hay originalidad, frescura é imágenes felices. Resalta el gusto literario allí que es una gloria verlo; el artista deja oír el ruido del cinel que pule, y los contornos son correctos y elegantes. ¡Empero, lástima da que la perfección no sea absoluta! ¡Duele tener que señalar defectos en tan hermosa poesía! ¡Causa pesadumbre encontrarse uno de improviso, nomás que por pereza del artista, con chabacanadas como las que siguen, indignas de su claro ingenio, é increíbles en un crítico tan avisado como el señor Merchán!

Vén, vuélveme á abrazar. Yo te aseguro
no enristecerme más. Yá me sonrío,
porque lo mandas tú. Dame más besos
para apagar en ellos el pasado
y revivir con otros embelesos.

Esto se llama caer, y caer de una manera que da grima. *Vuélveme á abrazar* es una frase harto prosaica, é inspira repugnancia verla interpolada en el cuerpo de esta obra, tan bellamente concebida. *Yo te aseguro* es un borrón inaguantable, que en poesía produce el mismo efecto de la mosca que se ahoga en un vaso de leche purísima y sin mancha. Sin miedo á equivocación podría afirmarse que el señor Merchán, ó tenía mucho que hacer, ó estaba profundamente distraído, cuando estampó tal ignominia. Y lo que es *dame más besos*, tiene un parecido extraordinario con aquello de Peza que termina así: *bésame, besa más*, y que es otro borrón. ¡Habría creído el señor Merchán que con la más cruda llaneza podía hacer más intenso aquel arranque pasional? Es lo probable, pero apenas le salió un delito de lesa poesía.

Yo no alcanzo á comprender cómo Mer-



VISTA TOMADA EN LOS ALREDEDORES DE MAQUETIA

chán, que les ha dicho á grito herido *prosa, prosa, pura prosa!* á estos versos de Tamayo:

¿ A quién prodigio tal, á quién se debe tan benéfico cambio? ¿ Los portentos quién realizó de transformar la selea en campo cultivado?

ha podido escribir aquellos suyos, peores sin duda que los del poeta colombiano. Lo que es á prosa, quince y raya les dan á los más desaguisados. ¡Hasta á los de César Conto, tan agriamente censurados por Merchán!

Yo te aseguro no entristecerme más. Ya me sonrío, porque lo mandas tú. Dame más besos.....

son en todo semejantes, por lo malos, á estos otros de don César:

La última vez que en el hogar nos vimos reñidos en grata compañía.

Además, de trecho en trecho salta un verso duro, indigno, no nada apuesto, ó acentuado con desgana, como para salir del paso. Los cito por si acaso mi bien intencionado advertimiento puede serle de alguna utilidad al eminente crítico.

Todo mi ayer, todo mi hogar vacío,

es un endecasílabo sin duda; pero verso, por ningún respecto. ¿Cuál la razón? Que los acentos tónicos están puestos en las sílabas correspondientes para acabar con la armonía, y no para engendrarla. Lo cual sucede también con este otro:

Todas las gracias, menos la fortuna,

que es el complemento de una idea bella en el período á que pertenece, pero que por falta de cuidado en el buen sentido del poeta, se echó todo á perder: el verso, la idea y el período.

Otra que tú, que tué, que tularia,
es un endecasílabo que llora, porque no infunde otra cosa que lástima y piedad.

El séptimo período, tan sentido por cierto como lo mejor de Peza ó de Gutiérrez Nájera, comienza así:

*Quiza y juegu y sonrío á tu deso
ahora que duermen para ti los hados;*

y se me ocurre preguntar: ¿ por qué el poeta no escribió *hora* en vez de *ahora*, para evitar así la violencia de la síncreisis que resulta del encuentro de las dos vocales, y de las dos más llenas justamente? ¿ Por qué no usó la aféresis, que es tan elegante? Lo cual me permito averiguar, porque más tarde se encuentra uno con ella—muy oronda y muy señora de sí misma por supuesto—y yo no hallo la razón de que entonces aparezca y en lo presente nó.

Mas hora, al contemplar cómo se imprimen en tu infantil memoria las sombras, los contornos y las luces de este que admiras virgen panorama.....

Demás de todo ello, bueno es recordar al eminente crítico—porque él debe de saberlo con absoluta precisión—que no se puede decir, para hablar correctamente, *ahora que duermen*, sino *ahora cuando duermen*.

Y puesto que lo que me propongo es entresacar de la composición los versos malos, ó prosaicos, ó vulgares, ó duros por la concurrencia de los acentos rítmicos sobre la misma vocal, porque lo que son faltas de gramática, ni errores de sentido, ni imágenes descabelladas, ni tropos de mal gusto, ni nada que se les parezca, no es fácil encontrar aquí, citaré sin comentarios algunos versos de los que á mi juicio no pueden tolerarse. Hélos á continuación:

¿ Nada de esto sabías? ¿ No presumes.....

Todos te llaman suyo, y cada una

Y yo con mis recuerdos reflexiono.....

Si hacías con tu madre, porque supo.....

Un sueño que fue hermoso, equívocado.....

La luz que segó mis flores.....

*la suerte,
al herirnos en todo lo que amamos,
nos estrechó con vínculo tan fuerte.....*

Que estoy leyendo las primeras páginas.....

Al pensar estas cosas, llama súbita.....

Después de todo, no es necesario aguzar mucho el entendimiento para obtener una verdad en conclusión, y es que si las desigualdades en la forma no abundan en la inspirada poesía, tampoco escasean de tarde en cuando. No sé por qué se me figura que lo mismo opinarían, en caso de que se les pidiera su dictamen, Enrique Piñeiro, Miguel Antonio Caro, Francisco Gavidia, Baldomero Sanín Cano, Felipe Tejera, Manuel Gutiérrez Nájera, Julio Calcaño, Manuel Sanguily, Rafael Montoro, ó cualquiera otro buen crítico de América.

Y aquí se me ocurre preguntar de nuevo: ¿ qué necesidad había de los borrones que acaban de apuntarse? ¿ qué le importaba al señor Merchán trabajar un poco más? ¿ qué se pierde con no andar por las volandas cuando se está fabricando una obra bella? Si se arguye, como es costumbre ahora más que nunca, que los defectos no valen nada

por pequeños, es fácil replicar que por lo mismo no costaba ningún trabajo corregirlos. La sinalefa dura, la cacofonía inaguantable, la desigualdad en la rima, el encabalgamiento exagerado, la mala colocación en los versos de los acentos tónicos, el empleo de vocablos prosaicos, la impropiedad de los epítetos, el uso de frases que sólo en la conversación familiar pueden entrar, son manchas que no deben ni pueden aceptarse en poesía, porque lo negro, aunque aseguren lo contrario los poetas que no se detienen en ningún orden de consideraciones para decir de cualquier modo lo que el ingenio les alumbró, ha sido, es, ni dejará nunca de ser negro. Si la poesía depende en parte muy considerable de la perfección del estilo, es necesario trabajar para que entre éste y las ideas que encarna, haya armonía, consonancia y equilibrio.

Cuestión harto debatida es que la poesía no consiste en la idea solamente, sino también en la pomposa vestidura con que la idea se engalana. Ideas, é ideas bellas, concibe el hombre medianamente culto: la dificultad está en que pueda vestirlas dignamente. ¡Cuántas veces nuestros cantadores populares, llamados payadores en la República Argentina, condensan en los cuatro versos de una copla, sin darse quizás cuenta de ello, una idea grandiosa que, en manos de un artista verdadero, sería más que suficiente para conquistarle en sólo un día una reputación envidiable! Por algo se ha dicho, desde los tiempos de la Grecia antigua, que la poesía es el lenguaje de los dioses; es á saber, el idioma regalado por dulcísimo y sonoro, la manera sublime de expresarse, la forma encantadora con que hablaban ellos desde las luminosas cumbres del Olimpo. Para ponderar las hermosuras de la inefable lengua, se le buscó origen divino; y cuando algún hombre hablaba en ella, las multitudes asombradas le reputaban desde luego hijo de los dioses. Ni sería aventurado suponer que por esto el Marqués de Santillana, cuando nuestra rica *fabla* traía camino yá de fijarse definitivamente en luminosas formas inmortales, llamó á la poesía "un celo celeste, una affectión divina, un insaciable çibo del ánimo: el qual, asy como la materia busca forma é lo imperfecto la perfectiva, nunca esta sciencia de poesia é gaya sciencia se fallaron sinon en los ánimos gentiles é elevados espíritus."

El artista no es artista por sólo el asunto que imagina, sino también por la manera con que lo desenvuelve en el lienzo, en el trozo de mármol, en las diversas combinaciones de las notas, ó en la riqueza y pulcritud de las palabras con que se forman las estrofas y los períodos oratorios. Entre dos poetas de inspiración robusta, que dan vida á la misma peregrina concepción, la mejor obra no es aquella que contiene más alcances filosófico y social, sino la en que resalta mayor delicadeza en el estilo, menor número de defectos en el empleo del idioma, y más primor en la hechura de los versos. La crítica misma se inventó para censurar las deficiencias de la forma, y cuando bajo el poder de su mirada cae alguna obra literaria, antes que en todo se fija en la composición, que es el instrumento de que el artista se vale para expresar lo que le bulle en el cerebro. ¡Cuántas poesías llenas de ideas peregrinas, cuántas novelas henchidas de sentimiento hondo, cuántos discursos rebosantes de generosos ideales corren inadvertidos por ahí, sin que nadie los recuerde, porque ni esas ideas, ni ese sentimiento, ni esos ideales tuvieron para manifestarse el prestigio avasallador de la elocuencia, el encanto del lenguaje pulcro y luminoso, los esplendores de la forma bella! De cuenta de genio no se pondera en un autor el gusto literario que posee, y el gusto literario no es sino la forma sin defectos, la espuma del len-

guaje, el arte con que se visten y se peinan, cual mujeres hermosas para sarao suntuosísimo, las creaciones del talento. Por algo Coleridge dio de la poesía la curiosa definición que va en seguida: "la prosa es las palabras colocadas en el mejor orden; y la poesía, las mejores palabras colocadas también en el mejor orden." Por algo un escritor venezolano—don Leopoldo Terrero—ha expresado con mucho tino lo que copio: "en el estado actual de la civilización, la profesión de las letras, como parte que son de las bellas artes, tiene que comprender dos elementos: la inspiración y el conocimiento de las reglas del arte. La falta del primero puede ser soportable; la del segundo es imperdonable. Nuestro siglo estima el diamante en bruto, pero para utilizarlo lo pule antes de darle valor ó entregarlo á la circulación." Por algo el siempre original Bolet Peraza, con aquel sentido crítico admirable de que hace uso cuando quiere, remató el juicio suyo acerca del colombiano José María Samper, con lo siguiente: "si Samper hubiera recogido las bridas de su fecundidad y concentrado sus fuerzas intelectuales para pocas obras, habría sido mejor escritor de lo que fue. Los grandes ríos no son cristalinos. Sólo el arroyo apacible tiene aguas puras. Produjo demasiado para ser siempre exquisito. El periodismo es el corruptor del ingenio. El cajista que impaciente espera la cuartilla, es un conspirador contra el estilo. La fecundidad es como todas las prodigalidades, que empobrecen las fuentes de donde manan. Shakespeare puede ser la excepción, pero Lope de Vega es la regla. Para ser fénix es necesario renacer de cenizas." Y por algo también Gutiérrez Nájera, que como artista calza coturno regio de brocado, en una carta dirigida á don Manuel Puga y Acal, en defensa de Juan de Dios Peza, le dice al primero estas palabras: "usted como yo es apasionado de la forma; sentimos la voluptuosidad del color y de la línea; nos fascina y encanta, por ejemplo, este admirable verso de Díaz Mirón:

.....el culminante seno
hinchu y erige su botón de rosa." (1)

La grandeza del Dante no estriba solamente en el profundo simbolismo de su magna obra, sino también en la broncínea sonoridad de sus tercetos. Los versos de Leopardi se leen todavía con entusiasmo verdadero, no obstante el sombrío pesimismo que los apesadumbra cual formidable témpano de hielo, por aquella su perfección cuasi divina, por aquella forma suya impecable y soberana, donde el contorno griego se desenvuelve con majestad olímpica. La gran reputación de Núñez de Arce tiene uno de sus fundamentos en los primeros de sus magníficas estrofas, maravillosamente cinceladas. Quitadle esto á sus poemas, y la hermosura que hoy ostentan disminuirá considerablemente. ¡Qué de extraordinario hay en el fondo del *Idilio*? Apenas un asunto sobremanera manoseado

(1) Gutiérrez Nájera debe de haber citado de memoria, porque el verso de Díaz Mirón no dice *seno* sino *pecho*, con lo cual se hace más plástica la imagen, que es hermosísima y original.

Por el que torna invicto y satisfecho
al dulce hogar, la admiración curiosa
sale á la puerta y se encarama al techo;

y bajo el casto peplo de la hermosa
virgen, el puro y culminante pecho
hinchu y erige su botón de rosa.

Lástima da que Díaz Mirón haya echado á perder los dos tercetos con el indigno verso subrayado en el primero, que es una heregía contra el buen gusto. No parece la expresión de un poeta distinguido, sino más bien la frase desbocada de un muchacho callejero. Se me figura que el señor Díaz Mirón escribió tan malhadado verso por llenar el claro en el momento en que la inspiración le vino, y que después le dio pereza corregirlo.

en poesías y novelas. *Mutatis mutandis*, se le encuentra en la *María* del colombiano Jorge Isaacs, donde ¿quién quita que se inspirara Núñez de Arce? (2) Sin embargo, tiene el prestigio de lo nuevo, debido esto á la resuelta gallardía de sus versos, á la íntima correlación que existe entre las hondas sensaciones del poeta y la feliz manera de expresarlas. ¿Por qué no es Campoamor hoy lo que fue ayer, á pesar de su filosofía? Porque el autor de las *Doloras* se ha echado al estricote, renegando por ende de aquella forma grandiosamente bella donde encuadró el estupendo *Drama Universal* como en un marco de reluciente orfebrería. Y si la poesía depende exclusivamente de la idea, ¿por qué entonces Zolá, Goncourt, Daudet, Maupassant, y los demás autorizados corifeos del naturalismo francés se cuidan tanto en la novela no ya sólo de la unidad de los caracteres, de lo real de las acciones, de la verdad y sencillez del drama, y de otras particularidades que no es del caso referir, sino también de la perfección del estilo, de la exactitud de las descripciones, de la manera correcta, decidida y sobremanera repujada con que fabrican cada uno de sus párrafos? ¿Por qué Goncourt lleva su celo hasta el extremo de meditar con honda persistencia acerca del empleo de cada uno de los adjetivos con que matiza, borda y engalana aquella prosa suya tan colorida y seductora? Porque la excelencia de la literatura no se deriva únicamente de las ideas que encarna, de las tendencias que reviste, de la belleza íntima que en las creaciones de la imaginación alienta con mayor ó menor fuerza, sino también, y en parte muy notable, del sentido ó facultad estética que en ellas sirve á socorrer las deficiencias é imperfecciones del idioma, hasta el punto de casar las palabras sabiamente para producir la hermosura de las frases y la sonoridad musical de los períodos. Y si tan especial cuidado se observa en la novela actual, ¿por qué ha de rechazarse en poesía, en la cual se necesita más esmero, precisamente por su índole especial, que es la música ó el ritmo? Y para no hablar yá sino de América, ¿qué, antes que nada, es lo que constituye, en tan eminente grado, la fama de que Rubén Darío goza? Pues nada menos que los primeros de la forma en que vacía sus delicadas concepciones, forma en la cual deslumbra el esplendor de los epítetos, la hábil selección de los vocablos, la gentileza con que lucen las construcciones y los giros, y aquella soberana majestad de manto espléndido de seda con que desdoblaba á nuestra vista los párrafos sonoros. Leed sus obras, y decidme si lo que vive en ellas es trascendental en grado sumo; buscad en sus páginas con atención, y no hallaréis en el fondo nada que sea robusto y consistente; por lo general no os encontraréis allí sino acuarelas, paisajes, cuadros luminosos que parecen dibujados por el pincel de Goya, caprichos sólo de la imaginación de aquel divino mago de la palabra escrita; pero á pe-

(2) Nada de extraño tendría esto, que al fin y al cabo no es ningún pecado. Algo que sí lo es, sin duda, han hecho, no sé si antes ó después, aunque en menor escala, don Emilio Ferrari y don José Echegaray, apropiándose, el primero, la idea de *Beir Il-rando*, composición en cuartetos endecasílabos de Juan de Dios Peza, y el segundo, la de *Atas de mariposa*, admirables redondillas de nuestro querido y popular poeta Domingo Ramón Hernández. Como cito de memoria, no recuerdo en este instante cómo se llama la poesía de Echegaray; pero la de Ferrari, estoy casi en lo cierto de que lleva por nombre *La ríon del payaso*, y de que corre inserta en un volumen titulado *Caprichos y novelas* que acaba de publicar en Madrid, si no estoy equivocado, la empresa editorial de *La España Moderna*. Ahora bien, compárense aquellas dos poesías originales con las de segunda mano, y dígame después imparcialmente si los espáñoles acertaron á desempañar las dos ideas madres con la misma hermosura y sencillez que los poetas hispano-americanos.

sar de lo que allí no abunda, que es la idea, lo leáis con entusiasmo, con deleite, con refinamiento sibarítico, porque el arte os atrae de una manera irresistible con el potente imán de sus encantos; porque Rubén Darío junta maravillosamente á la voluptuosidad del color y de la línea, que es el secreto de su poderosa individualidad literaria, la profusión de elementos poéticos que brotan de su espíritu, y el vue imperial de los condadores que anidan sobre las crestas de los Andes. (3)

En un juicio acerca del poeta mejicano Díaz Mirón, á quien yo admiro sinceramente como nadie, escrito por don Cecilio Santa-Anna, y publicado en el número de *La Revista Ilustrada de Nueva York* correspondiente á mayo de 91; juicio en que el señor Santa-Anna se empeña en defender á Díaz Mirón de los cargos que se le han hecho por los defectos en que incurre con no escasa frecuencia en sus encantadoras poesías, leo lo siguiente:

“Su canto á Byron, la obra suya acaso con más entusiasmo aplaudida al par que con mayor acritud censurada, no es, á pesar de todo lo que en su contra se ha dicho, un enigma ni mucho menos; que si como obra humana tiene lunares y defectos, algunos de ellos hijos del mismo asunto de la obra, y hasta, si bien se mira, inevitables; esos defectos y lunares, si lo serían en otras composiciones, no lo son, por cierto, en el canto á Byron, que, por su tono y su objeto, no sólo admite, sino que—nos atrevemos á decirlo—necesita de ciertas ideas vagas y no bien destacadas; necesita del contraste de la luz muy viva y la sombra muy intensa; de ese contraste brusco que aturde y marea y es el principal encanto de las obras del género de la que nos ocupa. Si todo en el canto á Byron fuera claro como la luz del día; si no tuviera esas nebulosidades grandiosas que tanto chocan á cier-



GANYMEDES. — Escultura de E. S. Bartholomeu

tos gustos literarios, tenemos para nosotros— ¡y por Dios que creemos estar en lo cierto!— que aquella hermosísima oda no valdría lo que vale, ni haría sentir lo que sentir hace, ni fuera, en fin, la obra más conocida de Díaz Mirón.” (4)

Pues bien, á mí se me figura que esta defensa es falsa en absoluto, y que por lo mismo no es aceptable en ningún caso. De lo que allí se afirma ¡y con qué entonación tan magistral! á renegar del arte, hay poco trecho. Es indudable que al señor Santa-Anna le echan tierra en los ojos la admiración y el cariño que profesa á Díaz Mirón. Eso de que se necesita, en la oda del gran poeta mejicano, del contraste de la luz muy viva y la sombra muy intensa, no pasa de ser

(4) Por acá entendemos que la obra más conocida, más celebrada, más leída, mejor hecha, más inspirada y más artística de Díaz Mirón, no es la oda á Byron, sino el canto á Víctor Hugo, justamente porque le faltan las nebulosidades grandiosas á que el señor Santa-Anna se muestra tan adicto en el enrevesado párrafo que acabo de copiar, lleno todo él de paradojas.

una sutileza inaceptable. Los defectos no hacen falta para nada en las obras literarias, sino que más bien sobran, porque las echan á perder. Esas nebulosidades grandiosas á que se contrae el escritor, sirven sólo para obtener un efecto pasajero, como el de la irisada pompa de jabón; efecto que luego se derrumba con estrépito al formidable golpe de la crítica. El que escribe para el público, está en el deber de escribir bien, hasta por el mismo celo de su buen nombre y de su fama. Al seguir la curiosísima teoría del señor Santa-Anna, llegaríamos harto pronto á una decadencia lamentable, á un gongorismo devastador, y lo que es más triste aún, á la total ruina del arte. No porque Díaz Mirón sea un gran poeta, que sin cuestión lo es (¡alma ruin tendrá de fijo el que lo niegue!), deben justificarse sus errores, porque además de que el ejemplo es pernicioso, causa lástima ver que sus versos no resulten á las veces, en lo que

á la forma se refiere, dignos de los asuntos que concibe tan peregrino ingenio. El arte no es más que uno, y tiene sus doctrinas, sus reglas, sus preceptos invariables, á los cuales es preciso sujetarse humildemente para no hacer ni versos malos, ni novelas ilegibles, ni discursos macarrónicos.

Pero lo que más me llama la atención es que cierto eminentísimo escritor hispanoamericano (supongo que sea él, porque entonces era redactor de *La Revista Ilustrada*; sobre que por el hilo del estilo se saca el ovillo del autor) haya formado causa común con Santa-Anna, al ponerle un suelto editorial de introducción al artículo de éste. “¿Qué importa á las veces—dice el afamado literato—el calificativo impropio, la frase inarmónica, el concepto duro, ante el pensamiento siempre luminoso, siempre atractivo y subyugador de sus composiciones (las de Díaz Mirón)?” A lo cual no es muy difícil contestar así: si la limpieza del idioma y la dignidad del arte no importan nada, escríbase entonces sin gramática, sin retórica, sin diccionario; díganse las cosas de manera que salgan como Dios sea servido de ayu-

(3) Escrito esto hace siete años, debo hacer constar que aquí no me refiero sino al Rubén Darío de entonces, no trastornado mentalmente todavía por la ardorosa calentura de una originalidad sobremanera extravagante, quizás peor que la de Góngora.

darlas, y del arte no quedará entonces sino el recuerdo de su grandeza y de su gloria.

Debo hacer, antes de terminar, una aclaración de la cual no quiero prescindir. Con ella busco no exponerme, por la defensa que de los fueros del arte literario acabo de hilar, á suposiciones sin fundamento alguno, á conjeturas caprichosas, á interpretaciones descabelladas y faltas de sentido. El arte no está para mí en el clasicismo enervador y soporífero de las academias de la lengua, adheridas á lo arcaico y á la servil imitación

como la yedra á la pared ruinosa. El arte, según mi leal saber y entender, consiste no sólo en la belleza íntegra de las ideas principales y accesorias que lo animan, sino también en la corrección, en la hermosura limpia, en lo primoroso de la forma literaria, pero sin prescindir del medio ambiente, de la atmósfera que en la actualidad se respira, de las exigencias de la época, de este delicioso modernismo, en suma, tan simpático y consolador, que tan distante se ve ya del clasicismo rígido y del romanticismo loco y revolucio-

nario. Soy el primero en censurar á los poetas que, teniendo fuerzas suficientes para sacar de sus propias facultades obras hermosas, fresquecitas, palpitantes de vida y lozanas como rosas nuevas resplandecientes de rocío, se contentan con un modelo antiguo, polvoriento é incomprensible hoy, y torturan su pensamiento hasta encajarlo, quieras que no quieras, en moldes que le vienen harto estrechos.

GONZALO PICON-FEBRES.

1892.

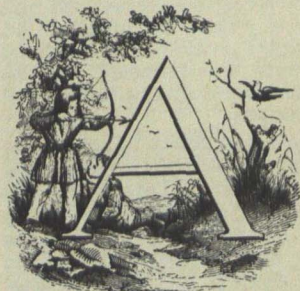


VUELVAN CARAS. - Boceto atribuido al señor Carmelo Fernández

LA BONNE SOUFFRANCE

De esta obra de François Coppée tomamos el capítulo que va á leerse. El poeta expresa en él, en forma de parábola, los pensamientos que le han asaltado después de su última enfermedad.

EL RÍO



mitad de la pendiente de la colina boscajosa, el sendero, que descendiendo entre las hayas y los abedules, se hace de pronto más elástico, y el profundo tapiz de las hojas muertas del último otoño se doblega bajo los pasos del caminante. En efecto, la orilla de la selva no dista mucho. Ya no es el terreno polvoriento en donde florece el rosa y seco brezo; ya no es el bosque severo y silencioso. Qué súbito frescor! Se penetra en sotos de un verde ternísimo. Bajo el follaje entrelazado, las hierbas locas son más altas, el terciopelo de los musgos más abundante y espeso, y aquí y allá, se redondea el pálido enfermizo de los hongos.....En la espesura, qué de cantos de ave-

ciillas, qué de estremecimientos de alas! Seguramente el agua debe estar cerca.

Una nube vela el sol. Gorriones y pinzones emudecen un momento. No oís ese ruido fresco, ese murmurio claro? Penetrad en el bosque. Cuidados de las ramas. Guardaos de pisar sobre el suelo esponjoso! Mirad. Cerca de ese montón de piedras verdosas, se estremecen los mastuerzos. Y, más allá; no véis una cintilla de plata límpida que serpea y corre como una culebra espantada?

Es la fuente.

Dentro de algunos días esa agua pura y fría de que se llena el hueco de la mano y se sorbe con la deliciosa sensación de que se bebe inocencia, llegará al Atlántico y se mezclará á las aguas pesadas y salobres de un vasto estuario. Lamerá las boyas que señalan, con sus gruesas olivas pintadas de vermellón, los escollos de la rada; se enerspará contra los flancos emmohecidos de conchas marinas de los enormes *cargo-boats* anclados en la desembocadura del gran río.

¡Cuán exquisito es á su partida ese hilo de agua que va á hacer tan largo camino y á corromperse ay! en el curso de su viaje! El ofrece el símbolo mismo del candor. Quién de nosotros, corriendo á través de los bosques, después de haber extinguido su sed en una fuente, no ha permanecido algunos instantes como atado por encanto á su orilla, arrullado por su rumor, admirando su brillo límpido y no ha pensado involuntariamente en la infancia y en la virginidad?

Sinembargo, descendiendo siempre la costa, en su fuga de reptil bajo las hierbas, el arroyuelo ha recogido otros arroyuelos y se ha engrosado con fuentes invisibles. Ahora llega á la hondonada de un valle, en el que traza la curva armoniosa. Cuán débil es aún! Un plancha basta para franquearlo y en los tiempos de sequía, no se ve en su lecho, de trecho en trecho, sino cieno y piedras. Sin embargo, es hacia él que van en secreto las aguas subterráneas. Ahora atraviesa praderas fangosas. El sauce crece á sus orillas, y las viejas cepas, en doble hilera, levantan sus pálidos follajes. A veces una vaca de los parajes vecinos descende, tarda y torpe, á abrevarse en la corriente, y después de levantar su hocico humedecido, mira al horizonte con aire estúpido.

Solamente algunas leguas más allá, en la enrejada de tres valles que aportan su líquido tributo, el humilde arroyo se transforma en riachuelo. La geografía le ha impuesto ya su nombre de río, el nombre ilustre que conservará cuando lleve los imponentes buques de mar y resista el impetuoso empuje de la pleamar. Pero aún no es sino un río adolescente que abarcan de un solo paso los viejos puentes de piedra y que conserva su gracia campestre. Corre lentamente bajo los olmos y los chopos, entrelazando sus ramales; y sobre el agua tranquila y ensombrecida por los profundos follajes, el martín-pescador revoltante hace deslizarse su reflejo tornasol. En la primavera es un concierto sin fin en los zarzales.



Vista tomada en la esquina de la casa del señor Juan Carrillo

les de las orillas; y las libélulas de azul, posadas en grupo sobre las cañas, parecen las notas de la música que entonan todos los genios alados.

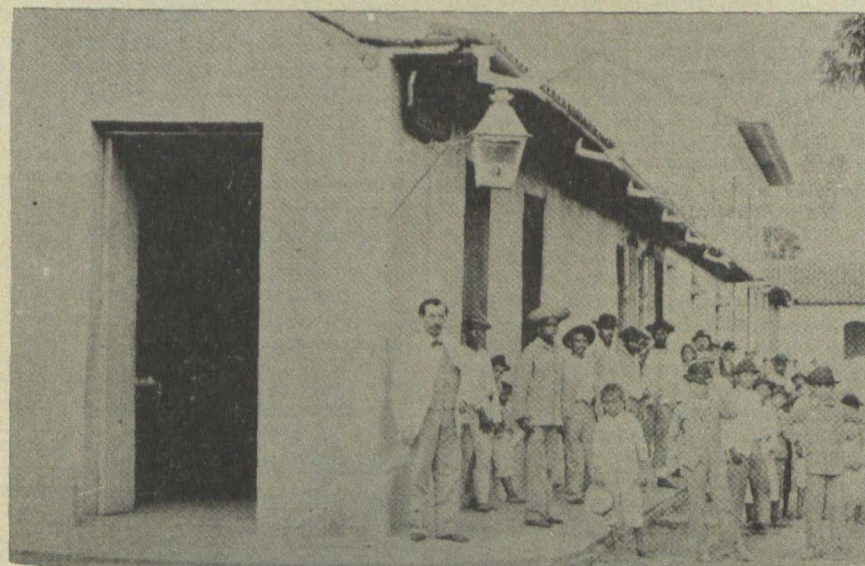
El joven río está solitario. A lo más, de espacio en espacio, en un bote amarrado á algún tronco, se ve una blusa de terliz, el extremo de una barba gris bajo un sombrero de paja, una larga caña de pescar y al cabo de la cuerda un pequeño flotador,—única nota roja entre toda aquella verdura,—que se va lentamente por entre las anchas hojas de los nenúfares.

De pronto el riachuelo se hace adulto y su masa de agua, más y más abundante, comienza su obra útil. Cuando pasa cerca de una aldea oye la risa estrepitosa de las lavanderas de brazos desnudos y el ruido de los rítmicos batidores; y se lleva las matizadas burbujas de jabón. Sus primeros trabajos conservan un carácter inocente y pastoral. Con cierta especie de alegría feliz penetra en el canal del molino, se arroja sobre las paletas de la pesada rueda para hacerla girar, y se divide en mecer sobre sus ondas, un instante agitadas después de su caída, una coqueta escuadrilla de ánsares.

De improviso, á la vuelta de un ribazo, re-



Calle de "El Triunfo"



Botica de San Pedro. — VISTAS TOMADAS EN EL SOMBRERO

cibe su primer afluente. Dos veces más ancho y más profundo, merece ahora que se le llame río. Y va, sereno y laborioso; pues de aquí en adelante transportará embarcaciones. Sobre la ribera, á lo largo de los sauces temblorosos, los caballos de sirga tiran hacia arriba las chalanas vacías; y cantan los marineros sobre los bateles multicolores que descienden. Y va trazando graciosas curvas, opreso á veces entre costas de viñedos, á sus anchas otras á través de los herbajes. Por sus fecundas orillas se multiplican las aldeas; y los campanarios, tranquilos como viejos paisanos, le ven pasar.

Y va absorbiendo una corriente y luego otra. A lo lejos, allá en donde se dibuja sobre el cielo la silueta de un esclusero, un canal le enriquece con su torrente cautivo. Y va el noble río atravesando ciudades ilustres. Sobrecargado de pontones y de embarcaciones de todas clases, corre con mayor impetuosidad entre piedras históricas, se lanza rugiendo bajo los arcos sonoros de los puentes monumentales, y por sobre los muelles llenos de multitud y de tumulto, las flechas de las viejas catedrales lanzan sobre sus ondas sus trémulos reflejos.

Corre de nuevo por la libre campiña y ofrece su espejo á todos los feéricos cambiantes del cielo. Chispea bajo la ardiente luz estival.

La aurora le cubre de rosas, y el sol poniente derrama sobre él topacios y carbúnculos; y en las noches azules, parece seguir un sueño encantado en la melancolía de un claro de luna.

Ahora está en toda su fuerza y toda su majestad. Pero qué se ha hecho del agua clara y pura de su fuente?

Desde el primer lavadero cuya sucia espuma arrastró, cada uno de sus contactos con el hombre le ha dejado una mancha. Cuántas cloacas han vaciado en sus aguas sus fangos y sus carrañas! Las fábricas de los arrabales, que yerguen á la orilla sus altas chimeneas de ladrillos, lenta y constantemente han enviado á él arroyos de veneno. Por las viejas monedas, por las antiguas joyas, por las armas enmohecidas que en su seno ha removido al pasar, ha reconocido la traza de crímenes que cuentan siglos. En la noche, desde lo alto de los puentes solitarios, los desdichados se han sumergido para siempre en sus negras profundidades; y en el bajo puerto, los asesinos le han arrojado los cuerpos ensangrentados de sus víctimas. A veces, como atacado de náuseas, vomita sobre la hierba de la orilla restos asquerosos y putrefactos. Pero es-

tá infestado para siempre y, semejante á la conciencia de un malhechor, lleva en sus aguas, con algunos tesoros ignorados y perdidos, impurezas, vergüenzas, desesperaciones y crímenes !

Por fin, el río llega al término de su carrera. Hé ahí el estuario; es tan vasto que allá lejos, muy lejos, anclados cerca de la playa indecisa, los navíos que han dado la vuelta al mundo, los que han surcado mares de ín dugo bajo cielos de fuego, los que con su dura roda han despedazado témpanos en medio de espantosas tinieblas, las esbeltas barcas, los poderosos steamers, parecen frágiles conchas aparejadas con telas de araña. Ha pasado ya la última boya y, sobre la costa gris, las torrecillas blancas de los faros son apenas visibles. La enorme masa líquida, que el movimiento de la marea rechaza y atrae alternativamente, se corona de olas irritadas por la lucha ó bien se precipita hacia adelante con la velocidad de un rápido. A lo largo, de donde el viento trae un clamor confuso, las ondas sacuden sus melenas de espumas y corren barriendo el horizonte brumoso; y grandes albatrós, con vuelos de arcángel, se ciernen sobre el río con gritos agudos, semejando los siniestros mensajeros del abismo que lo va á engullir.

Yo sé de un alma comparable á ese río. Así como éste va á perderse en el mar, ella va pronto á desaparecer en la muerte. Y como él, al acercarse á la vorágine, se siente cargada de todo el pasado, y es profunda y amarga,—profunda como la memoria, amarga como la experiencia. Ella se acuerda de su vida, que fue, en suma, apacible y bienhechora. Sin embargo, qué de mancillas no ha recibido esa pobre alma en su camino y ha llevado por siempre consigo ! Por el agua que corre y por el hombre que pasa, no tiene sino un instante de pureza absoluta, la fuente y la infancia. Como el río rueda y guarda, bajo el fango de su lecho, inmundicias y cadáveres, el alma,—aun en los menos culpables,—está llena de secretos vergonzosos.

Permanecer puro en este tiempo, es el imposible y desesperante esfuerzo; volver á serlo en una vida nueva, qué ideal, qué sublime esperanza ! Ese río, que la mar descendente aspira con profundos estertores, se purifica en la sal del inmenso Océano. Pobre alma, ultrajada por la existencia y profundamente turbada en los umbrales del gran misterio, osas soñar, tú también, inocencia inmortal ! Es porque piensas hoy en todos esos viejos campanarios de iglesias y de catedrales que el río ha reflejado en sus ondas y que has encontrado á menudo en tu camino, sin cuidarte de su voz solemne. Es porque al fin respondes á la señal de esas antiguas flechas de piedra, que te muestran el cielo con confianza y te mandan rogar y teuer fe !

FRANÇOIS COPPÉE.

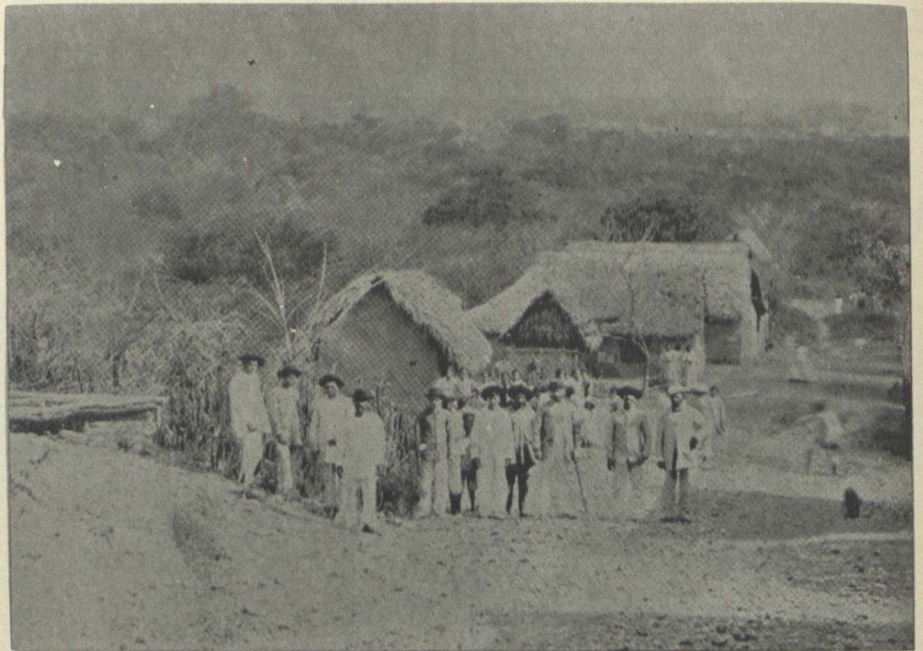
FILOLOGÍA

PRETERMITIR—OMITIR

¿N qué casos debe usarse el verbo "premitir;" cuál es su propia y legítima acepción, y cuál la diferencia entre él y "omitir"?

Acercar de esta consulta que se nos ha hecho, nos atrevemos á opinar como sigue.

Poco enseñan nuestros diccionarios tocante á estos verbos. El de la Real Academia los define así: "OMITIR (Del lat. *omittere*) a. Dejar de hacer una cosa; pasar en silencio una cosa.—PRETERMITIR (Del lat. *pretermittere*) Omitir." El de Salvá (9ª edic.): OMITIR. a. Dejar de



Márgenes del Guárico — Extremo de la Calle del Triunfo, de El Sombrero

hacer las cosas. *Omittere*.—PRETERMITIR. Pasar en silencio una cosa. *Prætermittere*.

El francés, de Littré, no trae más que el sustantivo *prætermision*, del supino latino "prætermisum." A no ser tan delicado su oído, como el de todo francés, bien pudo M. Littré traer del Lacio también el verbo *prætermittre*.

El inglés, de Webster: v. t. OMIT (L. *omitto*; de *ob* y *mitto*, enviar). Dejar, pasar por alto, descuidar, abstenerse de hacer ó usar: "to omit an opportunity of writing a letter,"—omitir la oportunidad de escribir una carta: "to omit invidious comparisons,"—omitir odiosas comparaciones.—PRETERMIT, v. t. (L. *Prætermitto*; de *præter*, á la parte de allá, fuera de, y *mitto*, enviar). Pasar por alto, olvidar (Velázquez de la Cadena).

Ni el Dicc. Etim. de Monlau, ni otro alguno de los que tenemos á la vista, enseñan más en esta materia; pero como se nota, todos señalan la fuente á que debe acudir quien desee saber la diferencia de significación que haya entre uno y otro verbo. Hay, pues, que apelar á la lengua madre en busca de solución á la consulta.

En efecto, los buenos diccionarios etimológicos y de sinónimos latinos ofrecen la luz necesaria.

Nuestro verbo "omitir" es calco del latino *omittere*, el cual se compone de la preposición *ob*, causal ó final, y *mittere*, enviar. Vale pasar por alto, no hacer caso de, *dejar enteramente*, como lo demuestran estas expresiones de Cicerón: "*Omitto* quid ille Tribunus fecerit,"—omito lo que haya hecho aquel Tribuno." "*Pietatem et humanitatem omisit*,"—omitió la piedad y la humanidad.

Nuestro *pretermitir*, como se nota, está calcado sobre el latino *pretermittere*, compuesto de *præter*, fuera de, y *mittere*, significando dejar pasar, no hacer mención, *olvidar*, descuidar, según lo comprueba Tito Livio: "*Occasionem prætermittere olvidar*, dejar escapar la ocasión; y conforme á estas expresiones de Cicerón: "*Nihil quod ad rem pertinet prætermittire*,"—no *pretermitir*, no olvidar nada de lo perteneciente al asunto.

Estos principios y elementos, de tan buena y genuina ley, han autorizado á los etimologistas y á los gramáticos para fijar la siguiente doctrina: "*omitir* designa que, ó no se ha comenzado la acción, ó no se quiere continuarla;" y para establecer la diferencia

que se busca entre él y el verbo *pretermitir*, en esta fórmula latina: "*Oblivione præmittimus; omittimus industriá*," esto es, "pretermitimos, por olvido; omitimos, de intento."

Hasta aquí nada es nuestro, sino de los autores clásicos. Según todo lo cual, si es correcto decir: "Preferible habría sido omitir la apología del candidato, á haber pretermitido en ella la circunstancia de ser él hombre de bien, al mismo tiempo que instruído;" no creo que lo sería decir así: "Preferible habría sido pretermitir la apología del candidato, á haber omitido en ella la circunstancia de ser él hombre de bien, al mismo tiempo que instruído."

Pretermitir, pues, sugiere algo de accesorio á un asunto; mientras que *omitir* da la idea de una cosa absoluta, de un asunto principal, independiente.

RICARDO OVIDIO LIMARDO.

Caracas: octubre de 1898.

PERFIL

Dejas vagar tu delicada mano sobre el teclado de azabache y nieve, y de la estancia por el aire leve vuelan las notas del sonoro piano.

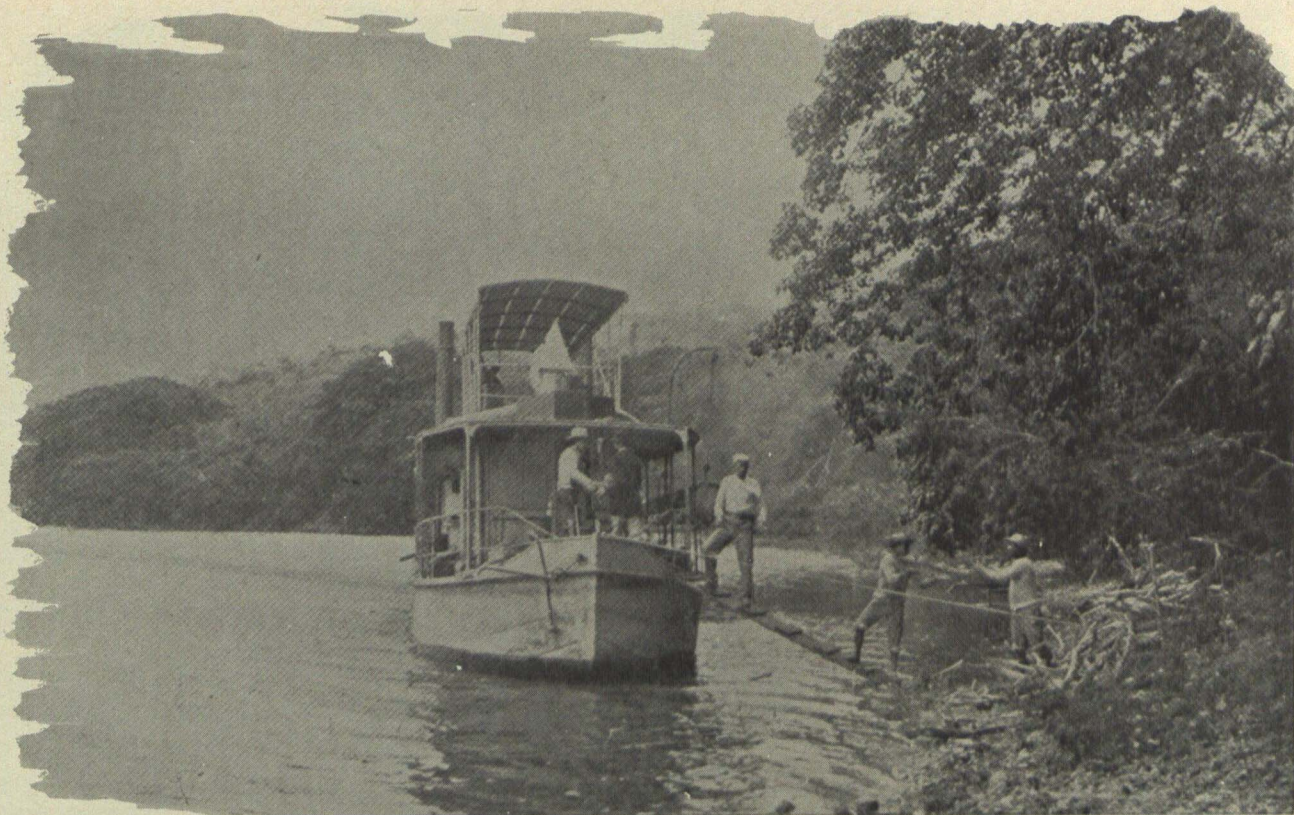
En el fondo, un espejo veneciano reproduce tu talle airoso y breve, como el junco que rítmico se mueve á impulso de las brisas del verano.

Tristes las teclas de azabache gimen cuando en ellas la ardiente luz refleja de tus pupilas, negras como el crimen.

Y dan las teclas blancas hondas quejas de envidia si tus dedos las oprimen, y de pesar cuando tu mano alejas.

CLÍMACO SOTO BORDA.





LA ISLA DE EL BURRO, EN EL LAGO DE VALENCIA

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

L misticismo estético, ó, si se quiere, el movimiento artístico-religioso, es de algunos años á esta parte, una faz, ya que no importante ni trascendental, muy curiosa del desarrollo del arte moderno ó mejor diré, modernista. Surgió en París entre los iniciados en los secretos del refinamiento emocional, entre los que tratan de introducir en todas las manifes-

taciones del espíritu, una especie de neopietismo dulce, afable, apartado por completo de los rigorismos del sectario, propio para mover los espíritus ligeros poco á propósito para las abstracciones, y á los que, faltos de fe religiosa, sienten no obstante la necesidad de llenar ese algo nunca satisfecho que existe en el fondo de la conciencia humana especialmente en las inteligencias que con mayor amplitud conciben las ideas: algo que cuando no se puede satisfacer en la reflexión, nos lleva á las sensaciones, realizando de este modo instintivamente el apotegma clásico: "nada llega á la inteligencia sin antes pasar por los sentidos."

En París hay salas de espectáculos fundados por esos refinados del sentimiento y sostenido con el dinero de la gente á la moda ávida de todo lo nuevo. En ellos se representa una especie de dramas sacros cuyo argumento se toma de la Biblia y de los Evangelios, alternando las representaciones con la lectura de fragmentos de los más célebres sermones de Bossuet y Massillon, y aun con poesías de Richepin y couplets de Isete Guilbert y Verlaine. No es, como pudiera creerse, la representación realista del drama sacro: no se busca la emoción en la

verdad sino en lo puramente bello: cuando más se pretende que la bondad de la doctrina entre en el alma por los sentidos, pero deleitándolos. Así el Jesús de esos dramas sacros se representa por un buen actor que aparece sonriente en el escenario, magníficamente ataviado con túnica de terciopelo y manto de seda, como las imágenes sacras de nuestras cofradías rurales. La Virgen es representada por actriz de valía, cuanto más bella mejor, siendo indispensable que luzca algunas de sus mejores joyas. Lo original del caso es que el clero empieza á tomar parte en esos espectáculos de la piedad mundana. Recuerdo haber leído ha pocos meses en un cronista de las costumbres del París elegante, la descripción de una de esas fiestas. En un gran salón tapizado de ricas telas y alumbrado por la electricidad, se apiñaba la multitud: en el fondo un telón de púrpura que se alzaba para la representación de cuadros piadosos comprensivos de la vida entera de Jesús, desde el Nacimiento hasta la Resurrección. Los actores eran aquel día los alumnos de las asociaciones religiosas en cuyo provecho se efectuaba la fiesta: entre dos melodías de Haendel y de Gounod, el párroco exhorta á los espectadores á que pongan su óbolo en las magníficas bolsas que van á presentar las más hermosas damas de la aristocracia parisiense; además en los entreactos había *buffet*, y por cincuenta céntimos se bebía en provecho de las obras piadosas una copa de excelente champagne. Decía también y con razón el cronista, que "ese doble desarrollo del misticismo estético y de mórbida curiosidad, verdadera orgía en que una ex-princesa de Chimay da la mano á la Samaritana: en que los *couplets* responden á los cantos sagrados, en que se echa mano de los enseres religiosos para decorar los *boudoirs*, en que las sesiones del espiritismo y las misas negras se celebran á diario, ofenden con frecuencia el verdadero sentimiento religioso y de piedad y ofrecen ancho campo y seductor tema de estudios para el moralista, el

psicólogo, el artista y el médico, sobre todo el médico."

Pero, volvamos al arte piadoso en su expresión más racional y sensata. Este arte existe, si no en la esfera colectiva, en algunas individualidades en ella influyentes: existe y la doctrina en que se apoya empieza á hacer prosélitos entre los intelectuales de algún valer. Las exageraciones del realismo han producido la natural reacción en los espíritus: en algunas partes y en determinadas esferas esa reacción ha ido muy lejos: en otras se ha detenido en un justo medio muy aceptable. En la literatura francesa de nuestros días, Brunetiere y Francois Coppée pueden representar esa reacción. El primero con sus folletos *La bancarrota de la ciencia* y *El Renacimiento del Idealismo* y su conferencia sobre el *Arte y la moral*, se encamina directamente á la aceptación de todos los dogmas del catolicismo. La Iglesia puede ya considerarlo suyo, pero dudo que consiga hacer de él un místico: Brunetiere será siempre un católico razonador á la manera de San Agustín, y en todo tiempo razonar la doctrina ha sido un peligro para la fe, fundamento de todo dogma religioso. El otro converso, Coppée, ya es distinto: es poeta y como á tal puede que en él influya más el sentimiento que la razón. Además se sabe que no ha entrado en la buena senda por un acto reflexivo, espontáneo, sino por el consejo y por el ejemplo de las Hermanas de la caridad que le asistieron en una enfermedad que le tuvo, durante muchos días, á las puertas de la muerte. Pero ni el filósofo aburrido, ni el poeta todo corazón, pueden representar el arte pietista ó religioso, en su verdadera excepción: hay que buscarle en otro escritor francés que figura también entre los conversos y que con su libro *La Cathedrale* tanto ha llamado últimamente la atención del mundo ilustrado.

Me refiero á J. K. Huysmans, literato muy distinguido como crítico de artes, francamente racionalista y adepto entusiasta de la



VISTA TOMADA EN EL LAGO DE VALENCIA

escuela de Zolá. Su conversión, sin ser quizás tan íntima y verdadera como la de los dos anteriores, ha sido más ruidosa, pues el converso ha llegado á hacer pública retractación de su escepticismo moral y religioso y á encerrarse en un convento. Pero al renunciar al mundo y sus vanidades, no ha renunciado Huysmans á sus teorías sobre la finalidad del arte: hoy como antes cree en el realismo de Zolá, por más que claramente no lo diga. Huysmans se ha propuesto hacer compatible ese realismo con las doctrinas y aún las conveniencias de la religión cristiana. En su libro antes citado, parte del principio sentado por San Gregorio el Magno en aquello de: "decid siempre la verdad; el escándalo es preferible á la mentira;" doctrina completamente opuesta á la moral en uso entre nuestros jesuitas de salón que cuando tratan de aunar ciertos deberes religiosos con la felicidad mundana, dicen que los pecados del amor sólo están en el escándalo. Diserta Huysmans sobre el naturalismo en el arte y en sus relaciones con la moral cristiana, y dice: "Olvidando que la Iglesia, con su virilidad, sana doctrina é incomparable misticismo, alimentó el arte durante tantos siglos, creyeron muchos fieles de estos tiempos que la evolución, romántica y naturalista de estos últimos años se había formado exclusivamente contra la Iglesia; bastó que una obra prescindiese de las amoldadas historias y mentiras seductoras y no concluyera con la recompensa de la virtud y el castigo del vicio, para excitar sus iras. El día que la novela, en forma nueva y manejable entró en la escena de la vida real, expuso la lucha de pasiones, fue un estudio psicológico y una escuela de análisis, un gran número de fieles creyó llegado el momento, y el partido católico que parecía el más indicado y mejor preparado que ningún otro para luchar sobre un terreno que la teología había extensa y detallada-

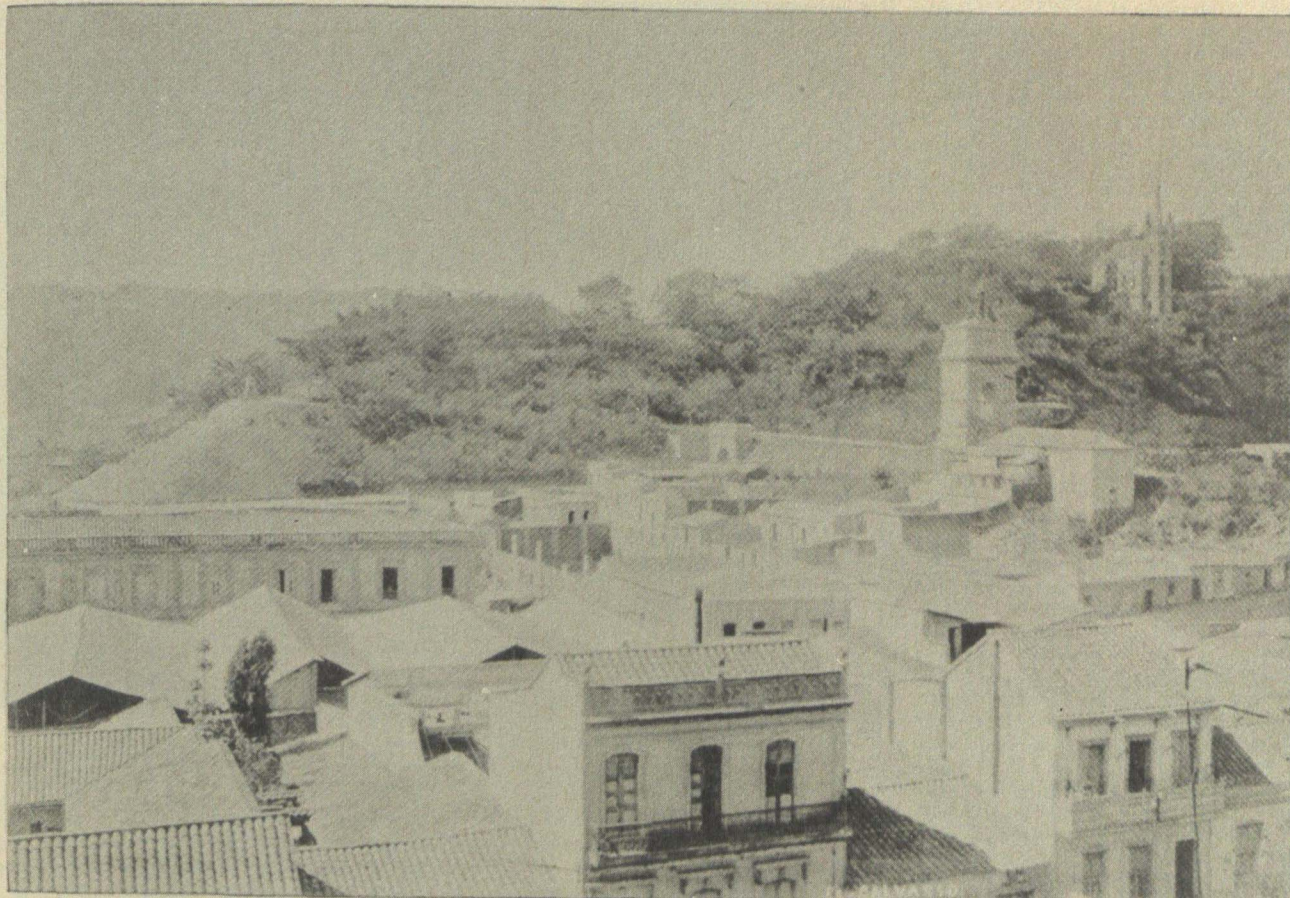
mente explorado, se replegó en desorden ante las obras y procedimientos que no había creado ni inspirado."

Observa después que por no haber seguido á través los últimos siglos las evoluciones de los estilos, se ha llegado á no comprender el significado de ciertos vocablos y no pudiendo distinguir lo pornográfico de lo natural en el arte, se ha acabado por aceptar el absurdo de que todo aquel que expone el pecado es para inducir á cometerlo, olvidando en este caso que siendo el vicio cosa despreciable puede combatirse con sólo exponerlo con toda su realidad y desnudez. A este propósito suscita un tema sumamente curioso que pudiera titularse: lo obsceno y las figuras pornográficas en la arquitectura de los templos cristianos de la Edad Media.

Nadie ignora que en los arcos y en los chapiteles de los claustros de nuestras catedrales romanico-góticas, suela verse esculpidas figuras obscenas, representando casi siempre frailes y monjas en actitudes increíbles por lo escandalosas. Algunos han explicado esta anomalía suponiendo que casi todos los artifices imaginarios de aquellos tiempos, eran moros ó judíos y que á hurtadillas de los monjes esculpían aquellas imágenes medio ocultas entre los adornos y florecos de las columnas y arcos, y que lo hacían para vengarse de los vejámenes y humillaciones á que á menudo les sujetaban los cristianos.

El vulgo de los anticlericales se alegra á la vista de aquellas esculturas, tanto como lo deploran y hasta se escandalizan los creyentes sencillos y más que ellos, los hipócritas, algunos de los cuales han creído hacer obra meritoria á la moral y á Dios, destruyendo, con gran perjuicio del arte, aquellas figuras. Huysmans la emprende contra esa profanación, atribuye un gran fondo de

moralidad á aquellas obscenidades y explica los motivos que dieron vida á esa que él llama teología escultural. "Las obras de esta clase—dice—en algunas de las cuales son los protagonistas verdaderos obispos y frailes, fueron júbilo de los libre-pensadores y desesperación de católicos; los primeros veían una sátira á la religión, en tanto que los otros deploraban semejantes representaciones en el interior severo de los templos; lo cual no priva que la explicación sea fácil en demasía, ya que no hay que excusar la tolerancia, sino admirar el espíritu elevado y la franqueza con que la Iglesia afirmaba su resolución de alentar sus fieles presentándoles los vicios en su propia y repugnante forma; usando el lenguaje de hoy día, podría decirse que eran las pizarras en que se aconsejaba al examen de conciencia y un verdadero *memento* en que se relataban las faltas cometidas. Lo cual constituía una parte del plan de su sistema de educación, porque en aquel entonces se deseaba formar almas viriles que hoy no se estilan y mostrando públicamente el vicio doquiera se encontrase, promulgaba la igualdad de los hombres delante de Dios y con el laudable fin del buen ejemplo, exigía que los obispos y frailes que sucumbieron á la tentación, la expiasen públicamente, por lo que esas escenas eran, en suma, una línea esculpida del catecismo y á la vez prueba evidente, al alcance de todo el mundo, de los agravios inferidos y lecciones dadas por la Iglesia." La explicación es susceptible de reparo, pero no puede negarse que es ingeniosa y muy bien relacionada con las tendencias teológicas dominantes en la Edad Media. Sería indiscutible si no hubiese ejemplos que en cierto modo, la contradicen. Las ratas llevando en andas á un gato muerto, simulando la ceremonia del entierro de un creyente según la liturgia de la Iglesia católica; el mono que pone un enema á un clérigo y algún otro



VISTA TOMADA A INMEDIACIONES DEL PASEO DE LA INDEPENDENCIA — CARACAS

cuadro por el estilo, que se ven esculpidos en los chapiteles románicos de los claustros de la catedral de Tarragona, no inducen á creer que fuesen inspirados por un fin estrictamente moralizador y religioso.

En España, hasta ahora, el misticismo literario y artístico no ha hecho, puede decirse, prosélitos: no los ha hecho, sobre todo, con relación á las extravagantes direcciones mostradas por los refinados y los decadentistas parisienses en estos últimos tiempos. El socialismo cristiano reflejado en algunos artículos y poesías de Eusebio Blasco, nada tiene de común con aquella tendencia. Los desahogos místicos mostrados por algunos de nuestros poetas hueros y cronistas de salón, no tiene trascendencia ni en el arte ni menos en la literatura. Se ha hablado en Madrid de la creación del Teatro Católico, y la idea ha quedado en proyecto. Ni las novelas de Pereda en lo que tienen de doctrinales, ni menos la de Valentín Gómez, han conseguido llevar el pietismo artístico-literario á los gustos y menos á la conciencia de la masa ilustrada. En Barcelona, donde más pronto y fácilmente prende toda innovación procedente del extranjero, el misticismo en la estética sólo está representado en el Círculo artístico de San Lucas, destinado al fomento de la pintura religiosa; pero el objeto que persigue esta asociación, nada tiene de común con las tendencias del modernismo en el arte, puesto que se reduce á la conservación de la influencia que en el desarrollo de la estética en general, ha ejercido en España y fuera de ella el sentimiento cristiano. Como muestra de las doctrinas que informan la Asociación de que hablo, recuerdo ahora una Conferencia dada hace algunos meses, por el reverendo doctor Torres y Bages, sobre el tema: "Del Infinito y del límite en el arte." Partiendo del principio de las ínti-

mas relaciones que existen entre el Arte y la metafísica, expuso el conferenciante que el afán por lo bello es natural en el hombre por ser ese afán la aspiración al infinito que es el arte en sus más genuinas manifestaciones. Sin esa aspiración á lo infinito, nunca el hombre conocerá bien lo finito. El panteísmo confunde ambas ideas: el arte moderno también, pero no se atreve á deducir de esta idea las lógicas consecuencias y por esto no realiza obras maestras. Después de extensas consideraciones acerca la naturaleza de lo bello, expuso las tres limitaciones que, según él, ha de tener toda inspiración artística: la revelación cristiana en lo que se refiera á las cosas espirituales y sobrenaturales: el magisterio de la naturaleza en lo que toca á las formas y el criterio moral en lo que se relaciona con las pasiones. En esto cree ver la unidad de un arte superior.

**

La crónica literaria de estos días no registra la publicación de ningún libro importante en Madrid. En los escaparates de los libreros, aparecen los mismos tomos expuestos hace dos ó tres meses. Lo más moderno es un volumen titulado: *Estética integral* del cual ha hablado poco, pero con elogio, la prensa de mayor circulación. En clase de novelas, hay una del joven escritor Arturo Reyes, titulada: *El lagar de la Viñuela*, cuadro de costumbres andaluzas muy bien sentido, en cuyo fondo se desarrolla un drama pasional, trazado con muy regular conocimiento del corazón humano. Los escritores de costumbres madrileñas, siguen recogiendo en tomos los artículos que publican en los periódicos: últimamente lo ha hecho Dicenta en un tomo que titula *Crónicas*. Habla en él de todo: crítica literaria y arte, comentarios sobre la guerra y cuestiones políticas y sociales. Tratándose de un escritor que

suele no arredrarse ante los inconvenientes de decir la verdad en todo, inútil es decir que el libro resulta interesante. Como colección de artículos de costumbres y cuentos ingeniosos es también muy apreciable el tomo publicado por el joven periodista don Manuel de Castro, cronista de salones, conocido entre nosotros con el pseudónimo de: *Barón de Stoff*.

**

Al tiempo que la escuela artística y literaria llamada modernista, han aparecido en España los estudios filosóficos históricos y arqueológicos calcados sobre nuevas bases. Para hablar de éste como de otras direcciones del espíritu innovador de nuestros tiempos en España, fuerza es referirse á Cataluña, pues sólo allí se caracterizan estas y otras manifestaciones de la actividad humana. *Eupezó* hace algunos años el señor Aulestia Pijoan, publicando felices ensayos de monografías históricas, siguiéndole poco después el reverendo Torres y Bages con su obra monumental: *La Tradición catalana*, de quien puede decirse fija el punto de partida de la nueva escuela. No me es fácil, en estos ligeros apuntes referirme, siquiera para mentarlas, á las obras que se han publicado hasta hoy. Concrétome á indicar los autores que más se han distinguido últimamente en esta clase de estudios.

El señor Carreras y Candi, ha publicado importantes trabajos histórico-arqueológicos entre los cuales descuellan *Los castillos de Montserrat*. Mosen Salvador, de quien hablaré otro día con el respeto y atención á que sus relevantes méritos le dan derecho, ha publicado *Las Instituciones de Cataluña*, obra verdaderamente monumental; pero lo que más enaltece á este joven sacerdote destinado quizás á indemnizar á España de la pérdida del gran Balmes, es el estudio crítico acerca del filósofo barcelonés, Ramón Sibiude.

Notables son los trabajos que sobre espeología está publicando el señor Font y Sague, de quien ya he hablado en estas crónicas; no lo son menos los del señor E. Suñol, sobre música religiosa. Flos y Calcat, otro escritor de valía, publica un tomo sobre la Geografía de Cataluña y Massó y Torrents, comenta los manuscritos catalanes existentes en la Biblioteca nacional de Madrid.

En clase de monografías sobre monumentos artísticos, la más notable de cuantos últimamente ha aparecido en Barcelona, es la que, referente á la catedral Basílica de la misma ciudad, ha publicado la casa editorial de Parera y Compañía. La catedral barcelonesa es una inapreciable joya del arte ojival: no son pocos los escritores nacionales y extranjeros que han hablado de ella. El padre Villanueva en su "España sagrada" lo hace ya con gran elogio: en los *Recuerdos y bellezas de España*, por Piferrer se la describe á grandes rasgos, y el inglés Edmundo Street en su obra sobre la arquitectura gótica en España se deshace en elogios á aquella hermosísima fábrica.

En los últimos veinte años se han publicado dos ó tres nuevos libros sobre el mismo tema, pero á todos ellos aventaja el de ahora, pues á la descripción artística y arqueológica ó histórica, se añade el elemento técnico descrito con indudable competencia ya que el autor del libro, señor Rogent es —ó era porque ha muerto ha pocos días— uno de los mejores arquitectos de España. Es notable en este libro el prólogo escrito por el reverendo Cayetano Soler. Se trata de un estudio histórico-crítico sobre todos los puntos dudosos que se refieren á la concepción de los planes y construcción de la gran basílica. Las fechas, los nombres de los autores que intervinieron en la construcción, la explicación de místicos simbolismos que hay esculpidos en las piedras, el análisis de la masa de edificación, todo se comenta en esta admirable monografía. Aumentan la importancia de la misma los grabados intercalados en el texto, así como las fototipias, autotipias sueltas que en conjunto y en detalles muestran la gran importancia artística y suntuaria de la Basílica de Barcelona. La publicación de este libro resulta un verdadero acontecimiento artístico y un alarde de atrevimiento de parte del editor, ya que este último no ha vacilado en emplear en la empresa importantes sumas, de las cuales veo difícil se resarza. De todos modos, el autor y editor merecen calurosos aplausos de cuantos se interesen por la gloria del arte en España.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid: 1898.

DE IDA Y VUELTA



VENGO de Bruselas: ó como si dijéramos de ahí mismo, de la vuelta de la esquina.

Porque á Bruselas se va de un tirón en cinco horas de tren rápido; y porque entrar en ella es como entrar á París por la *Gare du Nord*: á un París más pequeño, pero si se quiere mejor y más aceptable aun para los que tenemos nuestros puntillos de vanidad personal. ¿Qué es usted en París?.....

Cualquier cosa, nadie, un puntito en medio de un océano también de puntitos de todas clases y colores; y punto con *inri*; el inri que pone el parisiense á todo extranjero—venga éste de donde venga, no siendo de Rusia—París en este particular es ridículo, más ridículo que cualquier pueblucho de América. A menos que traiga usted dinero y entonces no es usted *monsieur á secas*, sino persona *chic* visto á través de los billetes de mil fran-



Visión en Emmaús. Evangelio de San Lucas, Capítulo XXIV.—(Cuadro de Eduard von Gebhardt)

cos á cuyo rededor giran casi de rodillas multitud de dependientes, cocheros y "garçons" de frac, que se disputan la consabida propina.

Alberto Smith discutiéndome sobre costumbres parisienses me decía en cierta ocasión:—Y ¿qué es lo que te disgusta de París, el robo? Si allí cuando lo roban á uno dan ganas de dar las gracias!

Es claro! un hombre como ese, que tiene más de un millón de pesos de capital, no le importa dar un *louix* de propina, pero á mí si me da ira la propina que pasa de un franco. Y por añadidura me enfurece la triste actitud de esos hombres que se doblan humildes para ganar el dinero que no saben alcanzar de otra suerte.

En cambio esos mismos seres lo miran á uno por encima del hombro, si uno no representa el papel, muy poco airoso por cierto, de *vastago* espléndido, con guantes lilas, polainas á *bouton* y lazo amedallado en el ojal del chaquet..... Pero ¿á dónde voy yo á parar? Ah! sí, á Bruselas.

Bruselas ofrece más ventajas que París; pero muchas más ventajas, aun haciendo la vida incómoda y violenta del Hotel, del Restaurant y del Café.—Es otra raza.—Los mozos roban con más moderación y no le están dando vueltecitas á la mesa donde el parroquiano ha decidido emplear más de los diez minutos habituales para tomar un *bock*. Y en punto á cortesías y atenciones—valga la verdad—en Bruselas no hay gran surtido; pero cuando esas atenciones se prodigan no son tan calculadas y socarronas como las de París.

Por otro lado los belgas han realizado el ideal suprimiendo "la portera," esa especie de tiránica institución que, si en Madrid es un estorbo, en París resulta un atraso y un peligro; porque la portera de París lo oye todo, lo observa todo, todo lo olfatea y todo lo sabe y lo dispone á su manera; y no valen ni propinas, ni halagos, ni sonrisas, ni siquiera la ardiente confesión que le hace uno de sentirse altamente honrado con su trato: la portera es "el enemigo," el enemigo de los que tienen la desgracia de poner casa en París.

En Bruselas como en Nueva York los inquilinos usan llave: entran y salen cuando les viene en gana y el vecino del lado no murmura, ni el de abajo sabe cómo tiene la casa el vecino de arriba.

A las cosas buenas de Bélgica hay que agregar las vías de comunicación, carros rápidos, ligeros, sin interrupciones ni "esperas;" ferrocarriles, tranvías eléctricos, todo lo que requiere, en fin, una ciudad de mucho movimiento y mucha vida.....

Búsqueme usted en París vías de comunicación; en un día de prisas y carreras se sube usted al imperial de un ómnibus, suponemos en el Arco de la Estrella, y se llega una hora después á la Plaza de la República, es decir, cuarenta minutos más de los que se necesitan para salvar en quince, el mismo trayecto en tranvía eléctrico, flanqueando el Sena. Horrible, horrible! De tal suerte que, viniendo de Bélgica y trayendo el oído acostumbrado al trote violento de sus bestias de tiro es desesperante el acompasado *plaf! plaf!* de los caballos normandos.

Y no les quiero hablar á ustedes de las velas y los candeleros que todavía se usan en París hasta en los hoteles que cobran 15 francos, aparte el servicio y la *bougie*. En cualquier hotel de Bruselas, aun en los de tercer orden hay luz eléctrica: la he visto. Aquí sólo la gastan los de primera clase, y con guñños.

Mas pare usted de contar, porque está usted en París, en "la Capital del mundo." Y ¿quién se atreve con tamaña Capital?

No fui yo, créanme ustedes muy bien prevenido á Bruselas: el deber me impuso el viaje, y á pesar del deber todavía estuve á punto de dejar el viaje para mejor ocasión, viendo cómo se quedaba en París algo que constituyese la alegría toda de mi vida.

Llegué á Bruselas desperezándome, en medio de un gran bostezo, viéndolo todo gris á través de mis lentes empañados por el frío.—Qué feo es todo esto—le dije al consúl que iba conmigo—ni que me regalen ustedes el Banco con todos sus billetes vengo yo á vivir aquí: renuncio el cargo.—El consúl se sonrió y me llevó hasta el hotel. Dos horas después, cuando salí de nuevo á la calle y vi



LAS TRINCHERAS — (Entre Puerto Cabello y Valencia)

Bruselas entregada al trabajo, entregada á la realización de sus grandes destinos, me arrepernté de haber lanzado tan aventurada opinión. Empezaban á trabajar las artes, las industrias, las ciencias; hombres, mujeres, y niños se precipitaban en tropel por entre las ruedas de los coches, cada uno á su negocio, cada uno á luchar, sin maldecir. Cantando la felicidad de la existencia en medio de los rumores de las máquinas y de los estrépitos de las fábricas. ¡Qué hermosa me pareció entonces la ciudad! No sé qué cálido ambiente de juventud pasó en aquel instante por el Bulevar, y me detuve y aspiré con ansia el aire libre y pujante que pasaba.....

De mi rápida excursión por Bruselas nada puedo precisar; nada que no sea impresión momentánea puedo exponer al juicio del lector.

Por eso no enumero los paseos, ni los templos, ni los edificios públicos; todo lo he visto á prisa y corriendo; el Bosque, el Jardín Zoológico, el Botánico, el Museo de Antigüedades, el Palacio de Bellas Artes, la Bolsa y el Hotel de Ville—que es magnífico. Pero sí os puedo asegurar que en aquel andar sin rumbo por las grandes principales arterias de la capital de Bélgica me quedé sorprendido, casi atónito al entrar en *La Grand Place*. Y esta gran plaza es algo maravilloso, algo extraordinario que en punto á arquitectura ya lo quisiera tener, no digo París, cualquiera de las capitales que en el mundo se ufanan de sus monumentos más célebres. Apenas guardo en la memoria como un débil rumor el nombre de los edificios que la rodean; mas la impresión que ellos me produjeron no se me olvidará jamás; así vea mañana lo más bello y lo más raro en maravillas antiguas.

Enfrente hay un Palacio espléndido don-

de el genio árabe grabó su inspiración prodigiosa: un laberinto de columnas, de bordados en piedra, de originalidades estupendas. Se vuelve la vista á un lado y una nueva construcción atrevida, de estilo Greco-romano os deja un rato inmóvil: es una obra formidable que representa en cada pórtico algún hecho colosal, ya es una figura simbólica, ya una escena en que la fantasía del escultor superó la Belleza. Y cuando abrumado de tanto esplendor y de tanto lujo artístico quitáis de allí los ojos, surge otro palacio más con su tropel de encajes de mármol, de columnas microscópicas, de bóvedas soberbias, de torres increíbles, y allí y acullá estatuas, fuentes, surtidores; una infinidad de prodigios que os hacen perder la brújula hasta el punto de no encontrar la entrada, ó mejor aún la salida de aquel círculo de monumentales históricos palacios que os aprisionan por los cuatro costados.

¡Habéis estado en Bélgica, vosotros los escritores que amáis el arte descriptivo y no tuvisteis una hora para admirar esa Gran Plaza, esa maravilla arquitectónica, ó es que vuestra inteligencia capituló frente á ella?

Ah! no fuera yo cronista ahora solicitado por el periodismo instantáneo y veríais como sacaba una página luminosa de ese insigne pedazo de Bruselas, del cual están, y con sobradísimo derecho, orgullosos sus habitantes.

Aunque en esto de orgullosos y satisfacciones patrióticas sólo los portugueses son capaces de ponerle el pie delante á los belgas.

Hablad al más modesto hijo del país, habladle de Bélgica y veréis cómo la modestia desaparece al instante y salen á relucir cosas bellas, hermosas, heroicas, sublimes, inenarrables cosas que no conocíais: "Bélgica" se pronuncia con énfasis, con arrogancia,—con verdadera elocuencia; no hay edificio mejor

que la Bolsa, ni Bulevar más concurrido en el mundo que el Bulevard Auspack, ni Restaurant como el del "Café Riche." De París se habla con benignidad y de Londres..... "Oh! Si eso parece la campana de la catedral! *Lón..... dón!* Y los oye usted y se ríe; porque estos belgas, á pesar de ver á su país á través de un desmesurado cristal de aumento, son las mejores gentes de la tierra. Y si me apuran mucho digo que Bélgica es el pueblo más hospitalario que conozco.

Al menos á mí me lo demostraron de esa suerte mientras estuve entre ellos.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

INQUIETUD!

I



o señora, no será así.

—Sí, señor.

—Os digo que me obedeceréis.

—Lo veremos.

—Tened cuidado.

—¿Juzgáis que vuestras amenazas me aterran?

—Mujer insoportable!

—Marido ridículo!

—Sea; nos divorciaremos, señora!

—Sí, sí, sí; cuanto más pronto,

mejor; os lo ruego. Oh! el día en

que mis padres me unieron á este hombre!

—Oh! el día en que fui bastante tonto para casarme con semejante mujer.

La señora Baudoin que tenía ya la mano sobre el botón, pronta á entrar en el cuarto de su hija, se detuvo de repente al oír este diálogo animado.

—¿Es posible?—dijo. Jacobo y Enriqueta

disputando de este modo cuando sólo tienen seis meses de casados! ¡Oh! esto es villano, muy villano . . . Me causa verdadera pesadumbre . . .

Ella vacila un instante.

¿Sorprendería á los recién casados en medio de su querrela, les echaría en cara la sinrazón de semejante proceder, les pediría que se reconciasen acto continuo con un beso?

No: la señora Baudoin, con su grande experiencia de la vida, comprendía que es imprudencia, aun para los padres, mezclarse en los asuntos íntimos del matrimonio . . . Probablemente Jacobo y Enriqueta se pedirían perdón una vez pasada su cólera . . . Más valía, pues, en obsequio de la joven pareja, que la señora Baudoin se hiciera la ignorante de lo que acababa de revelar la casualidad. Después de todo, ellos iban esa tarde á comer con ella, y entonces le sería fácil conocer en la expresión de sus semblantes si estaban ya reconciliados, y si aún les duraba el enojo intervendría en favor de la paz doméstica.

La señora Baudoin retrocedió sin hacer ruido hasta la antecámara y salió recomendando á la antigua y fiel sirviente que no les dijese al señor y á la señora que su madre había estado á visitarlos.

II

Aconteció lo previsto por la señora Baudoin. Jacobo y Enriqueta llegaron alegres como de costumbre á la casa de sus padres. Colocados á la mesa el uno frente al otro, se dirigían tiernas sonrisas y signos de conveniencia; luego, cuando pasaron al salón, Jacobo tomó á su mujer por el talle, murmuró á su oído una frase que debía ser de ternura, porque la señora Baudoin lo vio depositar un rápido beso en sus dorados cabellos.

—Vamos! dijo la madre, con júbilo: todo ha terminado . . . He sido felizmente inspirada al no demostrarles que fui testigo de la violenta escena que pasó entre ellos; escena que habrán olvidado á la hora presente.

Y sin decir nada al señor Baudoin, con el objeto de no contristar sin objeto al excelente hombre, la señora Baudoin se durmió tranquila y satisfecha de la suerte de sus hijos.

III

Al día siguiente la señora Baudoin pensaba sin quererlo en la aventura de la víspera. Seguramente todo marchaba bien en la casa de los jóvenes esposos, á juzgar por la conducta que observaron en la comida y durante la velada. Con todo, ¿qué hay más impresionable que el corazón de una madre? Ella quería saber cómo se encontraban en casa sus queridos niños. Sí; los sorprendería de nuevo; oíría su conversación sin que ellos lo sospechasen. Era imposible que Jacobo y Enriqueta tan francamente reconciliados se entregasen de nuevo á disputar; sin embargo, quería renovar la experiencia de la víspera.

A la hora en que tenía la certidumbre de que sus hijos se encontraban en su casa se dirigió á ella. Un golpe discreto de campanilla para no señalar su presencia . . . La vieja sirviente le abre.

—No me anunciéis, María; quiero dar una sorpresa á los niños . . . Y se deslizó en silencio hacia el comedor y de allí al salón contiguo al de fumar, donde acostumbraban reunirse Jacobo y Enriqueta.

La señora Baudoin se reía de sí. En el fondo es estúpido lo que hago; acaso están á punto de abrazarse. La puerta estaba cerrada; la madre se inclina, apoya la oreja contra la pared, y escucha.

—No señora, no será así.

—Sí, señor.

—Os digo que me obedeceréis.

—Lo veremos.

—Tened cuidado.

—¿Juzgáis que vuestras amenazas me aterran?

—Mujer insoportable!

—Marido ridículo!

—Sea; nos divorciaremos, señora!

—Sí, sí, sí; cuanto más pronto, mejor; os lo ruego, Oh! el día en que mis padres me unieron á este hombre.

—Oh! el día en que fui bastante tonto para casarme con semejante mujer.

La pobre madre palideció y á pesar suyo las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Es posible? ¿Estos niños que parecían ayer tan enamorados disputan de nuevo y en los mismos términos que ayer?

Por un momento tuvo la tentación de entrar de repente aun cuando no fuera sino para reprochar á Jacobo y Enriqueta la actitud hipócrita que habían observado con ella. No obstante se decidió por la reserva; pero ¡cuán amargas fueron sus reflexiones!

¿Era posible que se tratasen de aquel modo á los seis meses de casados? Y casados por amor! Si alguna unión daba garantías de dicha era aquella. ¡Con qué prisa había pronunciado Enriqueta su *sí*; qué alegría la de Jacobo en aquel acto!

—Desgraciados! desgraciados!— murmuraba la madre afligida.

Ya en el umbral no pudo resistir al deseo de decir á la doméstica:

—El señor y la señora están en confidencia y no he querido interrumpirlos.

—Habéis hecho bien, señora; aunque ellos no dejarían de disputar porque usted estuviese presente. El señor y la señora no pueden avenirse: es una desgracia.

—Ah! ¿Vos también, María, habéis notado?

—Sí, señora, he observado . . . Sería necesario ser sorda para no oír . . . Por la mañana y en la noche están muy contentos y se podría creer que viven en la mejor armonía, pues se acarician como los enamorados; pero después de almorzar.

—Después de almorzar!

—Sí . . . inmediatamente después. Al tragar el último bocado cada uno toma un libro y se encierran en el salón de fumar ó en el cuarto de la señora. Entonces comienza la disputa; gritos, injurias, hablan de divorciarse y . . . paf . . . una bofetada.

—Una bofetada?

—Sí señora. Yo lo he visto; no hay medio de negarlo . . . Es el señor quien siempre la recibe.

—Cómo? siempre!

—Sí; todos los días á la misma hora el señor es abofeteado.

—Y, ¿qué hace?

—Nada. Se contenta con decir:—Cáspita! esto es demasiado . . . Y me imagino que se soba la mejilla.

—Eso es todo?

—Sí; es preciso confesar que el señor tiene mucha paciencia. ¿Qué hora es, señora?

—Las diez menos cuarto, María.

—Dentro de cinco minutos recibirá el señor su bofetada. Sí; dentro de cinco minutos. Si la señora quiere venir conmigo á escuchar.

—Dios mío; entonces esto es más grave de lo que yo suponía.

Y la pobre señora Baudoin se dejó caer en una silla, casi desfalleciente.

—Venid pronto, señora: no tenemos sino el tiempo preciso para oír la bofetada.

—Sea; dijo la señora Baudoin: al punto que hemos llegado lo mejor es que yo lo sepa todo. Y siguió á María hasta la puerta del salón de fumar donde se puso á oír con atención lo que pasaba.

—No señora, no será así.

—Sí, señor.

—Os digo que me obedeceréis.

—Lo veremos.

—Tened cuidado.

—¿Juzgáis que vuestras amenazas me aterran?

—Mujer insoportable!

—Marido ridículo!

—Sea; nos divorciaremos, señora.

—Sí, sí, sí; cuanto más pronto, mejor; os lo ruego. Oh! el día en que mis padres me unieron á este hombre!

—Oh! el día en que fui bastante tonto para casarme con semejante mujer!

La señora Baudoin abrió los ojos asombrada.

—Ya he oído, dijo con dulzura á la sirviente.

—Yo también, señora; esperad un momento y oiréis la bofetada.

En el salón de fumar el diálogo continuaba en esta forma.

—¿Creéis, señora, que esto puede durar mucho tiempo?

—¿Pensáis que voy á cambiár de carácter á vuestro placer?

—Entonces, es una franca rebelión?

—Perfectamente, querido; y si no estáis contento . . .

—Señora, os . . .

—Ah! levantáis la mano; pues tomad . . .

—Me habéis dado una bofetada; esto es demasiado . . .

La señora Baudoin tuvo un gesto desesperado.

—¿Es verdad lo que veo? ¿es mi hija quien se propasa de esa manera?

—No os lo decía, señora, contestó la sirviente.

—Sí, María, tienes razón; no lo creería si no lo hubiese visto.

—No entráis, señora? ¿no ensayáis una reconciliación!

—No, María, no. Al punto en que han llegado las cosas no puedo hacer nada. Todo lo que les dijera no serviría sino para aumentar su cólera: el divorcio es lo único que resta.

La desgraciada madre se apresuró á llegar á su casa con el fin de contar á su marido—en cumplimiento de un deber—lo que estaba pasando.

IV

El señor Baudoin fue puesto al corriente de la situación.

—Dios mío! dijo el viejo, llorando. Nosotros que no teníamos sino un objeto en la vida: la felicidad de nuestra hija . . . ¡Tenerla casada en semejantes condiciones!

—Ay! amigo. Si ella fuese la desgraciada, si á lo menos pudiésemos decir que no es culpable y que su marido es indigno de ella; si tuviésemos la esperanza de que una vez divorciada pudiera encontrar un hombre que la comprendiese y le hiciera olvidar los tormentos pasados; pero este no es el caso, pues me parece comprender que la sin razón más proviene de ella que de Jacobo.

—Es afrentoso, en efecto, que sea nuestra hija la culpable.

—Porque, en fin, es ella quien ha dado la bofetada.

—Qué vergüenza!

—Es necesario confesar que Jacobo es paciente; porque no le ha devuelto el golpe.

—Es verdad.

—La prueba de que Enriqueta es la culpable la tenemos en su silencio.

—Sin duda.

—Si tuviera la conciencia tranquila, su primer cuidado habría sido contarnos su pena, aunque no fuera más que para aliviarla. ¡Qué horrible situación! ¿Qué hacer?

—Esperar, mi pobre mujer. El divorcio se impone; pero no tenemos el derecho de apresurarlos.

V

Hace quince días que el señor y la señora Baudoin viven esperando la noticia fatal de la separación de sus hijos; con tanta más razón cuanto que María, la vieja criada, les cuenta que las disputas continúan sin interrupción y en los mismos términos.

Al ver á Jacobo y á Enriqueta alegres y enamorados á los ojos del mundo, se duda del drama íntimo de que son protagonistas.

Lo terrible es que los padres no quieran



PLAZA DE RIBAS. — La Victoria. — (La estatua es obra del escultor venezolano señor Eloy G. Palacios).

aparecer concedores del secreto y tienen que presentarse alegres y sonreídos escondiendo su dolor. Y—triste ironía—no pueden diferir la gran velada con que festejarán sus bodas de plata.

Mientras los convidados llegan y penetran en el salón para felicitarlos, los viejos cambian á hurtadilla una triste mirada.

Jacobo y Enriqueta deben representar una comedia para festejar el hermoso día.

Comedia? . . . Drama quizás!

Los invitados ocupan sus asientos; tocan tres veces la campanilla; Jacobo y Enriqueta aparecen en la escena . . . Oh! ¿Cómo tienen valor para ocuparse de aquellas frivolidades? Empiezan la comedia.

—No señora, no será así.

—Sí, señor.

—Os digo que me obedeceréis.

—Lo veremos.

—Tened cuidado.

—¿Juzgáis que vuestras amenazas me aterran?

—Mujer insoportable!

—Marido ridículo!

—Sea; nos divorciaremos, señora.

—Sí, sí, sí; cuanto más pronto, mejor; os lo ruego. Oh! el día en que mis padres me unieron con semejante hombre!

—Oh! el día en que fui bastante tonto para casarme con semejante mujer!

La señora Baudoin endereza la cabeza con atención.

—Ah, mi amigo, dice muy bajo á su marido, estrechándole la mano.

—Qué?

—Ah! mi Dios! Sí; era eso; lo creo . . . Esperad . . .

El diálogo continúa entre los dos actores.

—Entonces, es una franca rebelión?

—Perfectamente, querido; y si no estáis contento . . .

—Señora, os . . .

Ah! levantáis la mano; pues tomad . . .

—Me habéis dado una bofetada; esto es demasiado . . .

Los espectadores aplaudieron estrepitosamente.

Una risa enorme se escapó entonces de los labios de la señora Baudoin: había comprendido.

El diálogo violento tantas veces oído era el de los personajes de la comedia. Lo que ella había sorprendido era á Jacobo y á Enriqueta estudiando sus papeles.

—Ah, mi amigo, dice ella inclinándose hacia su marido. Qué bestia he sido al hacernos desgraciados . . . Que nuestros hijos no lo sepan jamás; se reírían demasiado de mí! . . .

MICHEL TRIVELEY.

LA JOYA



MI heroína era una de aquellas lindas y seductoras muchachas nacidas, por anomalías de la suerte, de una familia de empleados. Carecía de dote y también de esperanzas de una herencia, y como no tenía medio alguno para hacerse conocer, amar y pretender de algún buen partido, se vio precisada á casarse con un empleadillo del Ministerio de Instrucción Pública.

Sin bienes de fortuna, era modesta por fuer-

za, pero sufría como sufren todas las desheredadas. En efecto, como las mujeres no necesitan ni de títulos ni de raza, la belleza, la gracia y el atractivo reemplazan en ellas el nacimiento y los pergaminos. La delicadeza ingénita, el instinto elegante y el arte, forman su sola gerarquía y hacen á las hijas del pueblo émulas de las damas más encopetadas.

Sufría intensamente porque creía haber nacido para disfrutar de todos los refinamientos y del mayor lujo posible. Atormentábala la pobreza de su habitación, la miseria de las paredes, el deterioro de los muebles, la fealdad de las telas. Todos estos defectos, que hubieran pasado inadvertidos para cualquiera otra mujer de su laya, la indignaban y la martirizaban. La sola presencia de la criada bretona, única sirviente de tan humilde hogar, despertaba en ella penosos sentimientos é irrealizables ensueños. Soñaba con silenciosas antecámaras, adornadas con colgaduras orientales, alumbradas con candelabros de bronce, y allí, perezosamente dormidos, en sendos y amplios sillones, dos grandes lacayos con chaquetas cortas, soporizados por el calor enervante de la estufa. Soñaba con grandes salones cubiertos de seda antigua, y amueblados con finos muebles de inestimable talladura; y con saloncitos coquetos y perfumados, hechos para la conversación vespertina con los íntimos, escogidos entre los hombres notables y solicitados, de quienes todas las mujeres desean ser atendidas.

Quando se sentaba á comer, frente á su marido, en la mesa redonda, cubierta con su clemor mantel, y lo veía destapar la sopera y exclamar con aire satisfecho: "¡Ah! qué buena sopa, no he comido nada mejor" . . . el rubor cubría su rostro.

**

Los idilios de su reciente soltería amargaban su existencia al recordarlos.

Henchida de la falsa vanidad que guiaba sus acciones, el día de sus esponsales obtuvo un préstamo, de una amiga predilecta, un magnífico collar que ésta poseía, pero con tan mala estrella, que cuando se trató de devolver á su dueño la valiosa alhaja, ésta había desaparecido.

¡Fatalidad!

Inútilmente buscaron los atribulados esposos la perdida prenda; ésta no apareció.

Tras tantos afanes consiguieron un collar parecido, más su precio era tan elevado.....

¡Qué hacer en tan dura alternativa?

Rogaron al joyero los esperara tres días mientras reunían el dinero y obtuvieron, además, la condición de que volvería á comprarlo por treinta y cuatro mil francos, si se encontraba el perdido antes del mes de febrero.

Loisel poseía un pequeño patrimonio de diez y ocho mil francos; prestaría el resto.

Pidió mil francos al uno, cinco luises aquí, tres más allá, firmó pagarés, hizo préstamos ruinosos y tuvo que entenderse con toda clase de usureros y prestamistas. Comprometió el porvenir, arriesgó su firma, sin la seguridad de si podía hacerle honor á ella, y agobiado por las angustias que le reservaba el futuro, por la negra miseria que iba á caer sobre él, por la perspectiva de tantas torturas morales, compró al contado el collar por la suma de treinta y seis mil francos.

El día en que Matilde llevó á su amiga el aderezo, la halló disgustada.

Debiste, la dijo, haberme traído menos tarde; pude haberle necesitado.

No abrió el estuche; éste era el serio temor de la señora Loisel.

¡Qué habría pensado si hubiera advertido la sustitución? ¡Qué habría dicho? La hubiese quizás tomado por una ladrona.

.

Matilde conoció la angustiosa vida de los necesitados, pero heroicamente y sin vacilar, tomó su partido. Era necesario pagar tan formidable deuda: ella la pagaría. Despidió la criada y alquiló una bohardilla.

Aprendió los penosos trabajos del hogar; las odiosas necesidades de la cocina. Lavaba los platos, y aquellas rosadas uñas se gastaron en limpiar las grasosas cazuelas y el fondo de las cacerolas. Jabonaba la ropa sucia, las camisas y los limpiadores; los ponía á secar; llevaba por la mañana las basuras á la calle, subía el agua, penosa tarea que la obligaba á tomar aliento en los descansos de la escalera. Vestía como las mujeres del pueblo, é iba con el canasto en el brazo á casa del frutero, del especiero, del carnicero, y regateaba, pleteaba y defendía hasta el más miserable céntimo.

Mensualmente se amortizaban pagarés, se renovaban los antiguos y se obtenían plazos.

El marido, de día, trabajaba en casa de un

comerciante, cuyas cuentas sacaba en limpio; de noche, hacía copias á cinco sueldos de página.

Diez años duró esa clase de vida. En este tiempo habían pagado hasta el último sueldo con sus ratas usurarias y sus intereses presu- puestos y capitalizados.



ESTATUA DE BOLIVAR EN CARTAGENA. Por el señor Eloy Palacios (escultor venezolano)

Matilde había envejecido, pero en cambio, era la mujer fuerte, sana y resistente de los matrimonios pobres. Mal peinada, peor vestida, hablaba alto, las manos las tenía rojas y callosas, y lavaba los pisos. Cuando su marido se encontraba en sus quehaceres, se sentaba en la ventana y traía á la memoria aquel sarao de antaño en el que había sido tan cortada por su belleza.

¡Qué habría sido de su suerte, si no se hubiese perdido el collar? ¡Quién sabe! ¡Cuán voluble y original es la vida! ¡De qué pequeñeces pueden depender la dicha ó la perdición!

.

Un domingo, que para descansar de las tareas semanales había ido á los Campos Elíseos, vio á una mujer que se paseaba con un niño; era la señora Forrestier, siempre joven, siempre bella y seductora.

Matilde se conmovió. ¡Se atrevería á hablarla? Naturalmente, y debería contárselo todo, puesto que había pagado su deuda.

Se aproximó.

—Buenos días, Juana.

No la conoció; antes por el contrario, extrañó el verse tratada con tanta confianza por una burguesa. Contestóla cortada:

—Señora... Ignoro... Creo que os habés equivocado.

—No tal. Soy Matilde Loisel.

—Mi infeliz Matilde, cuán cambiada te encuentro.

—En efecto, lo estoy, he pasado días tan amargos desde que no nos vemos... tantas miserias, y..... tú tienes la culpa.

—¡Yo!..... ¿Por qué?.....

—¿Recuerdas la cascada de diamantes que me prestaste para el baile del Ministerio?

—Sí; y eso que tiene que ver.....

—Se me perdió.

—No me explíco. ¿No me la devolviste?

—Te llevé una parecida. Hace diez años que la pago. Comprendes que para un pobre era difícil..... Pero afortunadamente ya no debo nada y creo haber cumplido con mi deber.

Juana se había quedado muda de sorpresa.

—Me dices que compraste un collar de diamantes para reemplazar el mío?

—Ciertamente, lo hice..... y no lo notaste; lo celebro; eran tan parecidos.

Y al decir estas palabras, sonreía con ingenua y orgullosa sonrisa.

Juana la tomó con efusión ambas manos.

—¡Ah, pobre Matilde! la dijo, mis diamantes eran falsos, y no valían sino quinientos francos.

GUY DE MAUPASSANT.

¿CUÁL ERA VUESTRO IDEAL A LOS VEINTE AÑOS?

El Figaro, de París, abrió una averiguación, con respecto á este tema, entre los literatos y artistas franceses.

Parece que fue Théophile Gautier quien dijo una vez que "para olvidar las brutalidades y las amarguras del presente, es preciso volverse hacia el pasado y consolarse de ellas recordando el ideal que se tuvo á los veinte años."

Otro poeta más amargo, Barbey d'Aurevilly, completó aquel pensamiento cuando escribió lo siguiente, en uno de sus estudios literarios:—"El ideal á los veinte años! La estrella que brilla siempre sobre nuestra cabeza, á despecho de las nubes y de las tempestades de la edad madura, á despecho de las brumas de la vejez."

Víctor Hugo, á su vez, escribía:

El ideal cae vuelto polvo cuando toca lo real.

Todo lo dicho, es cierto? ¡Ciertamente las ilusiones de los veinte años se desgarran al contacto de las asperezas del camino y nada queda del ideal cuando se llega á la edad madura?

Es lo que trató de averiguar *El Figaro* entre los pensadores. Insertamos en seguida lo que algunos de ellos contestaron á ese propósito:

AURÉLIEN SCHOLL

El ideal del imberbe bordelés, hace cincuenta años, era conocer á Mürger y á los héroes de la *Vida de Bohemia*. Un autor dramático hoy olvidado, M. Armand Barthet, se ofreció á servirle de cicerone. En un quinto piso de la calle des Maçons—Sorbonne, á donde se le condujo, en casa de Schanne—Schaunard, trató un día á Champfleury, Banville, Mürger, Carlos Barabara, el pintor Bonvin, el escultor Christophe, Courbet... Era la realización de una parte de los sueños de Scholl, como se verá por su carta—contestación á *El Figaro*:—“Era la época de los grandes *conteurs*: Alejandro Dumas, Eugenio Sue, Federico Soulié, León Gozlan, Méry, los dominadores. Paúl Féval acababa de hacerse notar por *El Hijo del Diablo* y los *Misterios de Londres*. Inscibir mi nombre al lado de esos nombres, hacerme ilustre en el folletín y en el teatro era todo mi sueño.

“La edad madura no lo ha realizado. El diario me sustrajo desde el principio; no he sido sino uno de los gacetilleros de mi tiempo, una mariposa antes que una abeja. El teatro me dió resultado; pero, teniendo que atender á otras cosas, no he podido aprovecharme de las buenas disposiciones del público. Ha sido necesario que una fiebre siga á otra. Después de dos años se han olvidado los aplausos y sería preciso recomenzar.

“Théophile Gautier, un gran artista tan indulgente para los otros, decía un día en la mesa:

“Qué grandes artistas tendríamos sin las exigencias de la vida diaria! Es preciso vivir antes que todo!.....”

“Me ha sido dada, sin embargo, una satisfacción. He conocido y frecuentado á todos los hombres ilustres de mi tiempo, en política, en literatura, en pintura; la mayor parte han sido mis amigos; pero mi ideal, que habría sido tomar puesto entre ellos, no se ha realizado.

Aurélien Scholl.”

La opinión del ex-Padre JACINTO es un eco de la celdilla de San Sulpicio. Es curiosa la respuesta del ex-Padre Loyson:

—“Me hacéis el honor de proponerme estas dos preguntas:

Cuál era vuestro ideal á los veinte años?

La edad madura lo ha realizado?

A los veinte años, yo soñaba con que los hombres crecieran en moralidad á la vez que en conocimientos,

poniendo su dicha en amarse y ayudarse los unos á los otros.....

A los veinte años,—era bajo el reinado de Luis Felipe, á quien se había apellidado “el Napoleón de la Paz” y desempeñaba mi padre altas funciones en la Universidad,—yo soñaba con una Francia más y más esclarecida, liberal, pacífica; realizando, por las obras de su genio, la hegemonía de Europa.



LADY COCKBURN Y SUS HIJOS. — Cuadro de Reynolds. Fue el primer presidente de la Real Academia de Londres. Los grandes críticos lo llamaban el Príncipe de los retratistas.

A los veinte años, yo estaba en el seminario de San Sulpicio, preparándome para el sacerdocio, bajo la dirección de un profundo místico, doblado de un profundo filósofo, M. Baudry, que murió obispo de Périgueux. Soñaba con una iglesia que reconciliase la fe con la ciencia, la autoridad con la libertad, la vida presente con la vida futura y que coronase la tarde de esta edad agitada con un crepúsculo tan bello que hiciese olvidar todas las pruebas.

Nada de eso he visto, sino todo lo contrario. Y, sin embargo, no me quejo de la vida y detesto el pesimismo, al igual del excepticismo y de la inmoralidad de que es hijo.

Entre las decepciones y las amarguras de la hora presente, me quedan tres consuelos, todos tres grandes:

1. Mi conciencia. A nadie la he vendido y no habría oro que alcanzase á pagarla.

2. Mi familia. De ella no separo algunos verdaderos amigos, que me han rodeado de su piadosa afección, como esas luces suaves y discretas que brillan en el alabastro, al borde de las tumbas.

3. Y Dios, por sobre todas las cosas. El Dios de la

Razón y de la Fe, el Dios del Evangelio y de Descartes, que jamás ha dejado mi conciencia de afirmar, ni ha dejado mi corazón de amar jamás.

Hé ahí, señor, por qué á pesar de todo encuentro la vida buena, y la muerte también.

Jacinto Loyson.”

ANA JUDIC, la antigua cantante de café-concierto, de quien decía un célebre crítico que tenía “ojos para hacer condenar un santo,” ha contestado:—“Qué soñaba á los veinte años?

Representar un drama y permanecer delgada.

La edad madura no ha realizado ni el uno ni el otro de los sueños de los veinte años; y si he renunciado á permanecer delgada, tengo esperanzas de representar un drama uno de estos días.”

HELENA VACCARESCO

Era señorita de honor de la reina de Rumania, Carmen Sylva. Inspiró una pasión invencible al príncipe heredero, que pidió su mano. La Corte y el Ministerio se opusieron á aquel matrimonio, capaz de revivir los odios locales entre las antiguas familias del país. Tito sacrificó su amor al imperio, y Berenice se fue á la soledad, á exhalar en hermosos versos su pesar y su altivo dolor.

Contaba apenas veinte años.

Cuál era su ideal?

“Señor:

Más de una vez me habéis preguntado, en nuestras conversaciones, acerca del “ideal de los veinte años.” Ideal innúmero, impreciso, luminoso. Ya que insistís, os diré que un

solo deseo los contenía á todos: sufrir, sentirme por el dolor ligada á la Humanidad y capaz de comprenderla y amarla.

Recibid, etc.

Helena Vaccaresco.”

SÉVERINE

La combatiente de un cuarto de siglo en la prensa de Francia, por las más generosas ideas de fraternidad y beneficencia, dirige el siguiente billete á *El Figaro*:

A los veinte años?

Cuál era el ideal de mi vida, mi sueño?

Ser amada.

Se ha realizado?

.....Quizá.

Séverine.”

En el retrato de la que fue joven y bella mujer de brillantes ojos y de labios palpitan-

tes, se ve todavía como parece desprenderse esa confesión de "ser amada" de aquella fisonomía tan expresiva, en la que la edad madura se ha detenido ante esos grandes ojos que todavía resplandecen y ante esa sonrisa tan cautivadora, detrás de la cual hay como un misterio. Ella ha tomado parte en todas las luchas del diarismo militante, trazando su programa en un artículo al *Grito del Pueblo*: "Con los pobres siempre, á pesar de sus errores, á pesar de sus faltas..... á pesar de sus crímenes!"

EMILIO OLLIVIER

El célebre ministro del Imperio liberal, el fogoso orador de las Cámaras imperialistas, contesta:

"A los veinte años el Ideal para mí era lo que es hoy.

No considerar los hechos humanos sino al fulgor de las estrellas encendidas allá arriba *ad perpetuas æternitates*.

Emile Ollivier."

ANDRÉS THEURIET, el amante empecinado de la Lorena, dice: "Mi ideal á los 20 años fue vivir en París, trabajar para el teatro y ver representados mis dramas en verso en el Teatro Francés ó en el Odeón.

"He vivido en provincia hasta los 30 años. "No he escrito sino un acto en verso: *Juan-María* y el resto del tiempo lo he empleado en escribir novelas cuyo número apenas oso recordar.

"No me quejo, empero, y agradezco á la vida el no haberme proporcionado mayores decepciones."

M. Theuriet es alcalde actualmente de la aldea de Bourg-la-Reine, así como Jules Lemaitre es consejero municipal de una aldea del Loiret.

JULIO VERNE

El notable vulgarizador reside en Amiens, en donde es miembro del Concejo Municipal. Fue á París á estudiar jurisprudencia, se estrenó en el foro no sin éxito, se entregó luego á las finanzas, fue socio de un agente de cambio, firmó operetas con el pseudónimo de "Chimpanzé," Secretario por unos días del Teatro Lírico y de la Opera-Cómica, ocurriósele hacerse escritor y publicó su fantasía científica *Cinco semanas en globo*: de ahí data su celebridad.

¿Qué soñaba á los veinte años?

"A los veinte años mi ideal era viajar; no pudiendo realizarlo sino muy incompletamente, resolví viajar en imaginación tras las huellas de Philéas Fogg, que dio la vuelta al mundo en 80 días. Yo no tardaré en darla en 80 volúmenes."

M. PAUL ALEXIS ha llevado la cuenta minuciosa de sus sueños, desde tierna edad:

"A los seis años, dice, mi ideal era hacerme gimnasta, á causa de haberme llevado mi padre á ver una fiesta de circo. A los diez años, después de haber devorado dos veces consecutivas la *Historia del Consulado y del Imperio* de M. Thiers, quería ser general. Cuántas veces, en las afueras de Aix-en-Provence, en pie sobre un montículo, he librado Marengos y Austerlitz imaginarios! Después, hacia los doce ó trece años, el mar me fascinaba: partir como grumete, correr las aventuras marítimas, descubrir archipiélagos, robar reinas salvajes, volver almirante!

"Después del mar, la mujer, á los catorce años. Leía entonces Hugo, de Musset, también Balzac y rumiaba versos baudelairianos. A los veinte años, en fin, siempre la mujer; pero sobre todo, tres cosas: 1.^o venir á París cerca de Zola, conocer á Flaubert, Dumas, Goncourt; 2.^o ver mi nombre en las vidrieras

de las librerías, impreso sobre la famosa cartulina amarilla; 3.^o trabajar para el Teatro Francés.

"Todo eso se ha realizado, pero no estoy satisfecho. Por otra parte, si pudiera volver á mis veinte años no cambiaría mis ensueños."

FRANCISQUE SARCEY

El buen viejo de la prensa parisiense contesta de la manera siguiente:

"Desde mi infancia fui formado por mi padre que era profesor libre; y fui formado para no ver nada más alto, nada más apetecible en el mundo que ser profesor. Me hizo realizar los estudios clásicos con la intención de que entrase á la Escuela Normal.

"En la pensión Massin, en el liceo Carlo-Magno, no oí, durante los ocho años que en ellos pasé, sino hablar de la Escuela Normal y de su gloria. En aquel tiempo, todos los que en Carlo-Magno se llamaban los "fuertes" en retórica y en filosofía, se destinaban á aquella escuela. Creo que no todos tenían vocación, pero todos seguían la corriente.

"En cuanto á mí, sí tenía vocación: he nacido profesor; la enseñanza ha sido como una herencia de familia; mi hermana es institutriz.

"A los veinte años entré en la Escuela, permanecí tres en ella y no tuve otro objetivo que dar una clase, otro deseo que darla bien, otra ambición que la de llegar á una cátedra en algún liceo de París, ó á una facultad, caso de ser recibido de Doctor.

"Ser un buen profesor ha sido mi sueño.

"El porvenir lo ha realizado por completo. Creo sinceramente y sin falsa modestia que he sido un excelente comadrón espiritual durante los siete años que he ejercido el profesorado en varios liceos.

"Los sucesos, más fuertes que mi voluntad, me han llevado al diarismo.

"Pues bien, he permanecido profesor!

"El público y mis enemigos no se han equivocado. El público me ha adoptado porque ha sentido en mí un vivo deseo de enseñar; mis enemigos (pues los he tenido) me han tratado de "pasante," lo que para ellos constituye la más dura de las injurias.

"Yo me ufano del epíteto.

"Sí, soy un pasante. Cada cuestión que pasa, trato de decir que es cierta y por qué pienso que es cierta.

"En eso soy pasante, muy pasante; y lo seré hasta lo último.

"Ya tengo compuesto mi epitafio:

FRANCISQUE SARCEY

Nació el 8 de octubre de 1827

Murió el.....

Fue profesor y diarista.

"Perdonad si agregó que haré todo lo posible para justificar por mucho tiempo el epíteto y hacer esperar por mucho más tiempo aún el epitafio."

MARÍA LETICIA DE RUTE

—Ah! princesa, le decía un día Víctor Hugo, os beso la mano, aunque seáis princesa.

—Pero si soy más revolucionaria que vos, replicaba sonriendo Mme. de Rute.

—Revolucionaria es demasiado, agregaba Víctor Hugo.

Bajo el Imperio se la acusó de haber introducido en Francia ejemplares de *La Lanterne*, de Rochefort. También en esos momentos hacía entrar de contrabando volúmenes de su novela, *los Matrimonios de la criolla*, que estaba prohibida.

El Emperador, sin embargo, había asistido como testigo á su primer matrimonio: hacía dos días que había sido elegido Presidente.

María Leticia Bonaparte-Wyse tenía entonces quince años. Casaba con un belga,

M. de Solms, que era viudo, tenía hijos y podía ser su padre.

A los veinte años, ¿cuál era el ideal de la joven princesa?

"Mi sueño?

Tener sin cesar cerca de mí á mi madre siempre bella, á mis hijos siempre pequeños.

¿Mi ideal de la vida?

El amor en el matrimonio, el amor de un poeta ó de un grande hombre.

¿La edad madura lo ha realizado?

Ay! he perdido á mi madre y he permanecido inconsolable; he visto crecer mis hijos y el último ha muerto trágicamente.

Sin duda he entrevisto la realización de todos mis sueños; me ha parecido á menudo que podía encadenar la dicha; pero en el momento en que me proponía gozarla, se me escapaba cruelmente, fatalmente. La busco siempre sin descauso; la buscaré aún al borde de la tumba.

María Leticia de Rute."

SARAH BERNHARDT

"Mi Ideal!

Yo lo persigo siempre.

Lo perseguiré hasta mi última hora y espero que en el momento supremo tendré la persecución de alcanzarlo en el más allá."

LA CONFESION DE UN HOMBRE VIRTUOSO



n día ó hablar singularmente á un viejo.

Sus palabras no estaban de acuerdo con su rostro fresco y rosado, lleno de inteligencia y de sinceridad, con sus cabellos y su barba, de imaculada blancura, con sus ojos por donde no pasaba ni la sombra de un mal pensamiento, con su boca encarnada y risueña como la de un niño.

El viejo era á la vez pensativo y

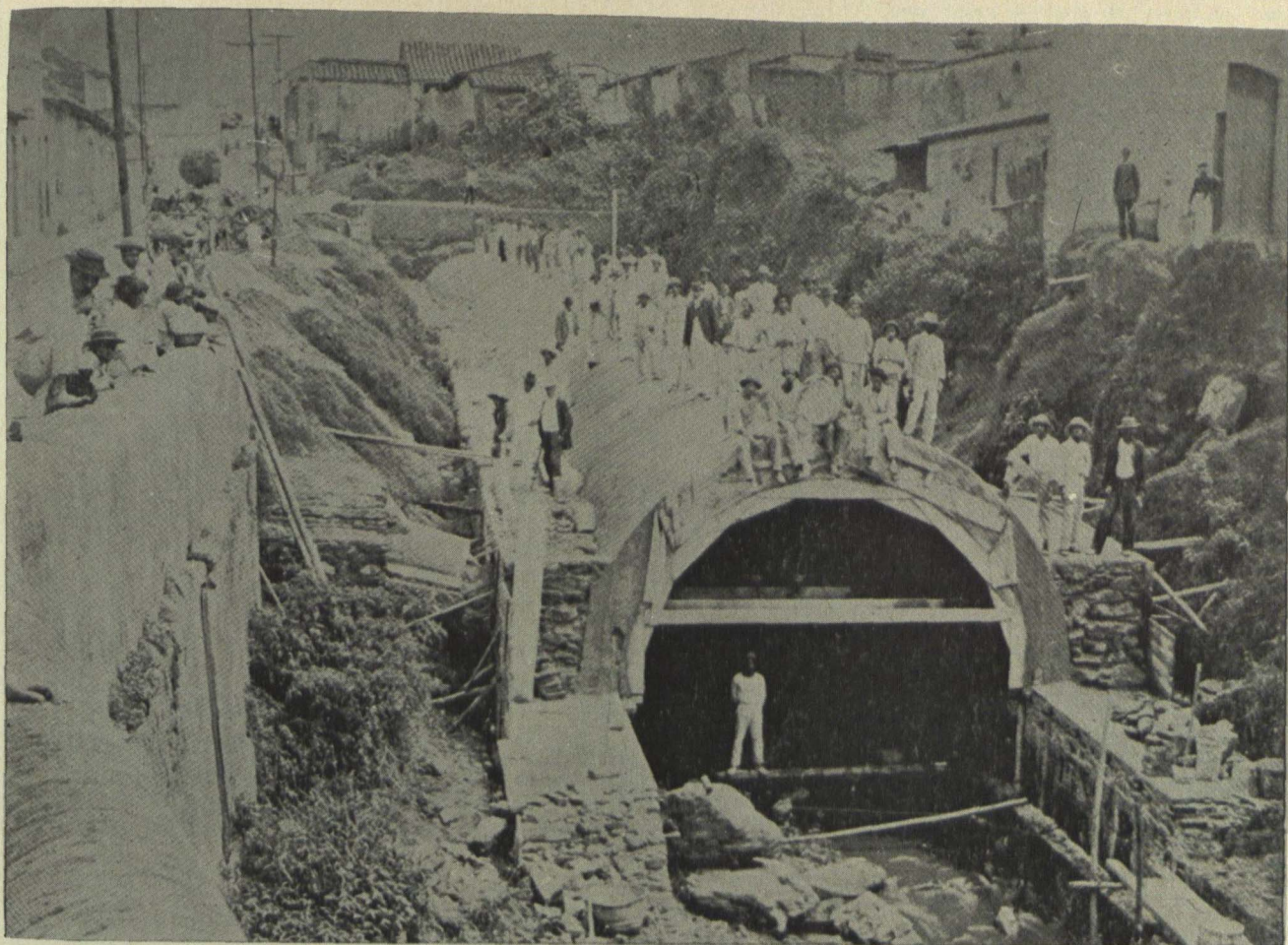
alegre, reflexivo y cándido, y ningún signo de decrepitud empañaba su leal rostro, reflejo de una conciencia tranquila, de una buena salud, de una vida exenta de tareas físicas y de perversiones morales.

No obstante nos hizo afrontosas confidencias en una conversación general en la cual se comenzó por la apreciación de algunos hechos recientes, terminándose con algunas consideraciones sobre la naturaleza compleja del hombre civilizado. Cada uno suministró su afirmación ó su duda, su teoría ó su hipótesis; y el viejo fue escuchado con benévola atención. De repente pareció animarse y como para descargar su espíritu de un peso que lo oprimía empezó á hablarnos de sí, con bizarra precipitación.

Hé aquí, poco más ó menos, lo que nos dijo:

"Sois mis amigos, me habéis dado mil pruebas de simpatía y no experimento ningún temor en mostrarme á vosotros tal cual soy. Me encuentro cerca de la tumba y no me cuido de la opinión que al presente merezca: en cuanto al porvenir, ¿qué importa? Sabed que dejaré con júbilo la vida porque hay en mí un ser abominable que exerce, del cual no he podido desembarazarme."

Creímos al principio en una chanza; luego el rostro y la voz del viejo nos hicieron comprender que hablaba seriamente, y nuestra alegría se cambió en conmiseración y ansiedad.



EMBOVEDADO DE LA ROMUALDA



PUENTE AL NORTE DE EL ABANICO



“BIENAVENTURADOS LOS QUE MUEREN EN EL SEÑOR.” — Escultura del señor Eloy Palacios en el Cementerio de San José de Costa Rica

“No os admiréis—continuó—y pensad que tenéis delante de vosotros á un hombre que ha vivido en medio de las tinieblas y de los suplicios, atormentado siempre por criminales tentaciones. Hablo de toda especie de crímenes, de todos los que existen, que son reprobados, y castigados, y hasta de algunos que no se pueden prever, clasificar ni castigar.”

Creímos que se había vuelto loco, á pesar de que en medio del dolor de que se hallaba poseído conservaba en el rostro su inalterable bondad. ¿Cómo ese hombre de mirada altiva, ojos claros y voz agradable podía ser un malhechor?

El anciano continuó:

“Desde la edad en que pude distinguir el bien del mal siempre he sido tentado por una fuerza tiránica y feroz que no me deja un instante de reposo. Muy niño las preguntas de mi confesor me hicieron comprender que la ley, la religión y la moral, autorizan ciertas cosas y prohíben otras bajo penas de crueles castigos. ¿Por qué he pensado siempre en las cosas prohibidas? ¿por qué he oído sin cesar una voz persistente aconsejándome ó más bien haciéndome buscar el mal? Y lo peor es que yo tenía el sufrimiento de comprender que habría sido un ejecutor inconsciente de lo que está interdicto por la moral de los hombres reunidos en sociedad, al poner en práctica los salvajes designios que concebía mi pensamiento. Hubiera sido feliz viviendo según mi naturaleza; pero ya en conocimiento de lo justo y de lo injusto, mi vida fue una especie de campo de batalla sembrado de muertos, lleno de heridos, que eran mis instintos degollados sin sentencia ni misericordia.”

“Comenzáis á comprender cuánto he sufrido, no os lo diré todo; no quiero decirlo; es preciso, no obstante, daros algunos ejemplos para que comprendáis la acusación que hago contra mí.”

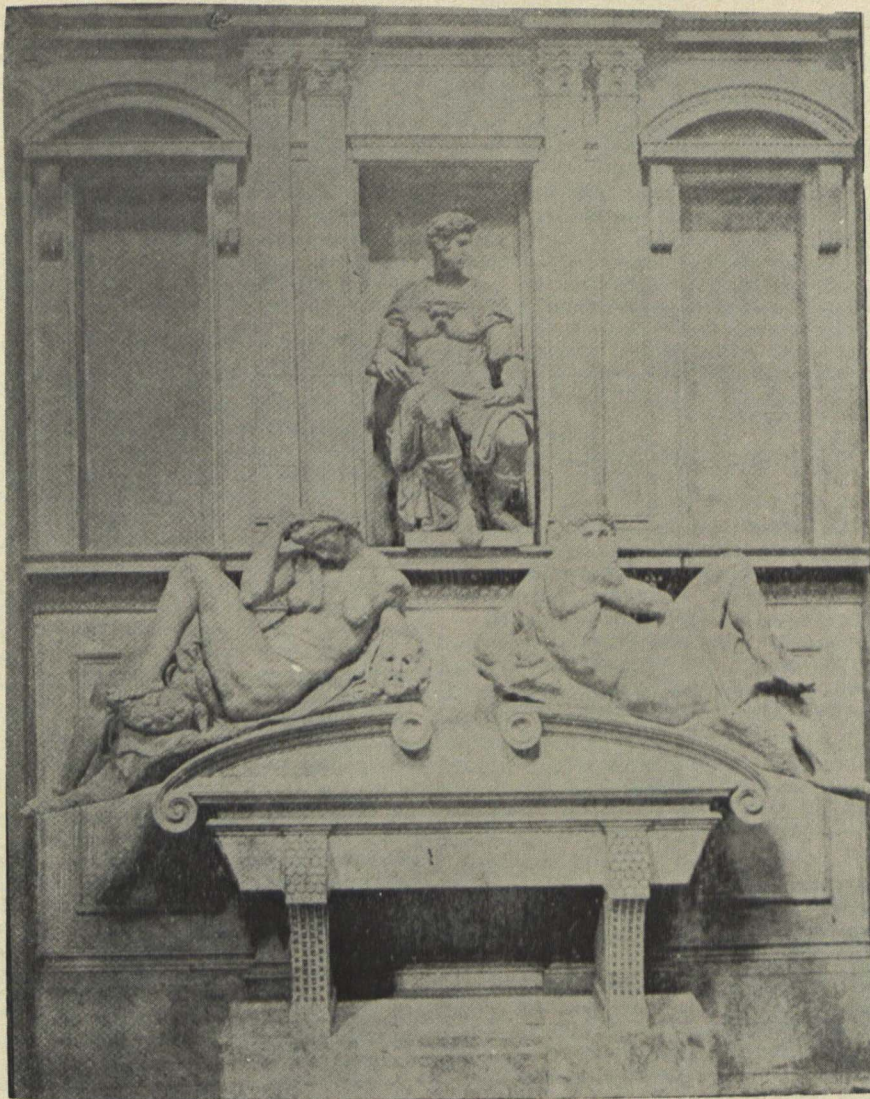
Sabed, pues, que desde niño empecé á desear la muerte de mi padre, de mis hermanos, de mis hermanas. ¿Porqué? No podría decirlo. Los adoraba; pero la vozcita de que os he hablado me decía que al desaparecer



Fragmento de la misma escultura

todos yo sería libre y rico. Desprecio y execro el dinero. «Esto no quiere decir nada, me decía el sopro invisible, tendrás dinero.» No lo quiero:—«Lo tendrás te digo» Hubiera dado mi vida por salvar la de los míos, y sin embargo antes de acostarme pensaba en su

muerte; en los bienes que despreciaba; en la libertad que para nada me servía, porque yo era libre. Más tarde me casé con una mujer á quien amaba y con la cual era feliz. ¿Por qué casi inmediatamente me puse á pensar en su muerte? por qué, sí, por qué? «Para que



Florenca. — TUMBA DE JULIAN DE MEDICIS - DE MIGUEL ANGEL

seas libre—me soplabla la vocesita ; para tener otra mujer más bella y más joven.» No hay ninguna más bella para mí, decía yo dolorosamente. «Sí las hay y si tú la quieres la tendrás. ¿Qué os diré de esta horrible lucha en la intimidad de mi pensamiento? ¿cómo os narraré los tristes días que he pasado bajo alegre apariencia?

Como antiguamente por mis padres, temblaba ahora por mi mujer, temeroso de que fuese matada por mis deseos de muerte, como antiguamente los hechizados de quienes se hacía una estatua de cera en la cual se clavaba una aguja. Mil y mil veces arrojaba de mi cerebro aquellos pensamientos que volvían cada vez más inquietos y aterradores. A veces me complacía en los consejos de la vocesita para obtener un poco de calma y algunos instantes de reposo. Recurría á esta perversión que mi fantasía me designaba como un encantamiento de dicha admirable y encontraba, como es de suponer, la repugnancia y el sufrimiento. Aún estoy bajo la presión de esos combates y de esas torturas ; aún soy una presa de mis propios sentimientos.»

Consolamos al buen viejo lo mejor que pudimos, y uno de nosotros le dijo:

Sois precisamente el hombre moral, creado por sí mismo, vencedor ó cerca de serlo. Habéis sido asaltado por el mal y habéis triunfado. ¿Qué hay más bello y más grande?

Nos dio una mirada de reconocimiento y exclamó: Es triste, sin embargo, haber vivido entre reptiles.

GUSTAVE GEFFROY.



Aguinaldo imprevisto

(POR EUGENIO MICHEL)

I



El tenía 27 años, élla 22, y habitaban la misma meseta de un quinto piso de la calle de los monjes, en Bagnolles, muy cerca de la plaza donde cada domingo de verano iban á pasearse ó á sentarse, élla con su madre, él siempre solo.

Al otro extremo de la pieza que Esteban Gallot ocupaba desde hacía tres años, había una segunda puerta, la del último alojamiento, en la cual una voz fresca y argentina cantaba continuamente; y como la ventana de la cantadora se abría sobre la misma línea que la de su cuarto, Esteban pudo notar que era extremadamente hermosa y estaba guardada por un dragón maternal que asomaba la cabeza por detrás de las espaldas de la joven, cuando ésta aparecía en la ventana.

Las miradas de los jóvenes se cruzaron varias veces y la de la niña parecía decir:—Osa un poco y acércate; pero Esteban Gallot estaba en

esa época ocupado de buscar un empleo y era además muy tímido cuando de mujeres se trataba.

Sin embargo, quizás sin darse cuenta, Esteban se encontraba enamorado: júzguese, pues, su asombro cuando en la mañana de un día, al dirigir su mirada habitual sobre los techos de las inmediaciones, advirtió á la madre vigilante colocando en la canal que pasaba por debajo de la ventana un tiesto sobre el cual lucía una espléndida enredadera sobre cuyo oficio no era posible equivocarse.

Oh! oh! decía Esteban, que no carecía de jovialidad, hé aquí una declaración de guerra: se levantan barricadas.

Durante largos meses los jóvenes no se vieron sino incidentalmente en la escalera donde al encontrarse cruzaban estas ó parecidas frases:—Perdón, señora; dispense usted, señorita; pase usted, caballero; después de ustedes, señoras. Algunas veces también se encontraban en la pila común, no obstante las precauciones de las dos señoras, quienes se aseguraban siempre, dando un vistazo por la puerta entreabierta, de que el lugar estaba vacío, para aventurarse á salir.

Esteban que había conseguido un empleo de amanuense en el Ministerio del Interior, había adquirido un poco de aplomo, la confianza en sí mismo de un hombre á quien su empleo le permite considerar el porvenir sin mucho temor. El conservaba por otra parte algunos miles de francos de la herencia de sus padres y podía vivir sin gran cuidado.

El estado alegre de su espíritu se comunicaba, como es natural, á todos los objetos que le rodeaban; así que el joven no tardó en atarse á las idas y venidas de sus vecinas, en especial á las de la joven. ¿Qué hacían ellas?

Todas las mañanas, hacia las siete, la madre, que se proveía en un gran almacén, salía la primera después de mil recomendaciones sobre el paso de la puerta:—No te retardes; cierra bien la ventana; no olvides los pájaros, etc. A las ocho y media, Georgina Boussard, empleada en el Banco de Francia—porque él había leído su nombre en la faja de un periódico de modas dejado por el portero sobre la estera—partía á su vez. En cuanto á Esteban, abandonaba su habitación á las nueve y media y llegaba á la oficina á las diez.

II

El cuarto de Esteban, donde jamás había entrado otra persona que él, merece una corta descripción. A la izquierda, al entrar, el lecho; después la chimenea; un poco más lejos el tocador y un sillón al lado. A la derecha un armario con vidrieras seguido de un escritorio; en el medio un velador; acá y allá cuatro sillas; en las paredes algunos cuadros: habitación bastante confortable por cierto. Pero lo que más admiraba desde la entrada era una colección de papelititos rectangulares que el capricho del locatario había colocado á lo largo de las paredes y alrededor del espejo. Cada uno de estos papelititos llevaba una inscripción de una ó dos líneas que demostraban los pensamientos del que los había escrito:—“La señora Boussard y la señorita Georgina se retardaron esta mañana cinco minutos.—Señora Boussard, sonré á la señorita Georgina y usted no lo notó.—Señora Boussard, la señorita Georgina tiene una boquita encantadora.—Señora Boussard, hablé diez minutos con la señorita Georgina.—Señora Boussard, la señorita Georgina tiene catarro, cuídela usted mucho.”

Había así unos treinta papelititos, unos más divertidos que los otros, pues la antevíspera de Navidad, Esteban se encontraba justamente en disposición de caligrafiar uno nuevo:—Señora Boussard, estoy entristecido: no he visto esta mañana á la señorita Georgina.

De repente oyó un golpecito discretamente dado en la pared divisoria: de un salto se acercó á la ventana de la cual volvió con una de esas bolas huecas de que se sirven las amas de gobierno para remendar las medias, de la cual el feliz joven vio salir un papelito donde leyó:—

“Mi querido amigo :—Según he oído, voy mañana á la misa de media noche á la iglesia de Santa María; si nos pudiéramos encontrar allá proporcionaríais un momento de alegría á vuestra amiga que os quiere.—*Georgina.*”

Hé aquí lo que no habían podido impedir ni la enredadera, ni las precauciones de la pila, ni ninguna de las vigilancias de mamá Boussard: tan cierto es que el amor se burla de las más feroces centinelas. Hacía largo tiempo que los jóvenes no sólo se hablaban en secreto en la escalera, por la ventana (á pesar del arbusto) y en la calle, sino que habían imaginado para los casos urgentes la correspondencia de la canal, la bola cómplice que pasaba de una ventana á la otra, precisamente por debajo del tiesto de la enredadera.

Ah, señora Boussard, si usted hubiera pensado esto cuando metía la pérdida boca para remendar las medias de usted y las de Georgina.

Quién, enamorado como Esteban, hubiera dejado de acudir á la cita? Aquel día hizo un terrible frío que heló hasta las piedras; con todo, al caer la noche, la temperatura se templó un poco y el joven llegó bajo el pórtico alumbrado de la iglesia precisamente cuando la madre y la hija penetraban también. La niña vio á Esteban y se cambiaron una dulce mirada que la señora Boussard no pudo advertir estorbada por la multitud. Una hora después, á la salida, Esteban Gallot montaba guardia en la puerta no obstante el terrible frío que hacía.

III

Una helada como jamás se había visto!

La plaza y los alrededores brillaban como un espejo de mil facetas donde se reflejaban traicioneramente las lisonjeras luces del gas y de las fachadas.

Imposible arriesgarse sobre ese hielo perfrido.

Sin embargo, después de un instante de vacilación, la señora Boussard suspira: Qué quiere, hija; debemos irnos; no podemos permanecer aquí.

Esteban, algo retirado, esperaba los acontecimientos. ¡Quién sabe si el cazurro bendecía en secreto la molesta aventura que le reservaba quizás la ocasión de convertirse en salvador!

Las dos señoras se pusieron en marcha pisando cuidadosamente, escurriéndose, resbalándose, demostrando su temor con gritos de terror seguidos de ligeras carcajadas. De repente, al cruzar hacia la calle de los Monjes, la pobre señora Boussard sintió que la tierra faltaba bajo sus pies; y ¡bum!, cayó, arrastrando á Georgina que forcejeaba en vano por conservar el equilibrio.

Cerca de ellas, el bravo amante, en su precipitación por acudir al socorro de las señoras, caía también y, renunciando á pararse, acudía en cuatro pies.

¡Vaya un cuadro!

Se le reconoció inmediatamente. La señora Boussard afirmaba que tenía un pie torcido; la señorita Georgina lloraba y reía al mismo tiempo; y en cuanto á Esteban prestaba apesuradamente sus servicios vecinales.

En fin, todo el mundo acabó por pararse, y la mamá, confiada esta vez, consintió apoyarse en el brazo de un hombre para regresar á su casa.

La señora Boussard tenía un peso respetable; pero Esteban, radiante, hubiera llevado en sus brazos no sólo á la señora Boussard sino también á la señorita Georgina. En aquel momento habría levantado el mundo.

Qué regocijo cuando en lo alto de la escalera, mamá Boussard le ofreció, á manera de retribución por el servicio prestado, una parte del té y del pastel que ellas habían preparado para la vuelta!

El enamorado tenía sin duda sus ideas pues aceptó con un tono decidido, después de una rápida y significativa mirada hacia Georgina.

En un decir Jesús todo fue preparado; y como la hora demasiado avanzada no permitía otra clase de distracciones, hablaron de los recuerdos de la infancia.

Y hoy,—preguntó imprudentemente la mamá,—¿qué pediría usted á la pequeña Navidad, si élla viniese todavía?

Como si no hubiese esperado sino esta ocasión, Esteban se levantó vivamente, se inclinó delante de la señora Boussard y le respondió con valiente y hermosa sonrisa :—Señora, yo le pediría, por vuestra mediación, la mano de la señorita Boussard aquí presente.

La respuesta era tan brusca que la pobre señora se quedó un momento espantada, mirando á su hija.

La señorita Georgina sonreía al parecer sin enojo aunque ligeramente ruborizada.

El joven permanecía en pie esperando ansiosamente la decisión de la madre.

—Responde, mamá, dice la señorita Georgina; mira que el señor Gallot espera.

—Qué le digo? Y la señora Boussard no salía de su asombro.

—Dile. . . . “sí”. . . . Hace más de seis meses que el señor Esteban y yo nos amamos.

IV

Hacia las tres de la mañana el joven pidió permiso para retirarse: al regresar á su habitación las dos señoras lo acompañaron hasta el descanso de la escalera.—Usted me permite, señora, dijo á la madre, acercándose á Georgina.

Y sin esperar el permiso depositó un lento beso en la frente de su prometida, murmurando tiernamente:

Buenas noches, pequeña Navidad; hasta mañana.

Rigoletto

(POR MIGUEL RAMOS CARRIÓN)

I



FUNCIONABA en el teatro de la Scala una de las mejores compañías que había oído el público milanés; la temporada era brillante, y los llenos en el gran coliseo se contaban por representaciones.

Un día el empresario recibió una carta del embajador de España en Italia, que decía así:

“Tengo interés vivísimo en satisfacer el deseo de un noble compatriota mío, que puede ser para usted un negocio excelente.

“Se trata de una persona con excepcionales condiciones artísticas. Actor y cantante notabilísimo, quiere hacerse aplaudir de un público que le juzgue sólo por su mérito, lo cual no lograría en España, donde toda la gente le conoce y donde pudiera creerse que debía el triunfo á su encumbrada posición social ó al general aprecio que inspira su persona. Si de esta prueba, en que desea ocultar su ilustre nombre, sale victorioso, tal vez se dedique al arte, para bien de éste y regocijo de los *dilettanti*.

“Solamente dos condiciones impone para su presentación en ese teatro: la primera, que la ópera con que *debute* ha de ser *Rigoletto*, y la segunda, que no ha de ensayar, porque lo considero innecesario. Asistirá, sin ser visto de nadie, al ensayo general que verifiquen los otros artistas, enterándose así de los *tiempos* á que lleve la *orquesta* el director, y los detalles precisos para el mejor ajuste en las piezas de conjunto:

“Si usted acepta en tales condiciones á mi recomendado, que no cobrará por su trabajo retribución alguna, sírvase decírmelo, y cuente desde luego con la indemnización pecuniaria que juzgue equitativo percibir, si su presentación no correspondiera, por cualquier azar imprevisto, á mis fundadísimas esperanzas.”

II

Aquella proposición, tanto por el misterioso interés que encerraba, como por la respetable persona que la hacía, pareció de perlas al empresario, el cual logró, no sin grandes dificultades, vencer la resistencia que opusieron á tan

extraño *debut* los afamados artistas que debían acompañar al nuevo en la interpretación de la ópera.

La prensa refirió el caso, aunque sin decir la nacionalidad del cantante, apellidado en los carteles *Pianto*, nombre que hizo reír por su sentimental significado en lengua italiana; dividióse la opinión entre las personas más ó menos versadas en asuntos teatrales, y aun entre el mismo público, interesado por el misterio, y mientras se aseguraba por unos que el debutante era un príncipe ruso, juraban otros saber de buena tinta que no era sino un americano, archimillonario y caprichoso, á quien su antojo pudiera costar mucho dinero y una silba tremenda.

III

Creció el interés de día en día; llegó la noche del esperado estreno, y llenó el teatro un público compuesto de las personas más notables de Milán. Aunque los artistas todos encargados de la interpretación de la ópera eran de los más notables, la impaciencia por ver al desconocido aminoró los aplausos, y los espectadores no batieron palmas, aguardando con ansiedad la salida del misterioso barítono.

Desde que éste apareció en escena, pudo asegurarse que era un verdadero artista. Bien pronto rompió el auditorio en estruendosa salva de aplausos, y el cantante logró ya en el acto primero uno de esos triunfos que dejan en el público imperecedera memoria.

—¡Admirable! decían todos los espectadores; jamás se ha interpretado el personaje con la verdad, el talento y la maestría que lo hace ese hombre.

Su voz potente y suave á la par, las inflexiones dramáticas de su acento, sus ademanes de pasmosa naturalidad, y la figura escogida, pequeña, monstruosa, tal como debió soñarla Víctor Hugo, ofrecían un conjunto perfecto. Hasta los espectadores viejos, esos que jamás reconocen mérito en los artistas jóvenes, recordaban los nombres de los cantantes más afamados para confesar que el debutante sobrepujaba á todos aquéllos en el papel del trágico bufón.

Quando terminó el primer acto, muchos espectadores, entusiasmados, entraron á visitar y dar el parabién al artista; pero ante la cerrada puerta de su *camerino* hallábase un criado, que con la mayor cortesía y afabilidad les rogó que se retirasen, porque *il signor Pianto*, que agradecía con toda su alma tan señalado triunfo, no quería recibir á nadie hasta que aquel fuese definitivo; es decir, después de acabada la función.

Tan inusitada modestia y el misterio que seguía rodeando al artista, aumentaron, si era posible, el interés del público, que en los actos sucesivos ratificó su opinión aplaudiendo y victoreando al eximio cantante.

IV

Llegó al cabo el final de la ópera, y cuando el miserable bufón reconoce el cadáver de su hija, cuando la ira y el dolor se derbordan en aquellas notas que son lamentos, en aquellas frases con que el poderoso genio dramático de Verdi ha interpretado la situación conmovedora ideada por el poeta, el entusiasmo del público llegó al delirio. Cada vez que, aclamado por los espectadores, aparecía el barítono en el proscenio, reproducíanse con más calor los *bravos* y palmadas. La ovación fue imponente, continua, atronadora.

El cantante, presa de una emoción profunda, se llevaba las manos al corazón; pero no con ese estudiado ademán de los artistas habituados á tales manifestaciones, sino instintivamente, cual si quisiera guardar en su pecho toda la gratitud que le inspiraban aquellas espontáneas muestras de admiración.

En tropel, tumultuosamente, victoreando al admirable artista, invadió luego el escenario una multitud de espectadores, ansiosos de verle de cerca y de felicitarle; pero bien pronto aquella muchedumbre se detuvo atónita al encontrarse

con el empresario, que acojido, medio loco, no sabía darse cuenta de lo sucedido.

Apenas se retiró del proscenio el artista triunfante, con una celeridad maravillosa, sin cambiar de traje, en compañía de su criado y embobándose en una larga capa, había desaparecido por la puerta trasera del escenario. Según dijo el conserje, un coche que les esperaba allí, en el cual entraron rápidamente, partió al galope de dos furiosos caballos.

V

Al otro día, después de una noche de horrible insomnio, el empresario recibió la siguiente carta:

« Señor mío: Debo á usted una explicación de mi extraña conducta, y se la doy haciendo un verdadero sacrificio.

« Es casi seguro que jamás volvamos á verlos; no quiero, sin embargo, marchar de Milán sin manifestar á usted mi gratitud por haberme proporcionado la ocasión de satisfacer el deseo más vehemente de toda mi vida.

« Siempre soñé con hacerme oír del público y con escuchar sus aplausos; por usted he visto realizada anoche esa dulcísima ilusión.

« No soy modesto; ya tengo la certidumbre de haber dejado el recuerdo de mi nombre en el mundo del arte, ese mundo en el cual no puedo vivir . . .

« Las lágrimas que anoche vertía yo en escena, no eran fingidas . . . Yo, como el personaje que representaba, soy contrahecho, soy deforme . . . Dios, cuyos designios venero y acato, puso un alma de artista en mi cuerpo corcovado y risible . . . Para representar aquel bufón, sólo he tenido que vestir su ropa.

« Comprenderá usted que con tales condiciones físicas, mi repertorio tendría que reducirse á *Rigoletto*; muy poco para el artista y menos para el empresario.

« Perdóneme usted y tenga la discreción, por lástima siquiera, de no descubrir el secreto de su agradecido, — *Pianto*.

CRONICAS LIGERAS

DE ACTUALIDAD



ON motivo de la Resolución del Ministerio de Instrucción Pública, por la cual se dispone que á partir del 1º de noviembre todos los Preceptores y Preceptoras de Escuelas Federales deben comprobar su suficiencia ante una Junta Seccional, están los del gremio docente entre un zapato; á pesar de que algunos Preceptores poseen los dos zapatos de ordenanza, casi viables.

—¿Que nó?

¡Yo he visto Preceptores de escuela con sus dos zapatos!

Decía, pues, que la tal Resolución los ha puesto en un aprieto.

Hay Preceptora que no digiere lo que come desde que se enteró de que tenía que probar su suficiencia. Y eso que lo que ella solía digerir era bien poca cosa.

Lo que me decía una señora del gremio:

—A mí lo que me preocupa es el examen de aritmética.

—Pierda usted cuidado. No se trata sino de los rudimentos.

—¿También hay eso de *rudimientos*?

—Digo, los ru-di-men-tos. Es decir, lo elemental. Las operaciones más comunes y sencillas.

—Es que yo, lo que es en Aritmética, no conozco sino hasta la definición del sustantivo.

—¡Señora!

—Como usted lo oye. Yo no me la echo de leguleya.

—Pues debía usted echársela. Ahora precisamente es que debía usted echársela.

—¿Y eso de "la gimnasia de salón" de que habla el Decreto?

—¿Qué tiene?

—Que yo no voy á dar "vueltas de carnero," que es la única suerte que sé, delante de una Junta de hombres.

—¿Eh?

—Nó!, y nó! Por nada de este mundo! Aquí donde usted me ve, yo no soy de esas viudas de cierta clase. Soy una mujer recatada, y mis hijas, que son las que dan la escuela, nunca han dado nada que decir.

—Amiga mía, está usted desbarrando. No hay tales vueltas.

—¿Y el traje? En qué traje se va á ese examen? Porque yo no tengo ningún volatin que me lo preste, ni quiero. ¡Eso nada más nos faltaba: que vinieran á examinarla á una!

—Oiga usted: se trata de un examen intelectual, nada más. Usted no va á trabajar en el trapecio, ni á bailar en la cuerda; por consiguiente puede usted llevar su camisión vitalicio, su pañolón irremplazable, ó la gorrita aquella; y contestar, si le preguntan algo sobre desarrollo de los músculos, etcétera.

—Ah! Lo que es desarrollo.... Por mi parte....

—Bueno, bueno.... ¿Y de aseó? qué tal?

—En eso si que no me pescan. Yo me baño todos los días. Al amanecer ¡zas! á la pipa.

—No basta eso.

—¿Cómo!

—No, señora; usted debe inculcar el baño en sus discípulas.

—¿Inculcar el baño? Tendría que sumergirlas todos los días en Anauco, porque mi plantel pertenece á San José, y....

—Bueno; quiere decir que lo que ganarían en aseó lo perderían en nutrición intelectual.

—Claro.

—Pero el Gobierno no da para jabón.

—Tiene usted razón.

—Estamos hablando en verso.

—Eso es cosa suya.

—Señora; declaro desde luego la "suficiencia" de usted.

—Es usted de la Junta?

—No; pero como si lo fuera.

—Y dígame ¿quién va á examinar á la Junta examinadora?

—¿Señora!

—Es una pregunta....

—¿Señora!

Nada; que el personal docente se apea por donde le parece, excitado como está con la Resolución arriba citada.

Véase la opinión escrita de un Preceptor.

« Señor:..... E bisto la rresolucion sobre epsamenesy me parese que mas vien devian pensar en aumentarnos el suerdo ¿que mas conosimiento se pueden epcigir por cuatro rreales que nos pajan mar pajados?»—Su afepticimo, &.

¿De parte de quién está la razón?

Ustedes lo dirán.

JABINO.

MISCELANEA

Familia trágica

No lejos de Viena, en medio de magníficos jardines poblados de estatuas y adornados con artísticas fuentes, alzase el castillo de Schoenbrunn, morada de verano en los actuales momentos del infortunado Emperador Francisco José. Varias veces figura en la historia de este siglo el nombre del regio palacio; allí estableció su cuartel general en 1805 y en 1809 Napoleón Bonaparte, y allí murió en 1832 su hijo el duque de Reichstad; allí nació el actual Monarca de Austria, y allí le ha sorprendido la noticia de la muerte de la Emperatriz Isabel.

El telégrafo ha transmitido las frases pronunciadas por el Emperador al saber la trágica nueva. Vencido por el infortunio, el viejo Soberano prorrumpió en sollozos, exclamando: "Ningún dolor me queda ya que sufrir sobre la tierra."

Nada de declamador hay en estas palabras, salidas del corazón: son el grito de un alma dolorida al sentirse clavada en la cruz tras largo calvario. Porque la vida del Emperador Francisco José ha sido como una inacabable calle de amargura: en ella no han faltado ni las desdichas del vencimiento, ni las tristezas del hogar, ni los dolores de padre, ni los tormentos de ver morir en derredor suyo los seres queridos. Puede decirse con verdad que no hay en su corazón lugar ya para nuevas heridas.

La noble figura del anciano emperador, abismado en sus hondas tristezas, evoca en la imaginación el recuerdo de aquellos Reyes cuyos desesperados acentos recogió Shakespeare en sus espantosas tragedias.

Desde la batalla de Sadowa, en la cual fueron deshechos los ejércitos de Austria, con pérdida de 40.000 hombres, puede decirse que comenzó para el Emperador Francisco José la serie de desgracias, aumentada ahora con la muerte de la Emperatriz. Después del Tratado de Praga, quizá hubiera sobrevenido la ruina del Imperio alemán, á no ser por las dotes de gobierno que desplegó el entonces joven Soberano.

Sin duda que en los días que siguieron á la catástrofe de Sadowa encontró el Monarca austriaco fuerzas para la lucha con su destino en el amor de su esposa la Emperatriz Isabel de Baviera, con la cual se había unido el año 1854, cuando Francisco José tenía veinticuatro años y diez y siete la primera.

Extraordinariamente hermosa, de elevado talento y dotada de grandes virtudes, la joven Emperatriz llevó al Palacio de Viena las puras alegrías del hogar, y la esperanza de días felices al corazón de su esposo.

Un biógrafo describe así á la augusta dama: "Era entonces, el 24 de Abril de 1854, día de la boda, una de las más lindas Princesas de Europa; morena, de mediana estatura, de talle esbelto, negros ojos y encantadora sonrisa. Aun en la misma Venecia, cuyos habitantes odiaban todo lo austriaco, las mujeres se arrojaban delante de ella y la llamaban Madona". Quién hubiera podido creer, al verla vestida de desposada en medio de su corte, bajo las bóvedas de la catedral de Viena, al lado del joven Soberano de Austria, que sobre aquella frente en que se entrelazaban la corona de la realeza y de la hermosura, cerníase la amenaza fatídica: "Reina de los tristes destinos."

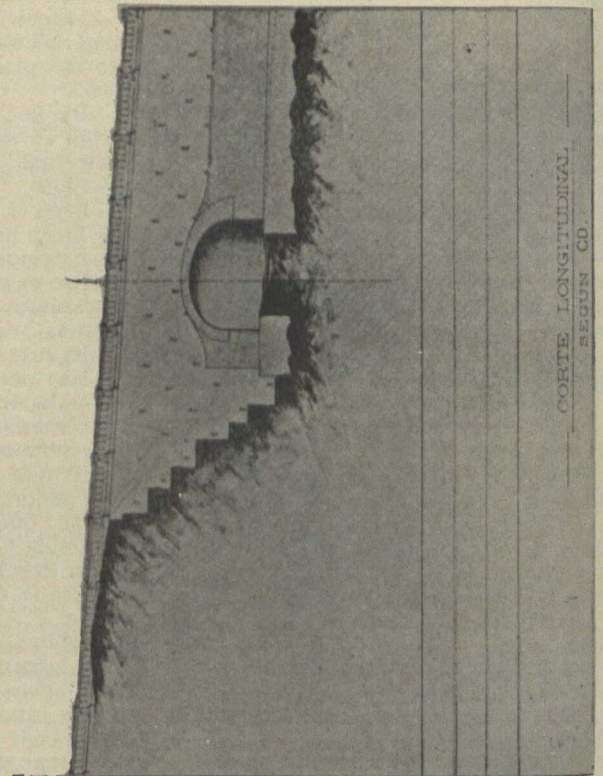
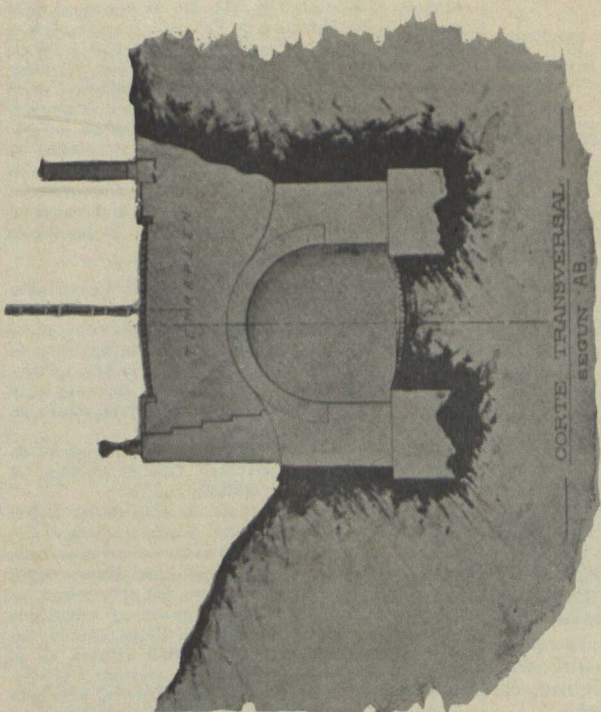
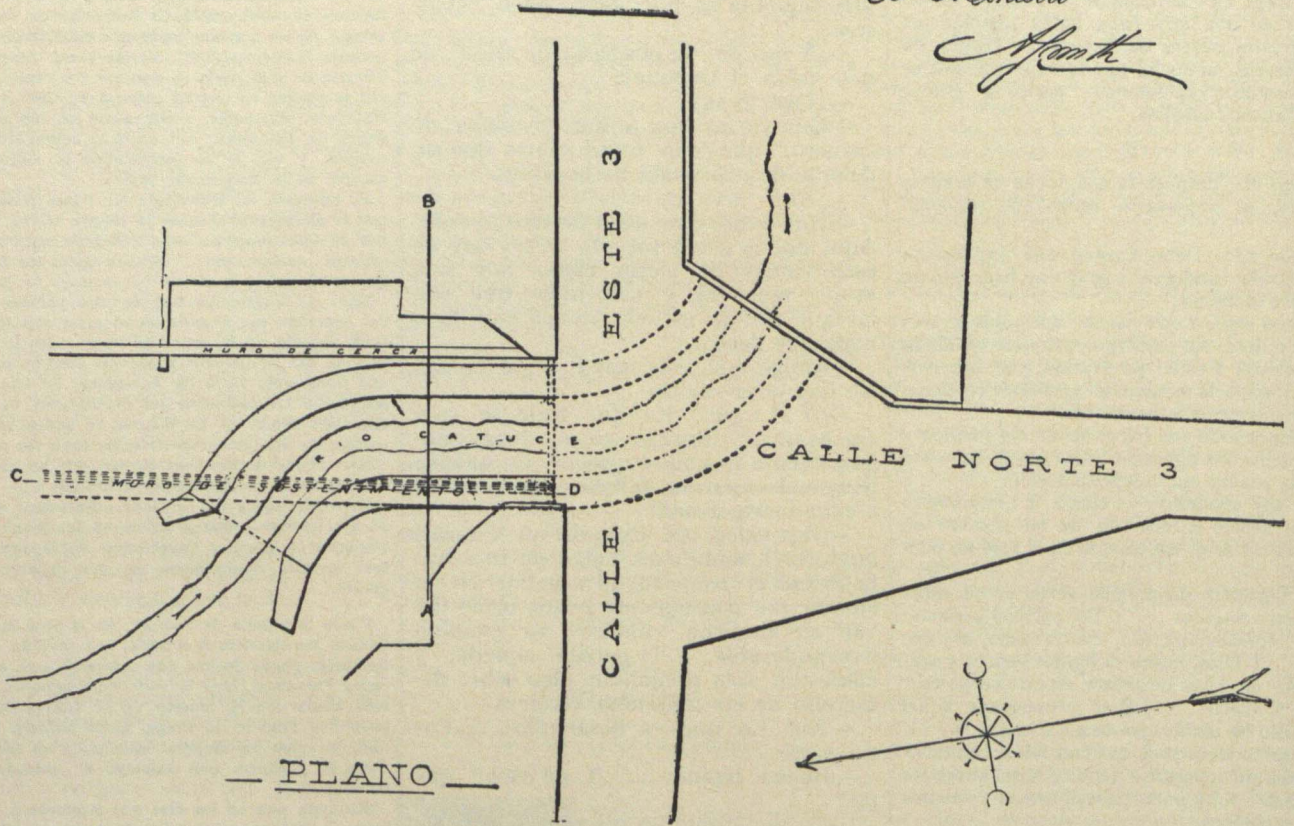
De un drama terrible fue teatro hace algunos años el Palacio imperial. Nadie ha olvidado los infaustos amores del Príncipe Rodolfo, su desesperación, y, por último, su suicidio. Cuéntase que al día siguiente de morir el Príncipe heredero, la Emperatriz, pálida, desolada, penetró en el gabinete de su esposo, y arrojándose á sus pies exclamó: "Perdonadme, señor; yo he traído la locura á vuestra casa".

Aludía, sin duda con justicia, en el paroxismo de su dolor, á la muerte del Rey Luis de Baviera, el protector de Wagner y también suicida.

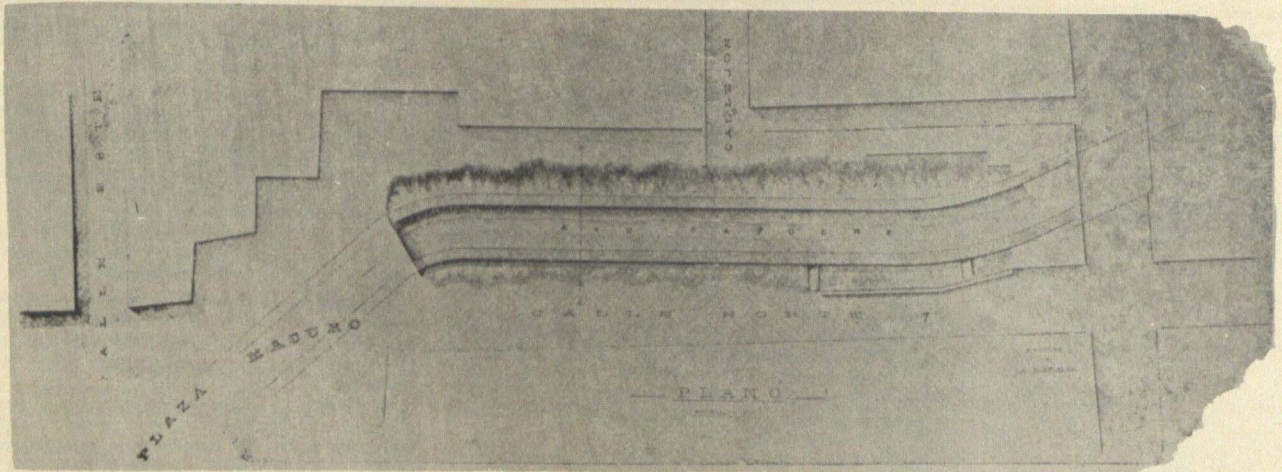
Desde la muerte de su hijo, la Emperatriz Isabel no pensó en otra cosa que en buscar en largos viajes olvido á sus pesares. Su residencia predilecta era Corfú, y allí, en las orillas del mar Jónico, cuyas olas parece que repiten los ecos del arte griego, la Emperatriz hizo construir un palacio y erigió una estatua á la memoria de Enrique Heine, ante la cual solía depositar flores. Por voluntad expresa de la Soberana, su cuerpo dormirá para siempre á la sombra de los plátanos de la antigua Coreira, arrullado por "el monólogo eterno de las olas." Quizá inspiraron este último deseo de la Emperatriz los conocidos versos del poeta alemán, que traducidos en prosa vienen á decir algo semejante á estas palabras: "¿Amores, amistades, gracias..... en dónde están?..... El viento zumba airado y las olas van y vienen coronadas de espumas."



*El Ministro
H. Smith*

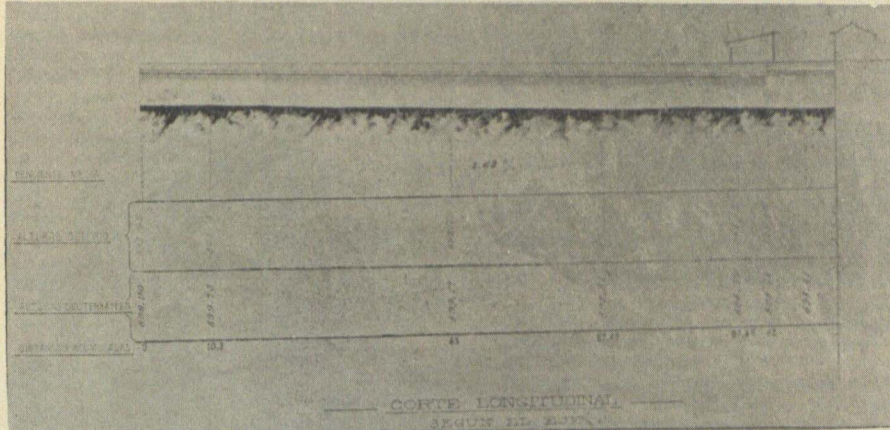


Puente de mampostería sobre el río Catuche, en la Calle Norte 3, á continuación del puente denominado "EL ABANICO," construído por resolución del Ministerio de Obras Públicas (Concluído el 28 de Octubre de 1898)

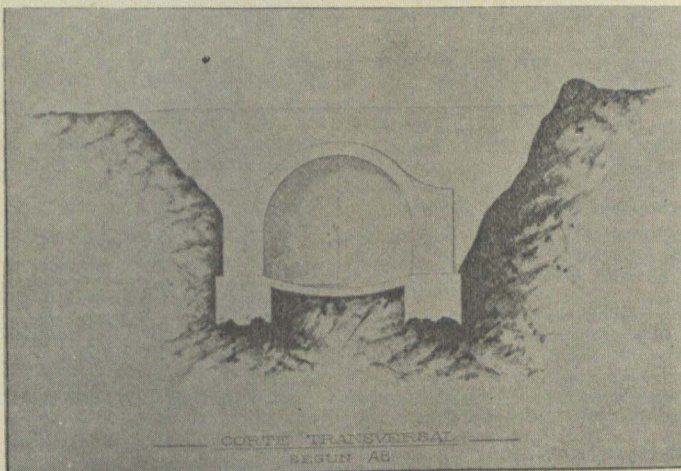


PLANO

Embovedado sobre el río Catuche, entre la Plaza Macuro (antigua Plaza López) y el Puente de "La Romualda," Avenida Este. Construído por resolución del Ministerio de Obras Púbricas, de 12 de Abril de 1898, y concluído el 28 de Octubre último



CORTE LONGITUDINAL



CORTE TRANSVERSAL

A la desgracia que afligía su corazón de madre se sumaron bien pronto otros grandes dolores. De sus cuatro hermanos, hijos todos ellos del duque de Baviera Maximiliano, sólo viven la condesa de Trani y la Reina de Nápoles. La Princesa de Tour y Taxis murió en 1891; la duquesa de Alençon murió abrasada en el incendio del Bazar de la Caridad, y Sofía, ex-Reina de Nápoles, sin reino, sin marido, sin fortuna, arrastra su existencia entristecida en un piso tercero de París, siendo imagen viva de lo inestable de las grandezas humanas. Algunas páginas de *Los Reyes en el destierro* fueron sugeridas á Daudet por las desventuras de la destronada Princesa.

Tampoco la desgracia ha tenido piedad de la familia del Emperador. Hermano suyo fue aquel Maximiliano que rindió su vida y su corona en Querétaro, y cuya esposa Carlota, perdida la razón, espera en vano durante largos años, desde las galerías de su castillo de Miramar, el regreso del desventurado Emperador de Méjico.

Todos sus hermanos han muerto, á excepción del archiduque Luis Víctor; el único lazo que le hacía amable la vida era su esposa. Su matrimonio había sido formado por el amor; los mismos dolores que habían herido simultáneamente los corazones de ambos esposos habían contribuído á hacer más fuerte su afecto; que nada une tanto como la común desgracia.

En las postrimerías de la vida los dos ancianos encontraban en su cariño consuelo á sus trágicas desdichas.

Estas han sido implacables. Un asesino ha cortado con su puñal aquel último vínculo que unía al Emperador con la vida. "Es imposible que se puedan sufrir mayores desgracias"—exclamó, como ya hemos dicho, el Soberano de Austria al tener noticia de la muerte de su esposa, y en efecto, estas palabras reúnen en un solo sollozo la historia del anciano Emperador.

Cuenta un cronista parisiense que en un viaje que el duque de Baviera, padre de la Emperatriz, hizo á Viena, hubo de trabar conversación con cierto viajero muy hablador y comunicativo.

En seguida entabló éste conversación con el duque Maximiliano, declarándole su profesión de relojero de la corte.

- ¿A qué va usted á Viena?—preguntó al duque.
- Voy á ver á mi hija, á mi yerno.
- ¿Es hombre de negocios su yerno de usted?
- Sí y no.
- ¿Tendrá alguna colocación?
- Sí; tiene un destino bastante bueno.
- ¿Se puede saber qué es?
- Emperador.

El vienes soltó la carenjada.

Quando el regio viajero llegó á Viena contó la aventura á la Emperatriz y al Emperador, éste mandó llamar al relojero, que se turbó al reconocer á su compañero de viaje.

Pasado este primer asombro. Francisco José dijo cariñosamente al pobre hombre:

—Ya ves que el destino que tengo no es malo; pero no lo desees, pues tiene más espinas que rosas.

Palabras proféticas, que la historia del viejo Soberano ha evidenciado por completo.



LA EMPERATRIZ DE AUSTRIA

Qué pasa ?

Juzgo que la palabra pronunciada al morir por la desgraciada emperatriz de Austria es superior á todas las frases citadas de los moribundos célebres: más hermosa que el apóstrofe á la libertad, de la señora Roland; más hermosa que la valiente reflexión de Andrés Chénier; más hermosa que el: "Dormir" de Mirabeau; más hermosa que el llamamiento de Goethe á la luz.

¿Qué pasa? ¿dónde va el mundo? Quién puede comprenderlo!

Este siglo tan esforzado, tan orgulloso de su progreso, de su ciencia, de sus luces, de su independencia, de sus ideas, termina en lo innoble, en lo absurdo, en lo horrible. Cada día trae su contingente de espanto: traiciones, siniestros marítimos, suicidios, incendios, asesinatos; y aun hay gentes que en nombre de este progreso tan decantado matan á una mujer de sesenta años porque es reina y ha sido bella.

¿Qué pasa? ¿es esto lo que se nos había prometido? ¿dónde está el hombre bastante poderoso y valiente para tomar el timón y virar de bordo?

La pobre soberana que acaba de expiar tan cruelmente el crimen de haber sido feliz durante algunos meses de su juventud, ha arrojado con su último suspiro un grito de horror desparovido que resonará en la historia: Europa entera después de haberla admirado la compadece y la admira: su pueblo tenía por ella una especie de culto: en el más humilde albergue de Austria, en la más retirada cabaña del Tirolo encuentra el viajero la figura de la emperatriz, con su fina sonrisa, sus ojos de terciopelo, su aire bueno, noble, inteligente y simple. Ella permanece allí y en el recuerdo de los que la conocieron en la aurora de su vida, cuando todo parecía prometerle dicha y alegría. ¡Ah! que hermoso sueño el de su matrimonio!

Erase una princesa....

Este es el último «potin» que conmueve hoy las cortes de Europa.

Se trata de una nobilísima señorita, la princesa Victoria de Gales! la propia hija del príncipe de Gales! La nieta de la reina Victoria!

Antes las princesas y las reinas se hacían pastoras, lecheras de Trianon, sencillamente vestidas de museína. ¿Irán á hacerse de ahora en adelante ángeles protectores del socialismo?

La princesa Victoria pasa ya de los treinta años. Presuntos herederos, príncipes, grandes duques, riquísimos pares de Escocia, ha rechazado con resuelta gracia todos los partidos que se le han propuesto. Todavía, en estos

días se habló en vano de sus bodas con el presunto heredero de la corona de Austria. Todo por qué?

Por el amor. Su corazón palpita por un hombre cuyo solo nombre horroriza y pone en peligro de apoplejía á la reina Victoria. Ama á un banquero. Se encuentra conmovida de admiración por el trabajo y por un trabajador. La casa de ese banquero tuvo, hace algunos años, que depositar su balance. El patrón tomó entonces la dirección de los negocios. El mundo financiero fue sorprendido por la energía, la tenacidad, la potencia de trabajo de aquel joven. Inspiró confianza. En poco tiempo cubrió todas sus deudas y dotó magníficamente á sus hermanas.

Una vez lo encontró la princesa Victoria y quedó fascinada porque en él reconoció, sobre todo, al «hombre enérgico y al trabajador.» Así, cualquiera obrera lo habría juzgado «su hombre.» La princesa misma le declaró su amor.

A la reina abuela que le recordaba «las prerrogativas reales,» le dijo:

—Para mí no tienen ningún valor esas prerrogativas. Las distinciones sociales no agregan nada al valor personal. Tienen razón los oradores que en los meetings populares de Hyde-Park proclaman el mérito único del trabajo y de los trabajadores.

Al príncipe de Gales que intervino á su vez, le declaró:

—Los hijos de reyes, los príncipes, los duques!..... Desprecio altamente las tres cuartas partes de los hombres que se encuentran en vuestras soirées de gala. Dejáme casar con el hombre que amo. Si amase á un obrero de los muelles, no vacilaría en desposarme con él.

La reina y el príncipe no quisieron admitir aquella argumentación.

La princesa se puso muy triste.

Ahora se consuela de un amor desgraciado con otro amor. Habiendo amado á un trabajador, ama á todos los trabajadores. Vestida con mucha sencillez, calzada con gruesas botinas, envuelta en un mantón, toma desde las primeras horas de la mañana algún ómnibus de dos peniques y se va á las buhardillas, á los tabucos, á los tugurios de Londres á visitar á los pordioseros y llevarles recursos.

Un día tomó parte en un meeting socialista, en favor de los derechos de la mujer, en Depford. La corte y la «Sociedad» se asombraron. Desde entonces no se la vio más en las reuniones oficiales ó mundanas.

—Detesto la alta sociedad, dijo; todo el mundo, hombres y mujeres, lleva allí una máscara. En los salones todo es mentira é hipocresía.

Y el príncipe de Gales que conoce bien la «alta vida,» excusa por su parte á su hija.

—Buena mujer, dice, y en ciertos respetos, gran mujer. Es preciso dispensarle ciertas extravagancias. Es buena. Es mejor que nosotros.

En efecto: la princesa Victoria, durante una de sus visitas á los desgraciados, encontró en un tugurio del barrio de *Sevens Dials* toda una familia casi muerta de hambre. Los rostros desencajados, cadavéricos. Después de haber dado de comer á aquellos pobres diablos, los hizo fotografiar.

Luégo se presentó á su padre, provista de aquel testimonio de espantosa miseria. Y le dijo:

—Nosotros somos responsables de estos sufrimientos. A nosotros nos corresponde reparar el mal social. *Hay alguna cosa mala en vuestro reino.*

Casi la palabra de Hamlet!

Concurso literario de sacerdotes

Todos los miembros del clero de Provenza han recibido una curiosa y original circular firmada por el arzobispo de Aix, monseñor Gouthe-Soulard, y los obispos de Gap y de Digne.

Los eminentes prelados han ideado abrir entre todos los sacerdotes de su diócesis, un concurso literario, en lengua provenzal. El tema es, naturalmente, religioso: un panegírico de Santa Magdalena.

El premio ofrecido es también completamente eclesiástico: consiste en un soberbio cáliz de plata sobredorada.

No es incurable el tétanos

La medicina progresa constantemente. Ahora diez años, una persona atacada de tétanos, era generalmente un caso perdido; pero hoy puede curarse fácilmente según lo demuestran los siguientes detalles.

Un joven de quince años de edad, se hirió una mano con un arma de fuego. El médico no quería que le quitaran la venda de la herida, y aunque esta había sido curada antisépticamente, desde su principio, debió haber adquirido la infección por una caballeriza que había en la casa.

Rápidamente aparecieron los síntomas del tétanos. El médico se dirigió en seguida al Instituto Pasteur é hizo conducir el enfermo al hospital. Era día domingo y sin embargo los jefes del Instituto acudieron: M. M. Roux, Borrel, Marmorek, Cantacuzene, etc. Hicieron la inyección hipodérmica del suero antitético, y, para mayor seguridad recurrieron á la inyección intracerebral. La técnica admitida para que el suero antitético obre inmediatamente sobre las células nerviosas, es de tres centímetros cúbicos en cada lóbulo.

Por lo general los sufrimientos de los téticos son horrosos: arqueados, rígidos sobre el lecho del dolor, sacudidos por terribles convulsiones, están como poseídos del demonio y parece siempre que la muerte tarda para ellos.

En el caso que venimos describiendo las contracciones persistieron varios días; el joven gemía y lloraba sin cesar, pero cuatro días después de la operación desaparecieron repentinamente aquellos síntomas de sufrimiento. Se manifestó una rápida mejoría; quince días después el enfermo pudo levantarse y á los veinte y dos días salió del hospital.

El suero antitético parece muy eficaz si se aplica desde el primer momento y como medida preventiva debe usarse inmediatamente después de recibir la herida. Si así se hiciere, el tétanos será vencido. Por lo menos esto dice el Instituto Pasteur, cuya obra de día en día es más fecunda, y verdaderamente digna de la admiración universal.

Vencer el tétanos! quién hubiera osado esperar! Y sin embargo es un hecho.



LUCHENI—El asesino de la Emperatriz de Austria

SECCION RECREATIVA

Finis Justitiae!

¡Robada España fué! Cuanto ilumina
La humana senda y la barbarie enfrena,
Justicia, fe, verdad, razón serena,
Rodó con ella en espantable ruina.

¡Miseria humanidad! ¡La frente inclina
Desnuda de ideal! ¡Sólo ya suena
Rugido inmenso de sangrienta hiena
En esta edad que la ambición domina!

Soberbia, alzada allá en la virgen cumbre
Del siglo cuya aurora centellea,
Besándole los pies vil muchedumbre,

Del uno al otro trémulo hemisferio,
Roto el derecho, sin vigor la idea,
La Fuerza extiende su ominoso imperio!

CALIXTO OYUELA.

Epitafio de Bismarck

El eminente estadista dejó escrito el siguiente epitafio que deseaba para su tumba:

PRINCIPE DE BISMARCK,

Nació el 1º de abril de 1815 murió el.....

Fiel servidor alemán del Emperador Guillermo I

La cabeza de Bismarck

La cabeza del príncipe de Bismarck tenía en contorno 62 centímetros, 6 centímetros más que la de la generalidad de los mortales, por lo cual se le hacía muy difícil al antiguo Canciller del Imperio conseguir sombrero, si no lo encargaba expresamente. Los retratos del célebre estadista en los últimos ocho años de su vida, que pasó como simple propietario en su posesión de Friedrichsruhe, nos lo representan vestido de paisano y con sombrero de anchas alas; cuando era Canciller del Imperio alemán nunca se presentaba en público sino con su casco ó con el gorro de coraceros; pero antes del año 1866 sólo usaba sombrero de copa alta, hecho especialmente á la medida.

Uno de sus antiguos proveedores conserva todavía la medida de la cabeza de este hombre de genio, tomada en 1853. Tenía de largo un diámetro de 220 milímetros; la línea tirada de la mitad de la frente á la parte posterior de la cabeza deja ver muy bien que el lado derecho estaba considerablemente más desarrollado que el izquierdo; la línea que atraviesa tiene 78 milímetros del centro hacia el lado izquierdo, mientras que en el derecho tiene 78 milímetros. El contorno era entonces de 60 centímetros.

Cosas de arte

La prensa de New York se ocupa en estos días del descubrimiento de una tela de Rafael, hecho por un francés residente hace algunos años en aquella capital.

El cuadro, de pequeñas dimensiones, representa una Virgen con el niño, bellísimos. Fue comprado, hace tres años, en una tienda de bric-à-brac de New York, por la suma de 39 francos. El francés, á cuyo poder fue, lo hizo examinar cuidadosamente por varios peritos que han adquirido la convicción de que es una obra del gran pintor italiano. El cuadro corresponde, por otra parte, á la descripción de una tela de Rafael hecha en el catálogo del Louvre y mencionada como perdida ó quemada. Debíó pertenecer á Carlos I, rey de Inglaterra, y después á Jacobo II.

Los príncipes monjes

El príncipe Constantino de Hohenlohe, sobrino del canciller del Imperio, ha tomado las órdenes y pronunciado los votos en la abadía de Sekkan, en Siria.

En esto sigue el ejemplo de otro príncipe del mismo nombre, religioso desde algunos años en un monasterio de la Selva Negra.

Todos los monjes que viven allí pertenecen á la nobleza y algunos de ellos llevan nombres ilustres en los anales del Imperio Alemán.

Así, los dos padres cocineros del monasterio son nada menos que el príncipe Eduardo de Schenbourg-Hartenstein y el príncipe Felipe de Hohenlohe, que ocuparon, uno y otro, una situación de las más envidiadas en la Corte de Berlín.

El portero pertenece á la mejor nobleza del granducado de Bade: es el barón von Drafs. Y entre los que están encargados de los más humildes oficios se

citan: el barón von Salls, el conde de Hemptinne y el barón von Oer, antiguos oficiales superiores del ejército sajón.

Los mejores buques de guerra

Nos referimos á la teoría expuesta por el almirante ruso Makarow que considera pasada la época de los acorazados. Contra esa creencia se pronuncia, en la revista *Tidskrift for Sovaen*, el capitán de la marina danesa Foss. El fundamento de la opinión de Makarow es su propia invención de unos casquetes, que prestan á los proyectiles una fuerza de penetración capaz de vencer la resistencia de las corazas Harwey. El capitán Foss cree que aun cuando se lograra vencer las dificultades que supone la fabricación regular y uniforme de esos casquetes, lo cual es todavía problemático, sería muy aventurado asegurar de plano que los acorazados estaban demás; por el contrario, es de opinión que nos encontramos como en 1893, fecha en que empezó á usarse la coraza Harwey. Tenía ésta mayor fuerza de resistencia que las ordinarias y produjo la disminución del espesor de las planchas. Si se introdujeran esos casquetes más destructores, se aumentaría el espesor de las planchas, pero no se prescindiría de ellas. El capitán Foss hace notar que el almirante ruso no tiene en cuenta el efecto de las granadas explosivas.

Después de las pruebas hechas en Inglaterra contra el *Resistance*, y en Francia contra la *Belliquense*, es indudable que un solo disparo afortunado con granadas Brisanz es bastante para destruir un crucero de 3.000 toneladas, provisto solamente de una coraza de 50 milímetros. Las mismas granadas ordinarias bastan para causar efecto sobre blancos no protegidos; una granada sencilla de 30 centímetros del crucero chino *Chen Iuen*, bastó para dejar fuera de combate el crucero insignia japonés *Matsushima*, de 4.300 toneladas. No hay que olvidar que una simple coraza de diez centímetros impidió que las granadas Brisanz, tan terribles, explotaran dentro del buque, porque la explosión ocurrió fuera cuando trataron de horadar la coraza.

Sólo en un punto está conforme el marino danés con el ruso: las grandes torres acorazadas de los cañones sobre cubierta no son más que atrapa-granadas, y producen más daño que provecho. Cuando no puede hacerse una puntería regular, en especial contra granadas de cañones pequeños de diez centímetros para abajo, es mejor suspender el fuego.

La Turquía se emancipa

Acaba de introducirse en Turquía una reforma inesperada, inaudita. Ella constituirá el acto más liberal del largo reinado del Sultán. «Queda abolida la estampilla para periódicos!»

Actualmente la prensa,—que cuenta en Turquía con órganos escritos en todas las lenguas del mundo,—sufre el peso oneroso de esa estampilla, y vegeta. Imagínese que sobre cada ejemplar se pega una estampilla de dos paras, poco más de un céntimo; lo que hace difícil si no imposible, la existencia de periódicos de á centavo y constituye una carga enorme aun para los diarios de dos y tres centavos.

Combustión espontánea

Los periódicos americanos citan un caso terrible de "combustión espontánea:" En un pueblo cerca de New-York vivía un negro muy conocido por las dosis fenomenales de alcohol que podía absorber sin embriagarse. Para su garganta los aguardientes más tóxicos parecían dulces como jarabe y tragaba copa tras copa con una mueca de satisfacción. Pero hace poco que como á las diez de la noche, el negro fué á encender su linterna y acercó una hoja de papel á un farol. Después de alumbrar la linterna sopló el papel con la boca para apagarlo, é inmediatamente una llama azul surgió entre los labios del alcohólico: estaba prendido. Desesperado por el dolor se arrastró hacia la calle pidiendo auxilio. Acudieron, le arrojaron agua y lograron apagarle la llama; pero el desgraciado seguía dando gritos desgarradores.

Estaba quemado interiormente! Lo llevaron al hospital y murió después de dos horas de horribles sufrimientos.

Su cuerpo, cuando murió, era un enorme carbón.

Tambores

Las pesadas cajas de guarnición de cobre que usa el ejército francés van á ser reemplazadas con tambores de guarnición de aluminio, que tendrán la ventaja de pesar dos kilos menos.

Hace año y medio están en ensayo, en algunos regimientos, 96 tambores de aluminio, que no ceden en nada á los antiguos ni en sonoridad ni en solidez.

El ministerio de la guerra ha dado orden de que se suspenda la fabricación y compra de cajas de cobre.

La madera en los buques de guerra

El gobierno de los Estados Unidos ha recibido el informe de la Comisión designada por el almirante Sampson para examinar los resultados de la artillería de los buques americanos sobre la flota española.

Según este informe, los buques *Infanta Teresa*, *Almirante Oquendo* y *Viscaya*, parece que han sido destruidos por el incendio de los materiales de madera, producido por la explosión de los proyectiles.

Los puentes superiores y todas las otras partes de madera fueron consumidas, excepto las extremidades.

Se han encontrado muchos cañones cargados, lo que demuestra la precipitación con que fueron abandonados.

El informe aconseja que el uso de la madera se reduzca al mínimo en la construcción de los buques de guerra.

Los torpedos sobre el agua constituyen igualmente un serio peligro para los buques donde se encuentran.

Milton

No era muy partidario de la mujer el poeta inglés Milton, autor de «El Paraíso perdido.» y sin embargo se casó tres veces. De uno de estos tres matrimonios, que fue desgraciado, provenía quizás su aversión al bello sexo. Cuando envió por primera vez, acababa de perder la vista, y como quisiese después contraer segundas nupcias, le manifestó un amigo su extrañeza de que siendo ciego hubiera encontrado otra esposa. «Se equivoca usted, amigo mío, le contestó Milton; no me falta sino perder el oído para ser el mejor partido de toda Inglaterra.» Hubo de envuadir nuevamente y para su desgracia se casó por tercera vez. Dijo en cierta ocasión Lord Buckingham que su mujer era una rosa. «En el color no lo reconozco, porque soy ciego, replicó; pero sí siento las espinas y comprendo que usted tiene razón.» Preguntáronle una vez por qué el heredero al trono de Inglaterra podía ser coronado á los 14 años, y no le era permitido casarse antes de cumplir los 18, y contestó: «Simplemente porque es más difícil gobernar una mujer que todo un reino.»

Un nuevo planeta próximo á la tierra

En el Observatorio de París, después de terminar una de las sesiones de la Academia de Ciencias, un telegrama expedido por la oficina central de Kiel, comunicó una interesante noticia.

El 24 de agosto, Mr. Witt, astrónomo en el Observatorio de Kiel, á quien ya se debe el descubrimiento del 422º de los pequeños planetas, descubrió otro de 11½ dimensión en la región del cielo, situada sobre Lion y bastante lejos de la eclíptica.

Mr. Berberich, otro astrónomo de Berlín, ha determinado los elementos de la órbita de este nuevo cuerpo celeste. Ha hecho constar, no sin gran sorpresa, que ha llevado á cabo su revolución en seiscientos días, cerca de ochenta y seis días menos que Marte.

Es, pues, un planeta situado entre Marte y la tierra, el primero, por consecuencia, de un grupo completamente nuevo, cuya existencia había sido anunciada por Vesrier, pero que no había llegado á observarse.

La existencia de un planeta, pequeño, pero mucho más próximo que Marte, es un acontecimiento científico de primer orden, porque se determinará la distancia del sol con una precisión que no se esperaba, y se resolverá una multitud de cuestiones importantes acerca de la constitución de las tierras del cielo.

Es, además, probable, que este nuevo planeta tenga aspecto de cometa en el sentido de que la excentricidad y la inclinación de la órbita son igualmente grandes.

En un barrio de Londres

Un extraño descubrimiento acaba de ser causa de una gran confusión en un barrio de Londres. Una cuadrilla de obreros se ocupaba en tumbar algunas antiguas casas en la avenida Rosebery. Uno de ellos, dotado de fuerza física poco común, le dio á una muralla un golpe tan fuerte, que el instrumento penetró en la chimenea de la casa vecina. Quiso reparar inmediatamente el descuido, pero, cuál sería su sorpresa al ver, en la abertura que había hecho involuntariamente, una gran colección de cajas de madera. Con gran inquietud abrió una de ellas: el desgraciado estuvo á punto de caer hacia atrás, pues la caja contenía el cadáver de un gato medio descompuesto y que por supuesto exhalaba un olor nauseabundo. En las otras cajas hizo el mismo hallazgo repugnante. Inmediatamente fue avisado del hecho un comisario de policía que penetró en la misteriosa casa, número 39, de la avenida Rosebery. Se encontró el inquilino del departamento sospechoso era una solterona conocida en todo el barrio por la adoración que tenía por los gatos. Lady Margaret Scot,—así se hacía ella llamar,—no dejaba entrar á nadie en su casa. El comi-

sario de policía procedió á un serio examen y encontró en el departamento 120 representantes de la raza felina! Algunos en buen estado de salud, y colocados majestuosamente en sus nichos; y otros muertos y guardados cuidadosamente en unas cajas.

Lady Margaret Scott interrogada por un magistrado, declaró que era «dibujante secreta de gatos» y que le acababan de robar sus modelos!

A pesar de sus protestas, esta manifiesta fué llevada á un manicomio.

Conservatorio de Milán

El rey Humberto, deseando dar al compositor Verdi una nueva demostración de afecto, acaba de firmar un decreto ordenando que el Conservatorio de Milán sea llamado de ahora en adelante, en los actos oficiales, *Conservatorio Giuseppe Verdi*. Hé aquí una malicia del rey Humberto, incomprensible para los profanos, pero cuya causa la explican los periódicos italianos. Este mismo Conservatorio rechazó, como alumno, al autor de la *Traviata* en el año 1832. Verdi era entonces completamente desconocido; pero una vocación irresistible lo arrastraba hacia la música, y resolvió forzar las puertas del Conservatorio de Milán. El día del examen, respondió lo mejor que pudo, aunque muy intimidado.

Los miembros del jurado resolvieron, de común acuerdo, no admitirlo. Estos profesores, cuyos nombres,—afortunadamente para su memoria,—están hoy completamente olvidados, declararon «que el candidato no tenía ninguna disposición para la música.» Verdi no quedó convencido por esta sentencia.

Continuó sus estudios sin desalentarse, se dedicó sobre todo á la composición y no tardó en hacer rápidos progresos.

Algunos años después, en toda Italia resonaba el eco de su gloria, y los examinadores del Conservatorio de Milán recibían un mentís evidente.

Verdi ha declarado á menudo que se alegraba mucho de haber sido «rechazado» por los profesores milaneses. Si hubiera entrado al Conservatorio, hubiera seguido probablemente su carrera en la enseñanza y no habría tenido tiempo ni ocasión de desarrollar su genio de compositor.

A los ciclistas

Los profesores Regnault y Bianchi han dirigido últimamente á la Academia de Ciencias de París una comunicación muy interesante, relativa á las modificaciones que sufren los órganos de los ciclistas.

Aquellos sabios han estudiado cuidadosamente, con ayuda del fonendoscopio, á varios de los sportistas que tomaron parte en la celebrada carrera de 72 horas que se verificó en Francia.

De sus observaciones han deducido lo siguiente: al fin de la carrera, los órganos abdominales, bazo, hígado y estómago, han sufrido una notable disminución de volumen y la grasa sub-cutánea ha desaparecido en mayor ó menor cantidad. Estas modificaciones las atribuyen: á la insuficiencia de la alimentación durante la carrera, á las pérdidas considerables de fuerza, á causa del trabajo realizado, pérdidas acrecentadas por la influencia del calor; á la falta de sueño y al gasto de fuerza nerviosa debido á la emoción.

Los órganos torácicos, pulmones y corazón, no disminuyen nada, debido á la irrigación de sangre que reciben durante la carrera.

La posición del corredor en la máquina, inclinado hacia delante, unida al movimiento de las piernas y caderas, determina cierta ascesión de los órganos abdominales, los que á su vez levantan los torácicos. Así, pues, el hígado, más denso, levanta más que de costumbre el pulmón derecho; la extremidad pilórica del estómago se encuentra también suspendida y aquel órgano toma la forma de alforja; lo que hace que conserve por mayor tiempo los alimentos; el mismo corazón se aproxima al cuello de 2 á 5 centímetros de distancia. De aquí puede calcularse la acción terapéutica que puede ejercer la bicicleta en ciertos casos.

Observan además los citados profesores que los ciclistas que se entreguen á esas pruebas deben examinar si poseen un corazón bien resistente.

El primer periódico europeo

Varios países se disputan la satisfacción de haber publicado el primer periódico europeo. Bruselas es vanagloria de haber visto fundar la primera *Gaceta*, que era militar y se llamaba *Nieuwe Tydinghen*; pero Francia contesta á esto que cuando Carlos VIII partió para Italia, en 1494, el relato de la campaña se publicó en una especie de *Boletín* que era en suma un verdadero periódico.

En todo caso, estas publicaciones no se ocuparon más que de cosas de guerra, en tanto que, según investigaciones bibliográficas, parece haberse demostrado que desde los comienzos del siglo XIV había en Inglaterra, Austria é Italia folletos en los que se relataban los hechos diversos, tales como robos, asesinatos, etc.

En Colonia apareció á principios del siglo XVI un periódico semanal.

Londres tuvo su primera publicación de este género en 1608, Strasburgo en 1609, y París vio aparecer, en 1631, á la *Gaceta de Francia*, que vive todavía.

Adelina Patti

Mme. Adelina Patti anuncia oficialmente por la *London Gazette* que acaba de tomar carta de nacionalidad inglesa. Hasta ahora no había sabido justamente qué nacionalidad tenía, y ha escogido una entre las que estaban á su disposición. La célebre prima donna nació en España de padres italianos; en seguida fué conducida á los Estados Unidos por un padrastro americano. Se casó dos veces en Inglaterra con sujetos franceses. En fin, desde hace muchos años, reside en el País de Gales. Si algún día se suscita una discusión á propósito de la sucesión de Mme. Adelina Patti, los abogados tendrán para rato. Sin embargo, esta hora no parece acercarse, pues Mme. Patti goza de una excelente salud. No ha renunciado todavía la escena y el 10 de octubre inauguró en Birmingham una serie de conciertos organizados por M. M. Harrison. Se anuncia también su entrada á Albert-Hall.

Correspondencias telefónicas en América

Según el *Electrical Engineer*, el número de llamadas por el teléfono en Chicago, llega á 30 por término medio. En San Francisco, hay un poco más de 10.000 teléfonos en servicio, y se cuentan 20 llamadas por abonado, aunque la población no pasa de 400.000 habitantes.

Si se comparan estas cifras con las que producen los teléfonos en Europa, se notará la lentitud con que se desarrollan las comunicaciones telefónicas en casi todos los países de antigua civilización.

Aun en Berlín, donde hay 30.000 teléfonos en servicio, las llamadas por término medio no pasan de 7: 2 ó 3 por la mañana y 3 ó 4 en la tarde.

En los Estados Unidos, es donde hay mayor número de teléfonos, pues existen más ó menos 700.

Entre los Estados Europeos, Alemania é Inglaterra están á la cabeza con 140.000 y 116.000 aparatos; en Francia hay apenas 35.000, en Suecia 62.000, en Escocia 35.000 y en Suiza 30.000.

Una familia de sexdigitarios

Un médico de Chambéry, M. Tissot, acaba de publicar la observación de un caso de polidactilia familiar.

Se trata de un agricultor de los alrededores de Chambéry que tiene nueve hijos, de los cuales tres son polidactilos: un niño y dos niñas.

Estos tres niños tienen cada uno seis dedos en cada mano y seis en cada pie. Los dedos suplementarios están bien constituidos; pero por causa de una ligera desviación hacia afuera que los molestaba mucho, el cirujano practicó la amputación de la mayor parte de ellos.

El padre y la madre son robustos y gozan de buena salud.

La polidactilia fue conocida de los antiguos y Plinio cita los primeros ejemplos de sexdigitarios.

Un caso de longevidad

En Grabuncuru, departamento de San Carlos (Chile), ha fallecido Benigno de las Mercedes Marinao, que tenía nada más que 129 años de edad.

Marinao pertenecía á la raza indígena, y se sabe la edad que tenía por los títulos de una partida que le dejaron en testamento.

Se casó cuatro veces, y tuvo 28 hijos, de los cuales no vive ninguno. Quedan 47 nietos, 184 vnznetos y 402 tataranietos para perpetuar la raza de Marinao.

Este era un hombre sobrio, no comía carne y el vino y los liciores eran bebidas extrañas á su uso.

A pesar de su avanzada edad no tenía ningún achaque de esos tan frecuentes en las personas mayores, y su muerte no ha sido ocasionada por ninguna enfermedad, es decir que ha muerto de puro viejo.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

SERIE CUARTA

REFRANES Y TEXTOS CONTRADICTORIOS

Veamos ahora algunos textos y refranes que son entre sí, respectivamente, contradictorios; ó bien que involucran alguna colisión ó antilogía.

Ya antes hemos señalado algunos en los cuales no deja de ocurrir implicaciones; pero los que siguen son más especiales.

I

Quien se muda Dios le ayuda.

Este adagio está en contradicción con este otro:

Cuando el enfermo muda de cama, morir quiere.

Y aun también con este:

Piedra movediza nunca moho la cobija.

II

A quien madruga, Dios le ayuda.

Está en oposición con:

No por mucho madrugar, amanece más temprano.

Más hé aquí otro que se presenta como tercero en discordia á dirimir la cuestión:

Más vale á quien Dios ayuda que quien mucho madruga.

Madre.—Levántate, hijo, que por haber madrugado, el hijo del vecino se encontró un talego lleno de oro.

Hijo.—Más había madrugado el que lo perdió.

Y pasemos por alto la parte de moralidad, por la inversa, que encierra este antiguo apólogo.

III

Mensajero sois, amigo: no merecés pena, no.

En cierto modo está en colisión con este otro:

Hacientes y consencientes merecen igual pena.

IV

Compuesta, no hay mujer fea.

Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

¿Cuál de los dos será más verdadero?

V

Siempre quiebra la sogá por lo más delgado.

No se quiebra por delgado, sino por gordo y mal hilado.

VI

Todas las noches son buenas, en habiendo que cenar.

Acuéstate sin cena, y amanecerás sin deuda.

VII

Come poco, cena más, duerme en alto y vivirás.

Más mató la cena, que sanó Arvicena.

Más vale un no cena, que cien Arvicenas.

VIII

Fortuna te dé Dios, hijo; que el saber, poco te basta.

O Más vale saber que haber.

IX

Mal de muchos, consuelo de tontos.

Mal de muchos, consuelo de todos.

¿En qué quedamos? ¿O se supone que estos todos son todos tontos?

X

Ver, oír y callar.

Guárdate de hombre que no habla, y de can que no ladra.

O Ni á pícaro descalzo, ni á hombre callado, ni á mujer barbada no les des posada.

XI

Tras de los años viene el juicio.

Quien á los treinta no asesa, no comprará dehesa.

XII

De mala mujer te guarda, y de la buena no fies nada.

El consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma es loco.

Poco, en nuestro concepto, es lo expresado en este adagio á favor de la mujer. Parécenos que más exacto sería decir: «El consejo de la mujer es mucho, y aquel que lo recibe es muy ducho.»

XIII

Genio y figura hasta la sepultura.

Creceerá el membrillo y mudará el pelillo.

XIV

Quien dineros tiene, hace lo que quiere.

Más valen amigos en la plaza que dineros en el arca.

XV

Quien escucha su mal oye.

Quien no oye consejo, no llega á viejo.

XVI

Amigo que no presta y cuchillo que no corta, que se pierdan poco importa.

Quien presta al amigo, cobra un enemigo.

Este último concuerda con el aforismo: «Dad dinero, no prestéis: lo primero no hace sino ingratos, lo segundo hace enemigos.»

XVII

Quien malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá.

Quien malas mañas ha, si se mortifica las perderá.

XVIII

Para poca salud, más vale ninguna.

Más vale algo que nada.

XIX

*Da Dios habas, á quien no tiene quijadas.
Dios da el frío conforme la ropa.*

XX

*El hijo de la gata, ratones mata.
A padre guardador, hijo gastador.*

XXI

*De padre cojo, hijo renco.
De padre santo, hijo diablo.*

XXII

*Sol que mucho madruga, poco dura.
Sol de invierno sale tarde y se pone presto.*

XXIII

*Ladrón que roba á otro ladrón, es dos veces ladrón.
Ladrón que roba á otro ladrón, tiene cien días de perdón.*

XXIV

*Como sembráredes, cogereis.
A más servir menos valer.*

XXV

*Pasión no quita conocimiento.
Afección ciega razón.*

XXVI

*¿Puedese sin pecado mentir en algún caso con fin bueno?
—Nunca: mas puede callarse la verdad, disimulando. (RIPALDA. Catecismo.)*

*¿Basta para no mentir decir siempre la verdad?
—No: es preciso decir toda la verdad. (BARALT. Diccionario de Galic. Todo.)*

XXVII

*"Y así tenga sabido
Que lo importante y raro
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo."*

(DON TOMÁS DE IRIARTE. Fábulas.)

*"Si querer entender de todo
Es ridícula presunción,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor."*

(DON TOMÁS DE IRIARTE. Fábulas.)

BALDOMERO RIVODO.

NUESTROS GRABADOS

Obras Públicas

EMBOVEDADO DE LA ROMUALDA

Esta importante obra, reclamada hace largo tiempo, tanto por la salubridad pública como por el embellecimiento de la ciudad, acaba de ser inaugurada por el Gobierno Nacional.

Está situada en uno de los puntos más centrales de Caracas, como es el cruceamiento de la Avenida Este con la Calle Norte 7. El embovedado tiene una longitud de 92 metros; y el terraplén que lo cubre deja una superficie libre de 2.000 metros cuadrados próximamente.

La superficie cubierta con el embovedado, unida á las dos calles laterales, formará un hermoso "boulevard" de 23 metros de ancho; y, según se nos informa, se denominará *Boulevard Macuro*.

Allí se colocará un monumento á Colón de 14 metros de altura con pedestal de mármol y estatua de bronce.

PUENTE AL NORTE DEL ABANICO

Este puente inaugurado el mismo día que el embovedado de La Romualda, unirá la esquina del Abanico con la de Los Cañónicos y siguientes de la Calle Norte 3, la cual es una de las más largas y pobladas de Caracas. Así, dichas esquinas quedarán con esta nueva vía tan cerca del centro de la ciudad, que sólo distarán cuatro ó cinco cuadras de la Plaza Bolívar.

Este puente y los que están en construcción en la misma Calle Norte 3 y en la Este 5, darán fácil acceso al caserío denominado "Estado Zamora," que es relativamente muy central, bastante poblado y con una grande extensión de terrenos propios para construcciones.

En las páginas 755, 760 y 761 aparecen las vistas fotográficas y los planos y cortes de estas obras, por cuya realización felicitamos al Ministro de Obras Públicas señor Doctor Alberto Smith, quien, á pesar de las dificultades del Tesoro Nacional, hace esfuerzos por llenar su cometido de la manera más brillante.

Así mismo presentamos nuestros parabienes á los ingenieros Germán Jiménez y F. Martínez Espino, directores de la construcción de estas obras y á quienes ya debe la capital otras de suma importancia.

La Emperatriz de Austria

Indescrutable es el pesar que ha causado en todas las poblaciones de la monarquía austro-húngara el asesinato de la emperatriz Isabel. Unfase al sentimiento de amor y veneración que le profesaba su pueblo, el de una profunda compasión por los dolores que embargaban el corazón de la augusta soberana desde la muerte de su hijo, el príncipe Rodolfo.

Por huir de las festividades de la corte y del bullicio de las ciudades, asífábase la emperatriz en las

montañas ó en las playas remotas, buscando en la soledad lenitivo á sus congojas; la isla de Corfú con sus avenidas de cipreses era el refugio favorito de la noble señora. Agravada su dolencia del corazón por las largas caminatas en que se complacía, tuvo que someterse á curación en diversos balnearios, y viajando con tal motivo, ya muy aliviada de sus males, en una excursión que hizo á Ginebra cayó víctima del puñal anarquista.

La emperatriz Isabel nació en 1837, y era la segunda hija del duque Maximiliano y de la duquesa Luisa de Baviera. Muy curioso es lo que se refiere de su matrimonio: contaba apenas diez y seis años la princesa en 1853 cuando sus padres, con el objeto de arreglar las bases para el matrimonio de su hija mayor Helena con el joven emperador de Austria, se trasladaron á la residencia de Ischl. Con el propósito de hacerle la corte á la princesa, presentóse el emperador muy de mañana en la mansión ducal; la duquesa y su hija mayor, ocupadas todavía en la *toilette* no pudieron presentarse inmediatamente; la que le salió al encuentro fue la princesa Isabel con un cordial "Salud Francisco I" y el primo que nunca la había visto quedó cautivado por la dulzura y la amabilidad infantil de esta primera entrevista. Su franqueza, su gracia natural, su belleza y cariño le atrajeron tan irresistiblemente que una de las noches siguientes, en un baile que dio la archiduquesa Sofía para obsequiar á los augustos huéspedes, y en el cual había de ser ofrecido el histórico ramillete de novia, con asombro de toda la corte y aun de los mismos parientes, lo presentó el emperador, no á la princesa Helena (después princesa de Thurn y Taxis, ataviada con todas sus galas, sino á la graciosa Isabel que estaba al lado de su hermana en sencillísimo traje de baile. Al día siguiente, cuando al entrar á la iglesia la archiduquesa cedió el paso á la joven princesa, se hizo pública la elección del emperador.

Este conujo á la princesa al pie del altar y dijo al sacerdote: "Señor cura, bendíganlos! Esta es mi prometida!" En abril del siguiente año se celebró en Viena el matrimonio de la feliz pareja con la mayor solemnidad.

El pueblo se complacía al ver que la joven reina ejercía influencia sobre su marido que la amaba tiernamente, tan sólo para el bien; que por su palabra se evitaba el maltrato á los infelices soldados y se rompían las cadenas en las cárceles. Acompañaba al emperador en todos sus viajes á los diversos países que componen la monarquía, con especialidad á Hungría, Venecia y Lombardia; los húngaros le profesaban inmenso cariño y agradecimiento ilimitado, por la actitud que tomaba en todos sus asuntos; ella había aprendido el húngaro y hablaba á los magyares en su propio idioma, demostrando siempre su fino tacto que le atraía todos los corazones.

En los años de retiro en la isla de Corfú se dedicó á las artes y á la poesía; el estudio de los idiomas, entre ellos el griego antiguo y moderno, la ocupaba muy especialmente, llegando á traducir á este idioma algunos trozos de *La Tempestad* de Shakespeare. En el trabajo asiduo buscaba tal vez la emperatriz el olvido de sus penas.

La noticia de su trágica muerte ha conmovido profundamente al anciano emperador, que tantas pruebas ha sufrido ya. "De manera que nada me tiene Dios reservado!" exclamó, ocultando el rostro entre las manos. Poco rato después dijo al príncipe Liechtenstein: "No se comprende como ha podido un hombre poner mano en esta mujer que á nadie hizo mal en toda su vida y que sólo ha ejercido el bien."

De todas partes recibe las más expresivas demostraciones de sentimiento y simpatía el emperador Francisco José, que ha pasado ya en este mundo por cuantos dolores pueden afligir á los mortales.

La emperatriz Isabel era una mujer ideal: amor, bondad, arte é inteligencia, consuelo para todos los infortunios, constancia en la práctica del bien, tales eran las cualidades distintas de su elevado espíritu, cualidades que jamás olvidará su pueblo agradecido.

Lucehni

De mediana estatura, de aspecto flemático y reposado; cuello grueso, que denuncia al hombre fornido, cabello y bigotes rojizos; manos grandes y llenas de callos; brazos largos, desproporcionados á su estatura; ojos entre verdes y grises, ocultos tímidamente bajo párpados pesados, guarnecidos de pestañas rubias; tal es físicamente el asesino de la Emperatriz de Austria, de esta noble mujer que se distinguió por su alma contemplativa y por su espíritu cultivado, accesible á las bellezas de la naturaleza y del arte. Ella amaba la poesía y la cultivaba en ocasiones. Su poeta favorito fue Enrique Heine.

La infortunada Emperatriz era un corazón generoso Con desusada espontaneidad se desvelaba por hacer el bien.

En la época de su matrimonio la bautizaron con el sobrenombre de *Rosa de Baviera*, porque era de las más lindas princesas de Europa. Su color era trigueño, sus ojos negros y brillantes, y su estatura, mediana y bien proporcionada. La edad y los pesares no llegaron nunca á alterar sus encantos.

Cuanto más se admiran las prendas físicas y morales de la Emperatriz, se aumenta la repugnancia que inspira su asesino.

Eloy Palacios

Como lo habíamos ofrecido, reproducimos en este número copias de algunos trabajos de este distinguido escultor, compatriota aplaudido fuera de Venezuela por sus recientes obras, en especial por la estatua yacente de una notable matrona centro-americana, obra de la cual han hecho repetidos elogios personas autorizadas en materia artística, como se verá por las siguientes inserciones:

En *Pinceladas*, revista que redactan en San José de Costa Rica los señores Soto Hall y Rafael Troyo, encontramos estas líneas:—"La nota artística de mayor importancia que tenemos que consignar es la llegada al país de la estatua yacente de la señora de Amerling, ejecutada en Alemania por el artista venezolano don Eloy Palacios. Cuanto de esa soberbia obra de arte se diga, cuantos elogios se la tributen, han de resultar pálidos ante el valor real de esa escultura que,

antes que trabajo comercial, parece el resultado de largos años de estudio y de labor de un artista que hubiera querido encarnar en ella la expresión suprema de un ideal melancólico. En la base de la obra del señor Palacios, debe grabarse, con letras de oro, la poesía de Becquer. Bien se hermanan esas dos majestades."

El *Eco Católico de Costa Rica*, al referirse á la exposición de la estatua, en el salón de la Curia Eclesiástica, dice: "Todo en ella es precioso: el mármol es del conocido con el nombre de *Altissimo*; y la estatua misma, por la piedad y dulzura que revela del semblante, en el que se ve reflejada la inspiración del artista, infunde respeto, veneración, algo que inspira aun á los profanos en la escuela de Praxíteles; además, la propiedad de las formas, la pureza de los contornos, la naturalidad de la posición, las sombras, todo es exquisito, magnífico."

Es de saberse que el señor Eloy Palacios es artista de celebridad: ha hecho varios monumentos de gran mérito en varias repúblicas americanas y otras obras muy alabadas en Europa.

"Su educación la recibió en Munich, ciudad alemana que es como el corazón del arte en aquella Nación, y ha trabajado perfeccionando su gusto en otros centros artísticos de Alemania, Francia é Italia....."

Y el señor Tomás Povedano, pintor sevillano, Director de la Escuela de Bellas Artes de San José, al hacer la crítica de la obra, se expresa así:

"Hay algo majestuoso en el todo que se impone con decidida firmeza al ánimo y cierta blandura y reposo tan dulce en el movimiento de la cabeza y en el abandono del brazo y mano izquierdos, que verdaderamente embelesan. En el rostro paralizado y rígido, en los cerrados ojos, se delicia una suave ola de vida extraña; así como el último destello luminoso de un alma que enteviese un ideal esperado; y tal expresión, como que se complementa y se refiere al símbolo de redención que oprime sobre el pecho la mano derecha en la postrera de sus contracciones. El cabello, hábil y sencillamente movido, envuelve el busto como entre celajes, y la garganta marchita, ofrece tal realidad en sus atinados y suaves pormenores, que considero no hay más allá posible."

"Se percibe en todos los detalles la tendencia al vero, y si sorprenden las delicadezas de ejecución de la camisola que rodea y modela entre finos pliegues el pecho y los brazos, el paño que echado con artístico desuido sobre el resto de la figura cae á los lados del sepulcro, es tan real y bien hecho, que cuesta trabajo decidirse á creer que sea mármol labrado."

Por último, el señor don César Borja expresa su opinión en estos términos:

"Mis ojos no se cansarían de mirar esa imagen sugestiva y bellísima del reposo perfecto, en la cual reinan la armonía y la serenidad transparentando la luz del alma del artista difundida en el mármol en apacible soplo de vida perdurable....."

"Sobre esa estatua que representa á la esposa y madre moribunda, cuyos ojos se han cerrado para siempre, cuyos labios han dejado en suspenso la postrera oración, al rigor de las contracciones de la agonía, y cuyas manos oprimen en retracción inconsciente, ya el símbolo de la cruz piadosa, ora la última cuenta del denario bendito, sobre ese mármol, digo, flota una onda luminosa de vida nueva, como el primer lampo del día triunfante sobre la sombra de la noche que huye. Y este es, en mi humilde opinión, el mayor mérito de la obra del señor Palacios."

De la estatua de Bolívar en Cartagena, hace entusiastas elogios la prensa colombiana. *La Patria*, de la ciudad amurallada, se expresa así:

"Esta obra perfecta, reproduce fielmente la imagen del Héroe que copia, y tiene tales toques de ingenio, que convierte la metálica figura en una verdadera transfiguración del ideal moral del prohombre á quien representa. Esa estatua es, en realidad, no solamente obra escultórica de fiel reproducción, sino también de veneración amorosa. El cincel en este caso, aunque animado por el sentimiento del arte, está impulsado principalmente por la noble pasión del patriotismo: ese tipo tropical de Simón Bolívar, quemado por el fuego de las batallas, no pudo trazarlo realmente, sino quien estuviese ardiendo en la misma llama sagrada del patriotismo; así, hay en la viveza de la imagen ejecutada, tales trazas de grandezas homéricas, que no pudo imaginarla más que quien estuviese rendido de admiración por el héroe que esculpe."

"La pasión del artista por el Héroe parece que se la infundiera hasta á la figura del simpático corcel. El animal es un verdadero caballo de los nuestros, delgado y brioso. Está inquieto y se sostiene sólo en dos patas: con las otras bate el suelo y se mueve. Sin embargo, se deja dominar, porque está satisfecho de llevar sobre sus lomos á tan encumbrado personaje. Está aderezado á nuestra usanza, con un freno poco elegante, pero adecuado al objeto; así también es la silla, más segura que bella, y sobre la cual caen los faldones de la casaca del ginete, quien no lleva la capa convencional de otras imágenes, pues su uso es de todo punto imposible en estas regiones."

Con respecto á la estatua de Ribas, nada tenemos que agregar á lo dicho por nosotros cuando, antes de ser colocada en la plaza de La Victoria, tuvimos ocasión de darla á conocer á nuestros favorecedores.

El héroe de Niquitao y los Horcones, cantado magistralmente por la musa épica de Eduardo Blanco; el vencedor de los tiranos, como le llamó Bolívar; después de la brillante defensa de la plaza de La Victoria, para impedir que Boves penetrara á la Provincia de Caracas, era un militar arrogante, impetuoso; de talla elevada, de apostura gentil. En sus ojos azules relampagueaba la vivacidad; tenía frente espaciosa, y su boca era pequeña y comprimida por labios delgados, pero firmes. En la Guerra Magna, dice Larrazábal, ostentó un valor digno de Aquiles. El artista venezolano ha sabido reproducir en el bronce la fisonomía del héroe, en el momento en que no teniendo ya por ejército sino el batallón formado por los estudiantes de la Universidad de Caracas, los arenga de este modo: "No podemos optar entre vencer y morir: es necesario vencer."

EL COJO ILUSTRADO presenta al señor Palacios las más cordiales felicitaciones por sus triunfos y hace votos porque ellos sean cada vez mayores, para gloria del artista y prez de Venezuela.

Caracas

La vista de la capital, que aparece en la presente edición, está tomada á inmediaciones del pintoresco *Paseo de la Independencia*, del cual reproduce el Arco de la *Federación* y los edificios que demoran al pie de la colina.

Lago de Valencia

Según Codazzi, el lago de Valencia, llamado antiguamente Tacarigua por los indígenas, está á la altura de 517 varas sobre el nivel del mar, y la parte más baja del fondo á 400. A este hermoso estanque deben los ricos valles de Aragua su gran fertilidad, pues su constante evaporación proporciona la humedad necesaria á la vida vegetal, dándole vigor para su desarrollo. Los riachuelos de los valles de Aragua, en número de 22 alimentan este lago que tiene 22 leguas de superficie y 22 islas en ella. La principal de éstas es la isla del Burro, que tiene dos millas de largo.

Las montañas que circundan el lago, dan al paisaje las más bellas y variadas vistas, por el espléndido follaje de las islas y las bandadas de aves que pueblan las riberas.

Maiquetía

El paisaje que reproduce el grabado, corresponde á la pintoresca faja de terreno que, próxima al mar, y sombreada por cocales y uveros, embellece los alrededores de la risueña capital del Municipio Aguado. No tiene Maiquetía el prestigio mundano de Macuto, en su calidad de estación balnearia; pero no por eso deja de ser frecuentemente visitada, pues además de poseer las mismas condiciones de Macuto, predispone amablemente á la tranquilidad y al reposo, y ofrece cuantos dones posee sin que para ello imponga costosas exigencias.

Las Trincheras

Este bello caserío disfruta de diaria animación debido al tráfico del ferrocarril que enlaza á Puerto Cabello con Valencia; y, en primer término, á la estación balnearia que allí tiene su asiento. Las aguas termales de Las Trincheras gozan de fama por la eficacia de sus virtudes terapéuticas.

De Miguel Angel

Antes de volver á Roma (1504) adonde Julio II le llama para que ejecute su tumba futura, Miguel Angel esculpe en Florencia la estatua de *David*, notable por la energía del estilo y la fidelidad del modelado.

En la misma ciudad, á raíz del año de 1516, comienza las tumbas de los Médicis que corresponden, como escultura, á la decoración de la Capilla Sixtina, como pintura. Estas tumbas son las de Lorenzo, duque de Urbino, y de Julián, duque de Nemours, en la sacristía de la iglesia de San Lorenzo.

En esa sacristía, dice Taine, se ofrecen á la contemplación las figuras colosales que Miguel Angel puso sobre las tumbas. Nada hay igual en la estatuaría moderna, y las más nobles figuras antiguas son sus superiores.

Phidias hizo dioses felices, Miguel Angel héroes que soportan el sufrimiento; pero éstos héroes saben lo que los dioses felices.

Todo el mundo—prosigue Taine—ha visto el dibujo ó el yeso de estas estatuas; pero á menos de haber venido aquí nadie ha visto su alma. Es menester haber sentido casi por el contacto la masa colosal, y sobrehumana de estos grandes cuerpos prolongados, cuyos músculos hablan, la desnudez desesperada de estas vírgenes, de las cuales no se ve más que la fuerza, el dolor y la raza, sin que el espíritu pueda dejar que á él se aproximen otros sentimientos que los del temor y la compasión. Son de otra sangre que la nuestra: una Diana vencida, cautiva de los bárbaros de la Tauride, tendría este talle y este rostro.

Una de ellas, medio echada, se despierta y parece sacudir un mal sueño; la cabeza está abatida, truncado el entrecejo, los ojos hundidos y adelgazadas las mejillas. ¡Cuántas miserias son necesarias para que un cuerpo parecido haya sentido los ataques de la vida!

Su indestructible belleza no ha sido vencida y, sin embargo, el sufrimiento interior comienza ya á imprimir su mordedura. La soberbia savia animal, la vivaz energía de los miembros y del tronco están enteras, pero el alma desfallece; se incorpora penosamente sobre un brazo y vuelve á ver con pena....

A su lado un hombre sentado se medio vuelve con aire sombrío, como un vencido irritado que espera.... Sobre la otra tumba, un cautivo! la cabeza apenas separada de su vaina de piedra, los brazos rígidos, el cuerpo torcido, levanta la espalda con un gesto formidable.... Una mujer grande, duerme extendida; á sus pies hay un niño. Es aquel el sueño del agobio, el ensimismamiento triste de la criatura sobrecitada que se abate y permanece inerte. Se la llama la noche.

..... Sobre las figuras de héroes y vírgenes, el silencio Lorenzo, bajo su casco de guerrero, trágico y mudo, con la mano puesta en los labios, va á levantarse.....

Cerca de la puerta, una admirable Virgen inconclusa sostiene á su hijo sobre el muslo; su largo cuerpo, vestido, es de una asombrosa nobleza; se inclina, y su costado plegado forma una extraña curvatura que se nota en los pliegues del vestido; el semblante expresa triste bondad. Como sus hermanas acostadas, es de una raza más sufrida y más alta que la raza humana.

Lady Cockburn

Reynolds, autor de este cuadro, es uno de los pocos que comenzaron á imprimirle carácter nacional á la pintura inglesa. Sus *Discursos sobre la pintura* constituyen un modelo de elegancia, energía y análisis. Esto, en lo que se refiere á la teoría; que en cuanto á la práctica, sus retratos y lienzos históricos, le abrieron el camino á la celebridad.

Visitó las principales ciudades de Italia; estudió en el Vaticano las grandes obras de Miguel Angel y de Rafael; y cuando se fundó la Academia Real (1768) fue nombrado Presidente de ella. Reemplazó á Allán Ramsay en el puesto de pintor principal del rey, y la Academia Imperial de Florencia le concedió el título de socio correspondiente.

Reynolds murió en Londres en 1792.

Ganimedes

En nuestro número anterior aparece un grabado que representa al más bello de los príncipes troyanos arrebatado al Empíreo por el águila de Jove. La escultura que sobre el mismo asunto del rapto de Ganimedes reproducimos hoy, se diferencia de aquella en la exposición del pensamiento, y evoca el recuerdo de la que existe en el Museo del Vaticano, la cual representa al precioso adolescente, cuya hermosura atrajo la atención de Júpiter, jugando con el águila que había de conducirle al Olimpo.

Desde el Renacimiento á la época presente, los más grandes artistas se han inspirado en el mito del robo de Ganimedes, cuya significación natural, al decir de Méliot, no se borró completamente de las tradiciones griegas. Según el himno homérico á Afrodita, Ganimedes desapareció de la Tierra arrebatado por un torbellino celeste. Píndaro confundió á Ganimedes con el genio que preside á las fuentes del Nilo, y los astrónomos alejandrinos le colocaron entre los astros con el nombre de Aquario. En estos testimonios se apoya Decharme para demostrar que el joven troyano que escanciaba á los dioses la *ambrosía* es el genio que vierte y reparte sobre la Tierra las aguas celestes. Hay que tener en cuenta que la *ambrosía* ó licor de la inmortalidad no era otra cosa en la Mitología aria que el agua de las nubes, y que Zeus metamorfoseado en águila para arrebatar al hijo de Laomedón, viene á ser el Indra que se transforma en gavilán para robar su *somax*. Por consecuencia, Ganimedes en su origen fue, sin duda, como quiere Decharme, el *somax* mismo, es decir, el brebaje que "regocija el corazón" de los dioses, y por virtud del antropomorfismo helénico, dicho brebaje de los dioses se convirtió con el tiempo en su copero. El mito de Ganimedes adquirió también, insensiblemente, carácter erótico: el adolescente troyano se convirtió en favorito de Júpiter "y el tipo ideal del Efebo helénico en la flor de su seductora belleza," como dice Decharme. A la belleza juvenil de Ganimedes correspondía en el Olimpo una imagen femenina, Hebe, que también escanciaba la *ambrosía* á los inmortales.

Visión de Emmaús

En una escena de la vida doméstica ha simbolizado el artista alemán el pensamiento principal del Capítulo XXIV del Evangelio de San Lucas. El cuadro de von Gebhardt es una traslación convencional del momento en que Jesús, después de su muerte, se presenta á sus discípulos en Emmaús.

Quédate con nosotros, —dijéronle ellos,—porque ya es tarde, y va ya el día de caída. Y estando juntos en la mesa, tomó el pan, lo bendijo; y, al partirlo, abriéronse los ojos de los apóstoles y le conocieron. Entonces el Maestro desapareció de su vista.

Cuando de regreso á Jerusalem contaban que había resucitado, que los acompañó en el camino de Emmaús, y que lo conocieron al partir el pan, de nuevo se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "la paz sea con vosotros," y como atónitos y atemorizados, se imaginaban ver algún espíritu, Jesús les dijo:—¿De qué os asustáis, y por qué dais lugar en vuestro corazón á tales pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, yo mismo soy: palpá; y considerad que un espíritu no tiene carne, ni huesos, como vosotros veis que yo tengo.

Dicho esto, mostróle las manos y los pies, donde estaban frescas las pruebas de la crucifixión.

El Nombroero

Reproducimos cuatro vistas de esta población del Alto Llano, llamada á mejores destinos tan pronto como adquiere organización seria la industria pecuaria, en la cual finca legítimamente su desenvolvimiento y prosperidad.

Vuelvan caras

Se atribuye este boceto, que pertenece al género histórico, al pintor venezolano señor Carmelo Fernández, fallecido hace algún tiempo, y de quien hemos copiado, en números anteriores, algunas obras muy que llamaron la atención en la época en que consagró al arte su inspiración y aptitudes.

El episodio mitológico de *Vuelvan caras*, que inmortaliza el combate de *Las Queseras* y sirve de pedestal indestructible á la gloria de Páez, inspiró también á nuestro malogrado Arturo Michelena, quien de modo magistral trazó en el lienzo la figura leyendaria del hijo de los llanos.

El Hada de las lagunas

Después que las hadas fueron admitidas, junto con las musas y las sirenas, en la poética y voluptuosa teogonía de los helenos, la escultura y la pintura, tanto como la poesía, han demostrado marcada predilección por los asuntos en que, como factor principal de la obra, aparezca de relieve la figura de aquellas, con toda su gracia pagana, semejante á la que presenta el artista en la primera página de este número.

Las hadas fueron para los antiguos divinidades imaginarias que tenían el don de hacer prodigios y el conocimiento del porvenir. Consideradas como seres poderosos, por su propia naturaleza, ó por el socorro de sus encantos, ejercían grande influencia en el hombre y en su destino.

SUETOS EDITORIALES

De actualidad.—Tenemos el placer de anunciar á nuestros lectores que *Jabino* ha vuelto á la vida pública. Por el artículo que insertamos en este número, se verá que está fluyente el humor del chispeante costumbrista. Su ausencia no obedeció, como se creía, á ningún alzamiento de su parte, porque él es ciudadano pacífico y modesto, sino á la necesidad que se tuvo de sus servicios en laboriosas cuestiones administrativas: desempeña actualmente un cargo que tiene contacto con la policía y con el Concejo Municipal.

Duelo.—El día 24 del mes pasado falleció en esta ciudad la señora LUISA MÁRMOL DE GONZÁLEZ VALERA, después de penosa y larga dolencia. A sus hijos, hermanos y deudos enviamos nuestra cordial condolencia, en especial á nuestro apreciado amigo y aplaudido colaborador señor Miguel Mármol.

Doctor José Gil Fortoul.—Tenemos el gusto de dar nuestras gracias á este distinguido é ilustrado compatriota, por la atenta visita que se ha servido hacernos á su reciente regreso de Europa. Personalmente presentamos al joven publicista y juriscónsulto nuestro más cordial saludo de bienvenida y le manifestamos nuestros deseos por su felicidad en el seno de la Patria, á la cual viene á prestar de nuevo el concurso de sus luces.

Ya el Gobierno de la República le ha encargado de honrosa misión, designándole para miembro de la Comisión codificadora que ha de revisar nuestra legislación.

En tanto que atiende, en su nueva categoría oficial, al reclamo de la República, se preocupa también con loable decisión el erudito escritor, por contribuir, de modo notable como siempre, al progreso intelectual y científico y á ese propósito ha inaugurado, el 20 del mes anterior, en nuestra Universidad, una serie de conferencias públicas. En la del día citado hizo la exposición y crítica de la nueva teoría antropológica que empiezan á divulgar los pensadores.

En el próximo número publicaremos un interesante trabajo de este distinguido colaborador.

Bienvenida.—La damos muy cordial á nuestro estimado amigo el señor C. Hellmund, el cual ha regresado de Europa en compañía de su hijo Cornelio, quien se encontraba en países del Viejo Continente; y hacemos extensivo nuestro parabien á su muy distinguida familia.

La Lira.—Damos las gracias más cumplidas á la señora directora de *La Lira* por los términos honrosos con que nos distingue en su número 99 al aconsejarnos solícitos "la colaboración literaria de las inteligencias que vegetan en las provincias."

El hecho de ser una dama la señora Directora de *La Lira* y la atenta cortesía con que se nos insinúa la idea, nos obliga á repetir que á pesar de nuestro PERMANENTE, nos llegan de provincias y de aquí numerosos manuscritos, que á ser publicados, exigirían cuando menos la duplicación del número de nuestras páginas. Hemos estado siempre atentos á los diarios y semanarios que se publican en el país, en nuestro deseo de descubrir quiénes sean esos otros colaboradores á que en términos generales se alude y que puedan aumentar el número de los buenos de los Estados con que hemos engalanado nuestras columnas; pero nos ha sido imposible realizar ese deseo, á causa de que no vemos nuevas firmas notables en los referidos diarios, suponiendo, como es natural suponer, que en ellos habrían de hacer sus primeros ensayos.

Además, habíamos venido creyendo hasta ahora que los señores Andrés A. y Juan E. Arcia eran hijos del Estado Bermúdez; Aguilera, de Zamora; Afiez, de Carabobo; Alcalá Suere, de Bolívar; Brito González, de Margarita; Rafael Bolívar, de Miranda; Barelló, de Bolívar; Betancourt Figueredo, de Cojedes; Carmen Brigé, de Falcón; Ezequiel Bujanda, de Lara; Rafael Domínguez, de Lara; Polita De Lima, de Falcón; Fernández García, de Oriente; Fajardo, de Carabobo; Febres Cordero, de los Andes; Gil Fortoul, de Lara; Eloy G. González, de Zamora; Galíndez, de Carabobo; González Guinán, de Carabobo; Gorrochotegui, de Bolívar; Octavio Hernández, de Zulia; Illarramendi, del Zulia; Iturbe, de Falcón; Julia, de Carabobo; Jiménez Arraiz, de Lara; Dr. Ricardo O. Limardo, de Lara; Linares Bernal, de Carabobo; López Baralt, del Zulia; Ramón Luigi, de Oriente; Valderrama, de Coro; Magdalena Seijas, de Barquisimeto; Luis Churión, de Miranda; Cabrera Malo, de Miranda; Romerogarcía, de Carabobo; Lara Núñez, de Oriente; Lazo Martí, de Miranda; Mata, de Oriente; J. A. Marín, de Valencia; Carlos L. Marín, del Zulia; Samuel Darío y Gerónimo Maldonado, de los Andes; Mareano Rodríguez, de Oriente; Pimentel Coronel, de Valencia; Piñango Lara, de Miranda; Picón Febres, de los Andes; Pachano, de Falcón; Picher, de Carabobo; los señores Pérez Calvo, de Valencia; Celestino Peraza, de Miranda; Pereira Alvarez, de Miranda; Potentini, de Oriente; Paz Guerra, de Valencia; Ubdón Pérez, del Zulia; Angel C. Rivas, de Oriente; Racamonde, de Carabobo; Carlos A. Villanueva, de Carabobo; Dr. Andrés J. Vigas, de Oriente; Queremel, de Coro; César Font, del Zulia; Mallory, de Miranda; y tantos otros cuyos nombres se nos escapan en este instante; provincianos todos, todos venezolanos, y que aparecen en las columnas de EL COJO ILUSTRADO.

La teoría que esos consejos encierran, de darles cabida á TODOS los que en provincia ó fuera de ella se sienten con inclinaciones á escribir;—esto es, convertir nuestro periódico en una especie de gimnasio ilimitado, á manera de las *terneras* populares en que se invita á todo sér viviente,—es un tanto difícil de llevar á la práctica, y á todas luces perjudicial. Sin embargo, puede que algún día nos veamos tentados á publicar un TOMO especial con TODO lo que se nos ha enviado y que ha venido reservando nuestra feroz intransigencia, para que juzguen los que piensen como la señora Redactora de *La Lira*, si pueden considerarse esas producciones como la genuina literatura nacional; ya que, las firmas que hemos citado y otras que por el momento no recordamos, son de extranjeros intrusos, que han logrado insinuárseles por la novedad de escribir ellos en idioma distinto al de los manuscritos no acogidos.

Desengáñese la señora Directora: aun con el PERMANENTE, lo bueno se impone y prueba de ello es que hemos publicado TODO lo bueno que se nos ha remitido.

A nuestra Dirección se presentó cierto día un modesto joven, el cual nos entregó un puñado de cuartillas, diciéndonos:—“Para EL COJO ILUSTRADO.”—“Y quién envía esto?”—“Lo traigo yo.”—“Y usted, quién es?”—“En esas cuartillas lo verá usted.”—Y sin decir más se marchó. En efecto, desde aquel día es uno de nuestros buenos colaboradores. ¿Por qué no se imponen esos otros de que habla la señora Directora?

“Esta es mas barata . . .

. . . y tan buena como la de Scott.” Tales palabras son una confesión tácita aunque involuntaria de que la Emulsión de Scott es la única que produce los resultados deseados. De todas las emulsiones de aceite de hígado de bacalao, solamente la Emulsión de Scott es perfecta. Cerca de treinta años de experiencia en la exclusiva tarea de prepararla, nos permiten hacer esta afirmación. Rechácese todas las demás que pretendan ser “tan buenas como” ó “más baratas que la de Scott.” Hay algunas que dicen ser “análogas á la de Scott” ó hechas “según la fórmula de Scott.” Todo eso es erróneo por no calificarlo de otro modo.

La Emulsión de Scott contiene aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa. Es un excelente tónico, creador de carnes, y purificador de la sangre. Cura las afecciones de la garganta y pulmones, el asma, la escrófula, la anemia, la clorosis y la debilidad general. No tiene rival para los niños raquíticos.

Para impedir que el público sea engañado con las imitaciones y falsificaciones, cada frasco lleva la contraseña del hombre con el bacalao á cuestas adherida al envoltorio. Rechácese las imitaciones y sustitutos, así como también las “preparaciones” y “vinos” llamados de aceite de hígado de bacalao pero que no lo contienen. Recuérdese que sólo hay una verdadera Emulsión de Scott.

De venta en las Droguerías y Farmacias. SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.

El público que paga esta Revista quiere que se le sirva *banquete de selectas viandas, no terneras populares.*

M. Fombona Palacio.—En este número publicamos una sentida composición del joven é ilustrado académico, don M. Fombona Palacio, escrita para el primer aniversario del fallecimiento de su inolvidable padre, don Evaristo Fombona, quien murió en esta capital el 27 de octubre del año último.

Mi aplauso.—Con este título ha escrito en esta capital, y editado en Alemania, el señor Ramón Delgado Palacios, un gran vals para piano, el cual dedica á la distinguida señorita Amalia Travieso, discípula muy apludida del renombrado maestro y compositor señor Jesús María Suárez.

Por el ejemplar de la bella composición, que hemos recibido, damos las gracias á su autor.

Pésame.—Lo enviamos muy sentido á la viuda, familia y deudos del finado señor *Julio Paez Pumar*, fallecido en esta capital en los últimos días del mes pasado.

Gracias.—Las enviamos muy atentas al señor Luis Gonzaga González, quien nos ha traído un ejemplar de su interesante Revista científica, *La Electricidad*, de la cual es Director.

Obito.—El día 15 del mes último falleció en esta capital la señora *Obdulia de Villanueva Mata*, esposa del señor Dr. R. Villanueva Mata, á quien enviamos nuestro sentido pésame, así como á sus hermanos y deudos.

Pésame.—Lo enviamos muy sincero al hijo, hermanos y deudos del señor *Rafael M. Escobar*, fallecido en esta ciudad el día 25 del mes pasado.

Folletos recibidos.—Discurso pronunciado por el Dr. A. Smith, catedrático de Filosofía y Física, la noche del 16 de Septiembre, con motivo de la inauguración del Gabinete de Física en la Universidad Central de Venezuela.

Biographie du Docteur David Ricardo Capriles, par Báz Lavastida, Toulouse 1898.

Estudio comparativo entre los Bancos de emisión en Europa y el Banco de Venezuela, por N. Veloz Goiticoa.

Daniel, novela corta, por Carlos Plessmann Córdova.

Damos las gracias á los señores remitentes.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

La Emulsión de Scott no es una medicina de patente, su fórmula, basada en principios científicos y racionales, es conocida de todos, y á esto debe en gran manera el decidido apoyo de la Facultad médica.

Don Enrique Ranz, Doctor en Medicina y Cirugía, Médico Director del Balneario de Coamo, Pto. Rico.

Certifica: Que hace años viene usando tanto en la Península, como en las provincias de Cuba y Puerto Rico, la acreditada Emulsión de Scott, de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, siempre con brillante éxito, principalmente en el escrofulismo, raquitismo, anemia y en la tuberculosis, del mismo modo que en la convalecencia de las enfermedades agudas, uniendo á sus excelentes efectos tónicos, el agrado con que suele ser tomada hasta por los niños de más corta edad, para los cuales son intolerables las demás preparaciones de aceite de hígado de bacalao.

DR. ENRIQUE RANZ.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en “El Cojo Ilustrado,” hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; y otros tratan asuntos ajenos á la índole de esta Revista.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: QUE NO SE NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.



Debilidad — de la — Garganta

¿Siente usted como un cosquilleo constante en la garganta? ¿Se pone usted ronco con frecuencia? ¿Se esfuerza siempre en arrojar flema? ¿Está usted molesto por la tos? Si es así padece usted de debilidad de la garganta. Y esta afección empeorará de cada día más. Quizá á estas horas ya le ha debilitado á usted. Si no puede ir pasando con tal estado de la garganta, entonces no hay más que curarla.

El Pectoral de Cereza del DR. AYER

cura la debilidad é inflamación de la garganta, y lo realiza porque es un remedio calmante y curativo de suma eficacia. No es cuestión de botellas y más botellas y grandes dosis. A menudo con un frasco pequeño se realiza la curación completa.

Los mejores efectos de esta medicina se obtienen cuando el hígado funciona con actividad y el estado del vientre es normal. Corrijae toda tendencia al estreñimiento, tomando al efecto todas las noches dosis laxantes de las Píldoras del Dr. Ayer. Mucho habrán de contribuir á aliviar la congestión de la garganta.

Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. Véase que el nombre de Pectoral de Cereza del Dr. Ayer esté vaciado en cada frasco.

Preparado por el

Dr. J. C. Ayer y Cía., Lowell, Mass., E. U. A.

1 a

HAUTHAWAY'S Peerless Gloss

For Ladies' and Children's Boots and Shoes
Contains nothing injurious to leather

PRIZE MEDALS. Sold by all New York Commission Houses

C. L. HAUTHAWAY & SONS,
346 Congress Street,
BOSTON, MASS., U. S. A.

EL LUSTRE SIN RIVAL DE Hauthaway

PARA

Calzado de Señoras y Niños
No contiene cosa alguna que pueda dañar el cuero.

Lo venden todas las casas comisionistas de Nueva York.

C. L. HAUTHAWAY & SONS

BOSTON, 1869. VIENNA, 1873. PHILA., 1876.

346 Congress Street, BOSTON, MASS., U. S. A.

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

Sozodonte

PARA LOS DIENTES Y EL ALIENTO.



Los principales Dentistas y Médicos piden un *Líquido* (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos *Polvos* (que limpien el esmalte de los dientes) que *usados juntamente* conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el SOZODONTE que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los mas viejos de América.

El Dr. D. Francisco A. Rísquez, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

“SOZODONTE es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia.”

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo.

Pedid por tarjeta postal la “Dentisteria Popular,” un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable; tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.

Rev. CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

ES LA MEJOR LÓCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

75

PLANO E INDICADOR DE CARACAS

Obra nueva editada en El Cojo.—B 2 el ejemplar

ALMANAQUE DE PARED

Astronómico y religioso

PARA 1899

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

PROPIEDAD DE J. M. HERRERA IRIGROYEN & CA.

Está ya á la venta.

EL COJO ILUSTRADO

En contestación á las preguntas que frecuentemente nos hacen personas del interior de la República, acerca de la manera de tomar directamente suscripciones de EL COJO ILUSTRADO, decimos: que pueden efectuarlo enviándonos el valor por trimestres anticipados (\$ 3) en estampillas de correo.

TABLAS DE MONEDAS

De venta en esta Empresa.